Eduardo Chamorro
Las aguas
del fantasma

En un pueblo de la costa gallega, un grupo de jubilados que detestan reunirse en el Hogar del Jubilado, hacen de un hotel su lugar de encuentro. Se trata del japonés, exluchador de sumo, Emilio Tasajara; el antiguo comedor de gatos Pablo de Sebastián y Gondar de Peñaranda, casado con una tejedora inglesa de fama internacional, con obra tricotada en importantes museos; y el ebanista de origen catalán Eliazar Bru, accionista de navieras y del Canal de Suez, casado con una cantante de *jazz* alemana que anda de gira. Hay además un fantasma. Un día los tertulianos deciden recuperar un pequeño astillero abandonado y emprender la restauración de una hermosa embarcación. El portero de noche, testigo privilegiado de sus reuniones, va narrando en esta novela la alambicada, nostálgica y humorística historia.

En este libro está La saga/fuga de J.B., de Torrente Ballester, el Simbad de Álvaro Cunqueiro, la Madera de Boj de Camilo José Cela, y también todo el realismo mágico de García Márquez y de Juan Rulfo y los aires de los astilleros abandonados de Onetti. Una obra maestra que Eduardo Chamorro, de cuya muerte se cumplen diez años, guardaba en un cajón. Un tesoro.

Eduardo Chamorro

Las aguas del fantasma

Título original: *Las aguas del fantasma*
Eduardo Chamorro, 2021

-

Revisión: 1.0
23/03/2022

De por qué no es este el verdadero título

No hay desolación en la superficie de las aguas, ni ruinas; tan solo desamparo y abandono. Las aguas no dan cobijo ni buscan posesión, pueden tener su residencia en cualquier estado y su ley en ninguno. Son errantes y forajidas. Su rostro es engañoso. Sus facciones, huidizas. Sus gestos y muecas son los pasos del viento que lleva corpúsculos, chispas, polen y granos de sal. Saben de muros y columnas pero lo ignoran todo de vigas y techumbres. Mienten siempre en la perpendicular, y mucho más en lo que tiene que ver con el horizonte. Ocultan y disfrazan. Consienten el tránsito pero desconfían del transeúnte. No dan guarida al intruso, lo soportan poco. Temen mermar y secarse porque ven a su alrededor un destino de nubes y montañas. Su memoria es un recuerdo fijo que se nutre de los fuegos de Saint Elmo y los ayes del naufragio. Adoran el privilegio de la soledad y de su muda comprensión de los disfraces.

Hay abandono de lo que fue y de lo que se movió entre un lugar y otro. Alguien se alejó o aún se aleja de una orilla sin perder de vista el propósito de poner el pie en otra. No es un lugar de residencia la superficie de las aguas. No hay exilio en el mar. Nadie ha sido desterrado a las aguas, como hubiera podido ser en la cabal propiedad del lenguaje. No hay nada que recorrer en las aguas. Tumultuosas o sosegadas, se miran a sí mismas y a sí mismas se cantan alabanzas, reproches y recelos con el aplomo de quien no sabe de ruina o decadencia. Las aguas no decaen ni se fatigan ni duermen; son un lecho de vibraciones. La estela del barco que cruza

su lámina hinca en las aguas un filo que aparta partículas y mueve moléculas, altera corrientes, modifica trayectorias, desplaza asentamientos y añade ruido y sombra a los murmullos y tinieblas por los que se abre paso su huella hasta alcanzar el fondo en el que traza una caligrafía exhausta. Y cuando de esa estela no queda ya ni rastro, el filo de la quilla aún se mueve hacia el fondo donde el primer corte será el más profundo, como lo es con la corriente que fluye más tranquila. Tiernos matorrales en suspensión y monstruos de poderoso esqueleto encadenan y distribuyen esa huella del barco y llevan el testimonio de su intrusión hasta los más remotos confines de ese reino, y lo rebotan al estado del cielo y las mareas cuando en el puerto de partida el recuerdo del navío comienza a reposar en el olvido. Las aguas temen que esos rastros afloren un día y, con ellos, los mapas y registros cicatrizados en la piel del abismo[1].

La ruina es limítrofe de las aguas: se inicia con los lienzos recortados entre la línea de luces en la que el timonel lee los signos más allá de la campanada envuelta en niebla y del gemido metálico a ras de agua, que le avisan de las cercanías que, por su seguridad, debe mantener a distancia. Es lo sólido e inmóvil y horadado, el contraste roído que sirve a la investigación del historiador, a la averiguación del filósofo y a la intuición de cualquiera, como vestigio de lo que fue y sugerencia de lo que será. El presente contenido en la ruina es el pasado del que la habitó y el futuro de quien la contempla ahora ensimismado y rumiante. Eso es lo que la tierra firme contiene en su espesa y rugosa superficie a la que dan la espalda las figuras de Friedrich apostadas en silencio frente al mar donde un paso más allá de la costa, cuando el pie no encuentra apoyo, termina el lugar de la ruina y comienza el del olvido, la dilatada capital del viento, los invisibles pasillos de su burocracia, la aglomerada sucesión de instrucciones a unos emisarios que ignoran su destino y olvidarán su origen, absortos en su ser del viento que mueve en la playa la lona jadeante de las hamacas hasta hacerla jirones que ondean como estandartes correosos entre los castillos que se desmoronan bajo la bóveda que aguarda la caída de la tarde y el desfallecimiento del día para vestirse con los colores del desmayo

que anuncian a los bosques la hora de recibir agazapados la voluntad sigilosa de la noche, tan invisible como el viento.

El fantasma se acoge a esos rincones y busca en esas playas la estación que le permita orientarse o perderse en las corrientes que envuelven las patas de la hamaca hundidas en la arena, extraviarse en los pasadizos que perforan los asientos del castillo hasta las rudas antecámaras de sus mazmorras donde reposa la clave del olvido, la razón de que el francés llame *l'oublie* a la celda en la que los pasos avanzan hacia el arrastrar de huesos y el silencio del polvo.

Es un asunto familiar a todos cuantos contamos en nuestra rutina con un momento más o menos largo y trabajoso que dedicar a la limpieza del polvo que limpiaremos mañana para perseguirlo de nuevo al día siguiente y así todas las polvorientas mañanas habidas y por haber hasta que el viento acoja en su seno la última sílaba del tiempo en su lugar. ¿De dónde viene el polvo, tanto polvo iluminado por los rayos del sol que se quiebran en el ala de la golondrina o en la moneda lanzada a su azar? De donde tanta limadura del olvido que obsesiona al fantasma y le advierte de la escasa confianza que puede depositar en el viento entre cuyos designios nunca se desfigura el de llevar a alguno de sus emisarios a una ampolla de vapor o de aire enrarecido —*remember* Merlín, *consider* Nimué—, de viento sujeto a una causa indescifrable y a la pena del óxido cernida sobre los tornillos de la hamaca en la playa hecha astillas y en la vía hacia el serrín que será llevado por el viento a su *tomorrow and tomorrow and tomorrow*, abandonando el metal que un día sujetó la madera a su forma y función, yéndose en el hueco de otra materia, más fluida y fugaz, que es precisamente la que se aparta del tomillo y lo deja al arbitrio de unas ranuras en la arena cuya ilusión de espiral y caracol dará paso a la conciencia de un círculo vicioso puesto en manos del electromagnetismo.

¿Cabría pensar en una mota de ese serrín que, al cabo de un tiempo, fuera el que fuese en cualquiera de sus dimensiones imaginables o posibles o rigurosamente ficticias, regresara a coincidir con la pieza de metal abandonada en la playa y la tocara antes de verla devorada por la arena, y de no verla, sumida ya en la

crepitación de los granos ocultos y en la plenitud de su trayectoria hacia la mazmorra, *l'oublie*? ¿No sería un pensamiento similar al delirio de suponer dos o más seres que soñaran lo mismo al mismo tiempo? ¿Dos sueños enzarzados en la disputa por el sueño del mismo durmiente?

Hay veces en que la golondrina desaparece en su propio destello[2] y la moneda cae de canto, como si el destino se avergonzara del azar o aventurara la hipótesis de postergarlo o aplacarlo en un intento supremo de disimular el embarazo de sus continuos mentís, o de su pavor ante la conciencia oxidante de que ese destino perpendicular y sin sombra, el destino del destino, guarda más relación con el azar que con el destino. Esa moneda lanzada al aire y que el viento apenas mece en su parábola, es como el grano de la arena en el reloj volteado sin cesar, movido continuamente al filo de la esfera vacía, que en ese movimiento continuo de las esferas y de los granos de arena a su alrededor, queda suspendido para siempre en el centro del círculo en el que se estrecha el talle de las ampollas, de modo que por muchas vueltas que se den al artificio, el grano se hará inmóvil y constante en ese punto probablemente imposible, tan sumergido en la corriente de granos de arena que giran alborotados junto con las ampollas del reloj, tan distante de ese viento encerrado en las esferas, tan olvidado en el registro continuo del tiempo en que se mueve, tan presente en la simetría del tiempo.

Enfrascado en la ampolla de aire o de vapor, el fantasma se abstrae de la parábola de la moneda al igual que del vuelo del ave hasta que la moneda cae o el ala de la golondrina recoge de lleno el rayo de sol y brilla en el aire un fogonazo. El fantasma busca ese fogonazo o el momento de una moneda caída de canto y aprovecha esa fisura en el orden estadístico para abandonar el viento que todo lo abandona y hacer pie en tierra firme o en la tierra firme que, en ese instante de suspensión entre una y otra esfera, le ofrezca el azar, lis una gota de agua con un esbozo de facciones, apenas una mirada en pos del más mínimo destello que le sugiera la posibilidad de un asiento. El fantasma merodea al atardecer fuentes, charcos e incluso

carámbanos en páramos inhóspitos, donde licuarse desde el gas en que se mueve y permanecer el tiempo suficiente para conseguir una composición de lugar y esperar la llegada de la noche que otorgará a ese licor una oportunidad, entre un millón o millones, de cristalizar, solidificar y encarnar en el soporte de un atuendo y un maquillaje con los que retener y reflejar la cantidad de luz imprescindible para incorporarse al mundo como se añade a la verdad la ficción o viceversa.

Supongamos esas fuentes cuyo caño se estremece de súbito y salpica bajo un cambio de otro modo imperceptible en el régimen del viento, de la brisa. Supongamos esos charcos inesperadamente animados por el reflejo de un ave consciente o inconsciente de lo que acaba de desencadenar con el quiebro de su vuelo, o quebrados por la sombra de una caña bajo la luz oblicua de un sol crepuscular y cobrizo que perfila, un poco más allá, al niño sentado sobre los talones hundidos en la lisa y lustrosa cinta de agua y arena, con los brazos abiertos en reposo sobre las rodillas y el pelo tieso por la sal que llevan las aguas y los vientos, balanceándose como si se cantara el aire de una vida secreta, apelmazando ante las olas los últimos monigotes en las almenas del castillo ya frío y seco bajo el verde y el malva de las bóvedas hechas jirones por la brisa que lleva la voz de los padres que le llaman, e imaginemos el ánimo de tornear a su capricho la arquitectura del teatro infantil y desmoronarla al tiempo que el sol desaparece con el fulgor esmeralda que abre paso a la espuma lunar, a la noche y sus caballos cuyo galope estremece los sueños, los agita como la piedra ondula el agua enfrascada en su lámina.

Si hablara de eso sería fiel al título que anuncia Las Aguas del Fantasma, pero no es ese el caso de mi intención, aunque obedezca a la voluntad de llevar a la cabecera del discurso un lema que enrede la atención del transeúnte y haga de él un oyente, alguien puesto en la sorpresa y transformado en un punto de esa frontera que es el escenario y la línea de desconocidos entre los que se busca el rostro y la mirada que sostendrán sin saberlo las sendas y los pasos del relato[3]. El autor suele tener una idea de lo que quiere traerse entre

manos, pero busca su lema con la mirada extraviada en las nubes o prendida en el tafetán de los visillos, en la voluta de una vela, en la sonrisa de un gato, en el dios o la diosa que se mueve en los sueños mininos, o puesta simplemente en las musarañas, y contiene, de vez en cuando, la respiración como si quisiera marear las imágenes que le asedian, proporcionarse un vahído y dilatar su estancia ociosa y apostada en un rincón de nadie o del serviola desde el que atisba y estudia a la audiencia e intenta prevenir sus gestos y, sobre todo, la carencia de gestos que es el aviso para reorientar la crónica en la temperatura que exijan sus peripecias y la muda reclamación de una clientela siempre dispuesta a recuperar el curso de sus cosas. Porque el autor se puede permitir el lujo de ponerse a contar sus cosas siempre que quienes le escuchen se mantengan distraídos de las suyas y prefieran conservar esa distancia a unas cosas y a otras. Lo sabe el pescador que cuida tanto del cebo y del anzuelo como de evitar que su sombra manche la luz y el agua sobre el pez y lo saque del hechizo. Lo sabe el artesano de aquellas ratoneras con las que los primeros artistas del cristianismo igualaban al pez con el roedor en una doble metáfora que prescindió luego de una parte de sí misma para quedarse en la mejor fortuna del Pescador de Almas. No todos eran pescadores ni sabían de almas, pero ese fue el título afortunado, y las ratoneras desaparecieron de la pintura sacra, encerradas en sus trampas de bolsillo o convertidas en el enigma de un cuadro de Dou en el museo de Montpellier. Y lo sabe también el buen doctor en mesmerismos y hechizos, que de los tres oficios mencionados es el más clandestino, siempre ataviado de nieblas y de espejos.

Cebo, señuelo, trampa, pase magnético o cruce de miradas o de piernas que saca la atención de su nada y la recrea y prende en el título para colocar el entendimiento donde lo quiere el autor. El atendedor de las antiguas imprentas leía para sí el original de la prueba que el corrector leía en voz alta, y a eso se llamaba atender, con lo que se iniciaba la satisfacción del deseo de todo escritor: ser leído y atendido. A veces esa es toda la atención y lectura que recibe, y su libro entra entonces en el ciego y silencioso camino que le conducirá hasta el polvo, y su título solo suscitará la reputación de

una línea en los registros de la industria editorial, quizá el honor de una ficha.

Al trabajar en el menos obvio y más oscuro y errante de los artificios, el escritor necesita la cifra universal de un título tanto como el pintor se siente en la envidiable libertad de prescindir de él a su capricho. El pintor escribe Sin Título en la cartela junto a su obra y abandona esta a la voluntad y el talento de quien la mire y acierte a verla. El pintor no se ve en el brete del que hablo porque semejante brete no existe para él, al igual que las palabras. Pero el escritor no goza de esa libertad ni de ninguna otra en cuanto deja de pensar e imaginar y se pone a escribir. A partir de ese momento —para el que hay que estar lisiado, gozar de una cuantiosa fortuna o no tener cosa mejor qué hacer—, el escritor ha de medir sus palabras que, de hecho, no son suyas (el escritor es siempre un realquilado), y merodear cuanto ocultan y revelan, sugieren y disimulan, hasta dar con un orden para lo que piensa e imagina, y llevarlo a la portada de su obra una vez escrita o mucho antes. Hay algo de redención en el hallazgo de un título, y cuesta muy poco figurar la imagen, los rasgos, los aspavientos y las peripecias de un escritor consumido hasta la tumba en la persecución y acoso del título que le hubiera atornillado a la silla, amarrado a la mesa, salvado por la pluma del naufragio.

Lo profundo de las aguas guarda tan poca desolación y ruinas como su superficie. A dos mil metros viven calamares gigantes y seres aún más grandes y tan impresionantes o pavorosos como los imaginados en los huecos más remotos del firmamento. A diez mil metros —más o menos donde los Vedas colocaron el escenario de la Madre de las Madres, *mátritamáh*, y los celtas de Irlanda los dominios de la Diosa de Diosas, *domnu*— el tamaño de la vida se reduce a los milímetros, y lo gigantesco no va más allá de la holoturia o pepino de mar, que puede llegar a medir lo que el pepino de tierra.

Son seres suspendidos que no ven ni son vistos, pues no hay luz, de modo que ignoran lo que les rodea al igual que lo que les rodea lo ignora todo de ellos en lo tocante a luz o en lo que pueda tener de

acariciadora. No así en lo relativo a la imaginación, lejana por naturaleza o indiferente a la luz e incluso, tal vez, al movimiento. Se alimentan esos seres de lo que cae de la superficie a través de los diez kilómetros de una lluvia de nieve marina que son los restos, desechos y cadáveres que un día flotaron sobre las aguas, transformados en sus más diminutos componentes a lo largo del descenso que les lleva a las fauces de unos organismos por los que avanza tentando las tinieblas un instinto de evolución en cuya cúspide ya tienen puesta la intuición de una vaga fantasía de extremidades, cuerpos y cabezas con memoria, entendimiento y voluntad de encontrar el título para lo que sea que piensen escribir.

Puede que sea un camino de ida y vuelta el del olvido, y lógica la anfibia inquietud del fantasma en sus aguas donde espera la oportunidad y el momento preciso para cambiar de costumbres. Si ese fuera mi asunto, *Las aguas del fantasma* sería un título no solo bueno y acertado, sino también cómodo en el sentido de que no me arrojaría los reproches que este me lanza en cuanto me pilla ocioso, mano sobre mano, entregado al extravío y al despiste, y me hace ver lo poco que, en realidad, sé de ese instante en el que el fantasma atraviesa la lámina, lo corto de mi formación para palpar o rozar siquiera las condiciones que lo harían preciso, y nítidas las circunstancias de su oportunidad, así como, por último, la escasez de mis luces para todo cuanto se refiera a las costumbres del fantasma, por más que lo que cuento o estoy a punto de contar suceda en una tierra rodeada de mares, atravesada de ríos, cuarteada de regatos, salpicada de charcos y nutrida de fantasmas navegantes, agricultores, intelectuales, palanquines y comerciantes, residentes y transeúntes, quebrados por la pena, ardientes en recriminaciones, roídos de codicia, errantes bajo un infinito sin estrellas, conscientes de su destino e, incluso, a la busca de aquellos arroyos anegados de olvido en los que depositaron la esperanza de ahogar sus recuerdos, y a pesar de que todos coincidan en la destreza para hacerse pasar por vivos y vivir como si la vida fuera cosa suya —cuando lo cierto es que están a otras cosas—, y en la pericia con que fingen dormir y consiguen resultar encantadores cuando parece que sueñan y se

mecen en esa niebla de la que Aristóteles dijo que era una nube estéril.

Son las argucias con las que *Las aguas del fantasma* intenta sacarme de mis casillas y ponerme en un título que sería algo así como *El lugar de la niebla*, sin perder de vista las posibilidades de *Las nieblas del fantasma*, opciones que no dejan de tener su aquel, pues encierran un sesgo más enigmático pero también más abstracto cuya capacidad de sugerencia no estimula, en mi opinión, tanta inquietud como aquel. Son todo lo contrario a unos cuadros sin título; son títulos sin cuadro que hacen del lector un espectador del libro que respondiera al cuadro pintado a partir de unos títulos tan sujetos a una composición fantasiosa de lugar; son impulsos que desencadenan una agitación confusa y abierta a todo tipo de ruido y furia, si bien tienen la ventaja de referirse a lo que yo me refiero, que es a la niebla como escenario y razón de las fantasmagorías o *phantasmata* a las que me entrego mientras me gano la vida en las altas horas como portero de noche, condición que siempre reclama sus derechos al título de *Crónica* —quizá mejor *Diario*— *de las horas muertas* o al de *El portero nunca llama dos veces*, y que es bien cierto porque se cuela en las habitaciones…

A partir de aquí es material de trabajo

El fantasma no solo se ve. También se huele. Y resulta más aterrador olerlo sin que se haga a la vista. Quien huele a un fantasma que no se deja ver puede perder la razón. Es un olor a incienso y musgo.

Esto lo dice el carpintero de Riveira que se fija en las formas del café al echarle encima la leche cremosa y remover con la cucharilla el azúcar. Con sacarina no es lo mismo. Es una especie de consulta al oráculo.

Por eso exige el título unas ciertas estrategias a favor de su memoria.

Magos, titiriteros, tragasables, contorsionistas, domadores de tigres, nutrias y panteras, ventrílocuos, guías de caravanas, filósofos, redactores de boletines meteorológicos y policiales.

Hay animales que abandonan sus madrigueras con la niebla. Son blancos, deshilachados y filamentosos. Yo no los he visto pero sé de quién sueña con ellos y, a veces, me los describe.

El fantasma puede ser un conglomerado tardío, una aglutinación despistada o caprichosa de niebla inconsciente de la retirada del todo al que pertenece y de la errancia a la que ha sido abandonado y que acabará con ella en cuanto vuelva a ser cálida la luz del sol.

El portero nunca llama dos veces
Una crónica de las horas muertas

El portero se cuela en las habitaciones tan silencioso y leve como la niebla que siempre busca refugio en los hoteles. Porque los hoteles cuentan con corrientes de aire que la niebla vacía para deslizarse por los huecos y encontrar su guarida. ¿Qué es un hotel sino un sistema de corrientes y guaridas? Pasillos y reductos. Ascensores y espejos. Un método de comunicación y emboscada. Por eso me gustan los hoteles y las noches con niebla, aunque daría igual que no me gustasen; trabajo aquí, en un hotel cuyos huéspedes se recogen temprano, apenas se hace de noche entre la niebla, agotados por ese vaho que les ha acosado todo el día privándoles del sol, haciendo inciertas las formas, imprecisos los caminos e improbables los sonidos. No aprovechan esas noches espesas para cenar a la luz de unas velas, aunque el comedor sugiere su uso al exhibirlas dispuestas en cuencos de cristal sobre un aparador de manzano con taraceas de limoncillo, junto a las vinagreras y las cajas de los puros que deberían descansar en un mueble que los mantuviera húmedos, aunque el calor aquí nunca es intenso y casi siempre es húmedo, cercano, menos dispuesto a abrumar que a envolver con la sensación o el aspecto de un sudario.

Quizá esos cuencos no resulten adecuados para las velas en las noches que digo, pues la niebla los empaña como empaña el cristal de los ventanales del salón donde nadie toma copas en las noches de niebla, sin cenas que prolongar, salvo quiénes deciden reanudar aquí

las conversaciones iniciadas y suspendidas en cualquier otro sitio. Unas conversaciones que bajan de tono y se hacen entrecortadas cuando alguien menciona las apariciones del fantasma, noticia que añade discreción y cautela a quienes ya las practican por ser así su carácter, y asunto del que, al parecer, nadie habla en su casa, pues las menciones que lo sacan a colación siempre se prenden al punto en el que se dejaron la víspera, a menos que alguien sugiera visitar el escenario más reciente de los pasos del intruso, y lo visiten, guardando sus impresiones para la reunión de la noche de mañana, sin que la circunstancia de coincidir y verse a lo largo del día siguiente dé lugar a ningún comentario al respecto hasta que llegue la noche, o eso es lo que supongo.

Son jubilados que detestan reunirse en el Hogar del Jubilado porque es un edificio con aspecto de jubilado o porque son jubilados recientes —se podría decir que voluntarios— y nada les apetece menos que verse en un escenario de la jubilación en el que todo se escatima menos las miradas.

Llegan al hotel de uno en uno aunque todos vienen del mismo sitio, el antiguo astillero al que van cada cual por su lado para ocuparse en unas tareas con las que la mayoría no tuvo mucho que ver hasta que, pasado el tiempo de convalecencia que exige la jubilación, descubrieron el entretenimiento de restaurar barcos abandonados y medio podridos, y la gimnasia de serrar, pulir, medir, calcular, encajar, pintar, barnizar y tantos otros ejercicios de los que lo ignoro todo salvo que coinciden en la labor de sacar del agua una pieza derelicta y ponerla en condiciones de volver a flotar y ser gobernada.

Aparecen, ya bien caída la tarde, recién duchados, con ropa limpia, repeinados y con la piel tersa y fresca como si tuvieran un tercio de los años que tiene el más joven, que siempre es el último en presentarse y añadirse a los que ya están sentados alrededor de la mesa del rincón junto a la chimenea. Se saludan como si apenas se conocieran y solo se vieran de vez en cuando: intercambian un movimiento de cabeza al tomar asiento con la copa que se sirven ellos mismos de las respectivas botellas alineadas en la alacena que

abre el primero en llegar con la llave que yo le doy. Beben en silencio esa primera copa, y comienzan a hablar con la segunda. Parecen ingleses.

Les conozco de toda la vida, aunque sé muy poco de ellos, solo lo que se puede saber, lo que no tengo escrúpulos en conjeturar y cuanto abarque mi disposición a imaginarlo todo. Está Emilio Tasajara, hijo de un japonés que llegó aquí para hacerse con la exportación de algas, y se casó con una campeona de natación, Maruxa, a la que llamaban Maruxa Pato porque tenía todos los dedos unidos por una membrana transparente que le permitía abrir las manos como si fueran abanicos y contemplar a su través el mundo como si fuera otro mundo. El matrimonio se fue al Japón a raíz de un malentendido y, veinticinco años después, regresó Emilio Tasajara, un japonés pelirrojo de 189 kilos al que precedió su fama como campeón de sumo, título que perdió frente a otro japonés, hijo de una ferretera de la Terra Cha, casada en primeras nupcias con el asesor japonés de uno de los noruegos que vino a instalar la primera piscifactoría en estas aguas, y del que nunca supimos otra cosa —ni del noruego ni de su asesor, pues ninguno regresó de una prospección que los llevó a Namibia.

Este Emilio Tasajara del que hablo tardó un tiempo en disponer de una casa adaptada a las necesidades de sus casi doscientos kilos, y lo aprovechó comercializando unas infusiones de su invención, bajo las marcas de Nepenthe y Leteo, de las que garantizaba unos efectos entre cuyos atractivos no figuraba en último lugar el acceso a un espacio espiritual en cuyo nivel más bajo se hacían más llevaderas las penas del desamor y, en el más alto, las de una infancia de negligencias afectivas y abusos cercanos a la vejación. Construyó él solo una casa sólida y escueta, con muros de mampostería, pilares lisos y balaustradas pulidas para que la niebla se deslizara limpiamente hacia las grecas de madera del tejado de esbeltos alerones, hasta arremolinarse en los adornos como penachos o alas de ángel de las esquinas por donde, según me aseguró una de sus asistentas, fluían al exterior los malos humores que se nutren de las sombras entre cuatro paredes.

Aquel trabajo de levantar la casa con sus propias manos lo acostumbró a ser sincero solo consigo mismo, endureció una musculatura algo gelatinosa y hasta entonces flotante —por decirlo de algún modo—, redondeó su peso en los 150 kilos y lo llevó a acariciar la idea de un espectáculo de lucha sumo que recorriera diversas capitales con exhibiciones en estadios de fútbol, plazas de toros y rockódromos, para lo que pidió diversas subvenciones y puso varios anuncios de prensa dándose a conocer y recabando la colaboración de algún otro luchador de sumo que se encontrara en el país y se viera animado a una gira tan pionera. Así entró en contacto con el hijo de la ferretera, que le derrotó en un único combate amistoso celebrado en lo alto del Monte de la Siradella, donde reposan mandíbulas y vértebras de ballenas entre los eucaliptos y pinos que dan sombra al merendero en la explanada donde tuvo lugar aquel breve espectáculo de palmadas y empujones entre dos titanes que sumaban casi media tonelada de peso.

Derrotado, Tasajara perdió inmediatamente toda ilusión combativa, entregó a su rival el material resultado de sus gestiones y contactos en busca de patrocinadores, y se recluyó en su casa, donde perdió la mayor parte de su peso según prosperaba por sí solo el negocio de sus infusiones hasta otorgarle el beneficio de una pequeña fortuna, mientras él adelgazaba y se hacía más y más irrelevante en una residencia en la que todo —de la cama al retrete, del sofá a la bañera— había sido diseñado y dispuesto para servir y soportar las necesidades y movimientos de una masa cercana a los doscientos kilos que menguó hasta los ochenta o cien, tensos sobre una arquitectura ósea de marcado carácter exótico. Así pasó la cuenta de los años, dedicado a pensar en los colores de ultramar y las teorías de las lacas para embellecer los envases de sus infusiones, hasta que le llegó el día de su jubilación, en que fue visto de nuevo en la Plaza del Corgo a primera hora de una mañana fría y lluviosa de verano, donde compró diversos ejemplares —sin preocuparle la fecha ni el idioma— de la prensa local, nacional e internacional, que amontonó en una robusta pila sobre la mesa más cercana a la trepidante estufa de la taberna de Lavandeiro. Allí tomó asiento

para no levantarse hasta bien entrada la noche, una vez puesto al día de cuanto pudiera ofrecerle de nuevo el mundo. A la mañana siguiente fue visto de nuevo en el camino a Lordelo, por los alrededores del viejo astillero.

Está también Pablo de Sebastián y Gondar de Peñaranda, que en su juventud bebió con una desmesura que le llevó al desvarío de dar en alimentarse de gatos que cazaba mediante trampas de su invención para devorarlos medio fritos con dientes de ajo, o medio guisados con cebolla, tomate, pimienta y vino, hasta que una tarde de otoño, a finales del siglo pasado, ya algo mayor, atrapó y devoró el gato que no debía o, quizá, por el contrario, el único que debía, el gato que, por así decir, le tenía reservado la fortuna. Ocurrió que el pueblo apareció un día cubierto por unos pasquines en los que se mostraba un hermoso gato esponjoso y risueño junto con su dueña, una turista inglesa, de Yorkshire, que prometía cien libras de recompensa para quien le facilitara información sobre el felino desaparecido, cifra que doblaba su cuantía si los informes conducían a la recuperación del animal. Era aquella mujer, por lo que se supo luego, una tejedora de fama internacional —hija de escocés y de irlandesa— que viajaba constantemente con su gata, sus agujas y sus madejas de lana, algodón, seda o perlé, intentando reproducir con sus tejidos la textura de lo que los antiguos llamaban «el velo» del que se guardan muestras en algunos museos del interior como se guardan del «velamen» en algunos del litoral.

Pablo de Sebastián y etcétera, a quien casi todos llamaban ya Pablo Mata y Comegato —sonido al que Tasajara reaccionó siempre con enigmáticas muestras de respeto por más que no dejara de pronunciarse en voz baja y a espaldas del concernido, que era, y sigue siendo, un hombre grande, atroz y de no escasa mala leche—, palideció un día, según dicen quienes le vieron prestar toda su atención a uno de aquellos pasquines, pegado en la ventana del Café Bar El Balcón que da a la Calle Oscura, y estudiar detenidamente los rasgos del gatazo. Pablo de Sebastián y Gondar de Peñaranda y Mata y Comegato desapareció y hubo de pasar un tiempo hasta que se le vio de nuevo, reaparecido con la turista a su vera, y casado con

ella para mayor crédito de la historia que lo explicaba todo y comenzaba por los días que pasó aquel hombre encerrado en su casa frente al puerto de Meloxo, de la que salió vestido como si fuera a emprender un doctorado en Santiago de Compostela, para encaminarse al hotel donde terminaba de pasar sus atribuladas vacaciones aquella inglesa que llegó al pueblo con una maleta como un armario y una caja de mimbre bajo el brazo en la que dormitaba su gata de Yorkshire.

La mujer respondió a unos tímidos golpes en la puerta de su habitación, que abrió dando paso a un hombretón encorbatado y trajeado al estilo de un *derby*, que cayó de hinojos a postrar sus masculladas excusas en el vuelo de un vestido negro que ceñía el cuerpo de la inglesa, agitado por un llanto vibrante en las lágrimas que daban esplendor a su rostro y desconsuelo a sus ojos color navío, de largas y sorprendidas pestañas. Asido al vuelo del vestido como el moribundo al borde de la sábana que le cubre, el hombre gateó tras los pasos que retrocedieron adentrándole en el cuarto cuya puerta se cerró a sus espaldas. Contrajeron matrimonio un par de meses después y convirtieron el bajo de la casa del puerto en un taller donde la dama tejía con las agujas que guardaba en un estuche del que jamás se separaba, entretenidos antimacasares y vistosos cobertores de teteras y acogedoras fundas para las bolsas de agua caliente y mantillas de tenue filigrana mientras él tallaba oscuras raíces de brezo que convertía en figuras de animales sentimentales como el martín pescador o el halcón peregrino.

Era un taller inundado de un esplendor radiante, en el que se distinguía a las visitas con una espléndida provisión de pastas de mantequilla y copas de oporto que abrigaban conversaciones desperdigadas bajo el rítmico entrechocar de las agujas de tejer. Ella atendía en inglés a lo que se hablaba en la lengua que fuera, y él prolongaba su silencio hasta que caía la tarde y había que barrer. Nadie compró jamás pieza alguna hecha por ella o por él ni dejó de acudir al taller por remordimiento alguno en ese sentido. Las piezas reposaban en vitrinas y estanterías que se extendían por las paredes del obradoiro hasta perderse en las profundidades de la bodega,

iluminadas consecutiva y brevemente por las luces del candelabro en busca de alguna botella.

Así fueron las cosas hasta la tarde en que una carta, entregada con retraso y leída a escondidas, puso a la dama en la decisión de encamarse y reducir su vida social a un largo paseo bajo las primeras luces del día, del que regresaba con una brazada de ramas que distribuía alrededor de su cuerpo una vez puesto en la cama hasta el siguiente amanecer, aguardado en silencio o susurrando un poema con los ojos bien abiertos mientras tejía una colcha que iba cubriendo la ropa camera, puesta en la mirada la expresión de quien espera verse sorprendida en una genial travesura.

Eso debió de ser lo más cercano a una jubilación para su marido ex Mataycomegato, que comenzó a ser visto pasear al atardecer entre el espolón de Meloxo, donde luego instalaron un surtidor de gasolina y diésel, y la punta occidental de la caleta en la que se le apareció el barco.

Porque fue él quien descubrió el barco que ahora reconstruían o restauraban en el viejo astillero frente al hogar del Jubilado. Fue él quien lo vio surgir como si atravesara a duras penas el resplandor opaco de aquella niebla que duró veintiocho días en los que las bateas desaparecieron de la vista y los pesqueros se convirtieron en cuchicheos entre los telones y las cortinas de un aire espeso, desigual y flemático, afianzado como el espejismo de un recuerdo vicioso.

Nunca dijo que hubiera visto el barco, sino que se le reveló desde la nada grumosa como una música largo tiempo soñada de instrumentos de tripa y madera que siseaban y crujían bajo un dilatado aleteo que le pareció descomunal y le obligó a cerrar con fuerza los ojos, temiendo un efecto pavoroso cernido para hacerlo pedazos. Cuando los abrió, la niebla comenzaba a disiparse y el barco se mecía altiva y desapasionadamente, majestuoso, envuelto en los zarpazos y desconchones del maderamen bajo el triángulo desnudo de los palos y cordajes de cuya cúspide cayó un ave blanca muerta que se hizo polvo al descansar en la arena antes de que las aguas la acogieran en su seno. Así lo recordaba.

Sin perder de vista a Eliazar Bru, de un linaje catalán rico en

capitanes de la industria enciclopedista y, algo menos, en la del salazón, de los que algunos se instalaron aquí con una buena flota de galeones y muy buena mano para la construcción de unas estrechas naves de piedra a la orilla del mar para poner sal a los peces y embalarlos en abanicos plateados que relucían como enormes ojos de tigre marino en sus cajas de madera con ajorcas de latón.

Este Bru aprovechó una larga infancia meditabunda y rupestre para hacerse carpintero, y una no menos prolongada adolescencia para dominar las artes minuciosas de la ebanistería. Su padre, piloto de altura, desapareció tragado por el mar en Gran Sol o por la lujuria en Brasil o Cabo Verde, y eso puso al muchacho en manos de los abogados de Vilagarcía y Cambados que deshicieron la malla de una herencia tan dudosa como todas lo son por aquí, de la que logró sacar en limpio una casa en lo alto del Con Negro, un fajo de bonos del Canal de Suez, que adquirió un coleccionista, y un paquete de acciones de la Transmediterránea y de la Cunard. Esa fortuna le permitió organizarse la vida con la única disciplina de consultar mensualmente los libros que le presentaba un contable y las prospectivas remitidas cada quince días por un analista en inversiones que residía en Lausana, a la que añadió alguna visita a un centro de su interés en Santiago, de donde obtuvo los conocimientos suficientes para lo que más le gustaba hacer: barnizar muebles grandes mientras escuchaba música extranjera.

Como todos los artistas que viven en lo alto de un monte, se casó con la mujer más improbable, una berlinesa cantante de *jazz* que pasó en gira por el festival de Vitoria, donde una noche le ponderaron las termas del Gran Hotel y sus extraordinarios efectos para las afecciones hepáticas. La dirección del complejo termal decidió aprovechar su visita para contratar un recital del que la hostelería no obtendría otros beneficios que los publicitarios y los derivados, siempre dudosos, de una convocatoria atractiva para la clase más cultivada de la isla o más atenta e informada o simplemente más aburrida y anhelante de acudir a cualquier cosa que mantuviera viva la ilusión de otras costumbres y modales.

Las escalas del viejo piano con las que comenzó la cantante su

ensayo, a media mañana de un día de nubes altas, sin una brisa y con la luz empañada, llamaron la atención de Eliazar Brú mientras se entretenía con su examen habitual del mobiliario, artesonado y balaustradas del hotel en el que desayunaba casi todos los días —porque se comía mal en ese Gran Hotel, pero sus desayunos eran fastuosos—, y lo llevaron a la rotonda donde vio por primera vez a la dama en el momento en que se pasaba la lengua entre los labios antes de modular una versión pastosa de *Out of this world* al estilo de Sarah Vaughan. Espió su repertorio oculto tras un macizo de camelias, y la imaginó nacida en una marisma del mmissmmíssimino Mmississippi o en un suburbio goteante de Saint Louis, despreciada por sus iguales que veían en su tez limpia y en su cabello dorado la huella del momento en el que un blanco se adueñó violentamente de la negra voluptuosidad que aquella belleza llevaba desde vientre de su madre o su abuela. En esa desmelenada imaginación de hombre con muchas lecturas la oyó educar la voz en el coro de una capilla de algún *Holy Good Jesus* sin imágenes sacras, con unas pocas filas de bancos relucientes bajo la luz coloreada de unos vitrales rectilíneos y elevados. La vio viajar con una maleta de cartón hasta Chicago y el frío del lago Michigan. Se encontró entre quienes acudieron a su debut en Boston, a su triunfo rotundo en Nueva York. Supo de la fama que la acompañó en la gira mundial de la que ahora descansaba en el Gran Hotel porque así se lo había sabido contar un inquieto directivo del Gran Hotel cuando la vio actuar en el Adler de Berlín.

Así que se vistió de neoyorquino para oírla cantar de nuevo en su debut de esa misma noche, la noche en que se le saltaron las lágrimas cuando ella suplicó al aire *Do Nothing Till You Ear from Me*, y él se retiró a la barra del bar donde ella le abordó sin ambages. *Would you let me fly out of this world?* —le dijo con una voz más que entrecortada y él le prometió una casa en el repecho de un monte y un piano frente al mar. Ella cerró los ojos para mejorar la idea de cuánto se le ofrecía, y cuando lo oyó suspirar más profundamente los abrió y le dijo que sí. Fue el punto de partida de sus giras transoceánicas y de sus éxitos en Chicago, en Boston y en Nueva

York según los había imaginado Eliazar Bru, que aprovechó tan triunfales ausencias para acostumbrarse a remolonear por el viejo astillero hasta que el hallazgo del barco le hizo ver lo imprescindible de sus servicios para la empresa de restaurarlo, devolverlo a las aguas y alcanzar el Caribe. Fue el único que me rogó reconsiderar mi decisión de prohibirles fumar canutos en el salón del hotel.

Si es solo por estar algo mareaditos. Acuérdate de cuando éramos críos y nos poníamos a dar vueltas alrededor de una mesa o de un sillón… De cualquier cosa, incluso de nosotros mismos, y nuestras madres o cualquiera que pasara por allí nos advertía: No des más vueltas, que te vas a marear. Y seguíamos dando vueltas hasta que, efectivamente, nos mareábamos. Porque lo que buscábamos, sin saber lo que buscábamos, era estar algo mareaditos. Con el canuto es lo mismo. Te mareas un poco y eso te permite ir al otro lado de las cosas. Al otro lado del humo. O de ti mismo. Al otro lado. A ver qué pasa.

No me importa lo que hagan los huéspedes en las habitaciones. Algunos fuman; de algunos se podría decir que las alquilan para fumar con la mayor discreción y reserva, pero para fumar todo el rato. Lo digo por el aroma que las impregna cuando las visito, mezclado, a veces, con el de las velas y las varillas de incienso que prenden y queman no sé muy bien para qué. Una lengüecilla temblorosa de humo oriental para la concentración, quizá; una voluta en la penumbra, una fragancia con la que disiparse. No sé, y, sea como sea, las habitaciones de un hotel son un reducto privado por el que alguien paga un dinero para permitirse lo que haya menester. Pero fuera de las habitaciones, en el salón, en el comedor, en la salita de la televisión, en recepción o en el rincón junto a la chimenea no se fuman canutos. Ni siquiera en la terraza abierta a los soplos de todos los vientos. Esa terraza desde la que vi llegar con las primeras luces de un día la flotilla del circo de Dasmareas.

Es una cuestión personal, e ignoro lo que se permita o prohíba en otros turnos y lo que opine la dirección a ese respecto. Yo prefiero mantener alejada cualquier posibilidad de inquietud, sobresalto o desasosiego, e incluso la de que alguien se ponga a

fumar y yo le acompañe. La hierba aquí es muy buena. Cultivo local e hidropónico.

El *hash* sufre altibajos, como en todos los sitios. Pero suele ser de una gran calidad. El aceitoso es casi siempre extraordinario, mientras que el aterronado casi nunca llega a bueno.

Un portero de hotel no fuma canutos ni debería fumar tabaco. Tampoco bebe alcohol ni usa colonias fuertes, ni se deja barba ni se permite unas uñas demasiado largas o descuidadas. Yo aprendí a hacerme la manicura hace años, aprovechando los períodos más desabridos de la noche, y decidí hacerlo cuando caí en la cuenta de que llevaba un buen número de horas muertas acariciando con la yema del pulgar un áspero padrastro del dedo corazón de una mano, con la otra igualmente ensimismada, y la mente en blanco o en ese tipo de disipaciones —algunas muy viciosas— que reptan por los alrededores del insomnio llevadas por una ondulación que recorre imprevista los visillos bajo el breve y apagado tintineo de las anillas en la galería, o por lo mismo que hace temblar el rocío en una tela de araña. También decidí, una madrugada de niebla tan espesa como para ocultar los rescoldos y las brasas al otro lado del salón frente al que consumo la noche, combatir el entumecimiento del servicio en un hotel vacío, afeitándome de modo que el rumor de la maquinilla ofreciera un sonido en el que fijar mi interés y una excusa para que el vapor de la loción *after shave* debilitara el fervor de la boira.

Son cosas que pueden considerarse como cuestiones personales, sin que dejen de tener que ver con las normas recogidas en todos los manuales del oficio, e incluso, supongo, ordenadas en los textos de las escuelas donde enseñan hostelería: forma parte de los principios que deben cuidar todos cuantos se ganan la vida con un trabajo como este.

Aunque eso de trabajar cara al público es un poco excesivo o presuntuoso si se refiere a un turno de noche cuya clientela no suele encontrarse en condiciones de prestar su atención al titulado que la atiende. Es injusto pero pensemos, por ejemplo, en el médico de urgencias apostado en la noche, cuyo paso por la vida del paciente

no suele dejar en la memoria del dolor el recuerdo que impone el doctor que atiende al cuitado en la consulta a plena luz del día. Nadie se fija en los detalles de un hotel por la noche ni en los de una atención de urgencia. Nadie sabe quién le atiende. Puede que haya excepciones, pero nunca se sabe lo que pasa en las excepciones, ni quién las habita ni de dónde ni adonde…

Me agrada, por otro lado, acariciar la idea de que una prohibición tan personal y caprichosa —incluso tan sujeta a un vuelco del pensamiento y de las circunstancias que la suspenda o cancele su vigencia— suponga un modo enmascarado de brindarles la oportunidad de abandonar el salón y el hotel para rastrear los pasos del fantasma bajo la excusa de fumar un canuto, un gasto que disfrutan con mayor atención que la que muestran al investigar la presencia que persiguen. No son muy convincentes en su rastreo de un intruso que más bien parece servir en su imaginación de excusa a un paseo con la droga. Puede que el canuto y sus rituales disipen las potencias y agoten las energías con las que deberían resolver el acoso de una presencia tan tenue.

Del fantasma se supo por vez primera cuando la fachada norte del Hogar del Jubilado, desde el que mejor se ven las frondas de la ensenada del Gran Hotel y los esfuerzos de los piragüistas que reman con una rodilla hincada en el fondo del esquife, apareció tapizada de musgo de la noche a la mañana. El prodigio llamó la atención de todos los isleños y la ocupó hasta que pasó a ser un detalle de no demasiado buen gusto en las conversaciones, o hasta que dejaron de encontrar las palabras con que seguir hablando de un asunto que de evidente y palmario pasó a ser transparente, invisible y esquivo, como si desapareciera de la vista en cuanto se le ponía encima o como si jamás hubiera sido revelado y nunca hubiera existido un tapiz de musgo sobre la fachada septentrional del Hogar de los Jubilados, o como si nunca hubiera habido palabras con las que hablar del asunto…

Hubo también una plaga de nudos que enredaron toda la ropa tendida y no retirada aquella noche en la que —según se supo más tarde— más de uno vio la pantalla del televisor atravesada por un

perfil bien nítido, que se deslizó como llevado por una calcomanía sobre las imágenes que en aquel momento ofrecía el aparato.

Para aquel entonces ya llevaban una larga temporada matando el tiempo en el viejo astillero ante el que tantas veces habían coincidido, procedente cada cual de su paseo *and ruminations*. Un buen día atravesaron sus puertas sin que mediara consulta o comentario previo alguno, como impulsados por un proyecto o una curiosidad instintiva y común, junto con el anhelo de hacer algo en concreto que coincidiera con lo que les diera la gana hacer, aunque no lo supieran. Así que entraron y, al entrar, recuperaron la infancia que habían abandonado sin darse cuenta, para volver a ella con el mismo despiste.

Los muros de ladrillo y lascas de pizarra en pintoresco desorden, y el tejado de uralita sobre un falso cielo de pallabarro y escayola, limitaban un reino de palomas que siguieron impávidas sus movimientos desde las nudosas vigas de madera en las que reposaban, o apostadas en lo alto de los fardos de lona cuarteada, de las pilas de sacos vacíos de arpillera, doblados con esmero, y de los rollos apelmazados de cuerda que apestaban a cáñamo. De todos aquellos puntos de espera, vigilancia y control alzaron las aves el vuelo poco a poco y en el orden de una jerarquía indescifrable, atravesando una a una los huecos por los que se habían colado en busca de refugio.

Lo primero que hicieron los intrusos fue limpiar las insistentes cagadas de paloma con unas escobas de forraje mientras lamentaban el efecto corrosivo del excremento aviar, interrumpiendo los atrabiliarios comentarios de su colonización con voces de *¿Habéis visto esto? o Aquí hay una caja de herramientas*, que fueron súbitamente acalladas por el rotundo *¡Arre carallo!* que anunció el hallazgo de un maltrecho mascarón de proa en lo oscuro de un rincón aterciopelado en el que surgieron las formas apagadas de un cuerpo de mujer entre lo que parecían ser restos de persianas y detrás de un amasijo de flejes y palletes que no lo ocultaban tanto como los densos retales de telaraña que lo envolvían, un tejido del que costó deshacerlo porque la ardua resistencia de los hilos

pegajosos los obligó a lavarse repetidamente las manos a medida que lo desbarataban hasta que se miraron entre sí, se vieron las caras y los pelos y decidieron irse cada cual a su casa por donde menos pudiera ser visto, aunque los vieron hacer cundir el espanto entre los niños pequeños con su aspecto de *Life in Death* bajo los andrajos de telarañas que arrastraban por los suelos…

Supongo que cada cual rumió el hallazgo de aquellas formas de mujer esculpidas sobre el tajamar, y las posibilidades de entretenimiento que sugería y encerraba el mascarón de proa, aún más notables por cuanto abarcaban la aplicación y puesta en práctica de unos conocimientos disipados y dispersos hasta entonces, que comenzaron a desperezarse y a moverse desde las contemplaciones y rarezas particulares, a la coincidencia de unas labores con las que dar sustancia al ocio y resolver las dudas que siempre suscitan las autobiografías —y más si aún no han sido escritas respecto a los temperamentos artísticos—. Y, así, aquel cuerpo torneado con vocación de ondina pasó a ser el estímulo de unas tareas para las que los tres estaban perfectamente preparados, aunque ninguno hubiera considerado nunca, seriamente, la posibilidad de dedicarse a ellas en busca de bienestar físico y provecho espiritual.

Tuvieron que adiestrarse en la aplicación de decapantes, el manejo de lijas y rasillas y la preparación de disolventes, aguarrases, pinturas sintéticas y barnices marinos para los que había que disponer siempre de un buen fuego en el que licuar aceites en alcohol, tintes en agua. Una fogata en la que no dejaba de reposar un puchero de café con el que intentaban disipar los mareos que el vapor de toda aquella alquimia llevaba a sus cabezas. Restauraron la madera y pintura de la cariátide de ojos rasgados, cabellera ondeante y amplias tetas de pezones egipcios, y dejaron el mascarón de proa como un pastel junto al que se hicieron centenares de fotos a lo largo de varias semanas, blandiendo pinceles, brochas y garlopas, vestidos con unos monos del Todo a Cien tiesos por los cuajarones secos, y tocados con gorros de cartón y gorras con pasamontañas.

Constituyeron una asociación a la que llamaron *Los Otros*, con acceso a unos exiguos fondos de la Unión Europea para

Conservación de Piezas Náuticas, y el ayuntamiento les resolvió el uso del astillero a cambio de una cantidad simbólica en la que se incluían los gastos de agua, electricidad y materiales. Vivieron el principio de una fama que abortaron al recibir a los periodistas con una actitud inmutable y lacónica y unas respuestas guturales, cercanas al ronquido, que disuadieron a los informadores cuyo abandono trajo consigo la vuelta a la tranquilidad de siempre, en la que estaban cuando Pablo de Sebastián tuvo la revelación del barco y hubo que acometer la tarea de moverlo hasta el astillero y construir los caballetes donde quedó finalmente en reposo, con la punta del palo mayor rozando la uralita del techo. Poco después se supo del fantasma cuyos pasos rastreaban casi todas las noches con la excusa de fumar un canuto.

Se van del hotel uno a uno, como las palomas del astillero. Me miran un momento al pasar, arquean las cejas o se encogen de hombros y enfilan la puerta cristalera giratoria que los coloca en el fugaz torbellino de una linterna mágica. Salen, desaparecen y me obligan a levantarme y mover el sillón desde el que acecho hasta ajustar el punto de vista con el que los recupero a través del ventanal al que habitualmente doy la espalda salvo cuando espero la llegada de algún autobús retrasado del Imserso o vigilo la aparición del coche de algún huésped a deshora. Y allí están, sentados bajo el polvoriento follaje quejumbroso de los falsos plátanos de la Plaza de Arriba donde un día se instaló un cuervo blanco que abandonaba sus reales con unos golpes de ala que sonaban a fuelle antiguo y sofocado, cuando llegaba la noche y un gato albino se dejaba ver por esos andurriales, una esbelta sinusoide con patas de Brancusi y orejas de Cat Woman, pegado el lomo al murete de un baldío entre la Taberna de Pacucha y el café bar El Balcón Bar Café, frente a una fuente de un solo chorro en gallardete que dejaba a veces de correr cuando atravesaba la plaza el vuelo del cuervo blanco, para ceder toda la escena al silencio en el que se contaban los pasos almohadillados del felino como si fuera el residuo de un negro blanco que apareció un viernes en el mercadillo, sobresaliendo la ruta de su cabeza delgada sobre los toldos de los tenderetes.

Tenía aquel negro blanco los ojos azules, la nariz aguileña, los labios finos, el pelo largo y lacio, rubio como el bigote y la perilla. Nadie le habría dado por negro. Caminaba llevando la planta por delante del talón, como si hubiera dado en el teatro sus primeros pasos[4].

No vendía nada. Desenrollaba en el suelo una alfombrilla que llevaba hecha un tubo bajo el brazo y, acuclillado en uno de sus extremos, lanzaba sobre el otro un puñado de huesos de la mano izquierda y de vértebras que parecían de culebra, y estudiaba la figura que componían sus fósiles desparramados. Luego sacaba del hato que llevaba a la espalda un mazo de estampas que desplegaba entre sus pies desnudos; todas mostraban lo mismo: la falda de una colina arenosa atravesada por las huellas de unos pies descalzos. Podía permanecer así las mismas horas muertas que yo puliendo padrastros, inmóvil, como un escriba de lo tachado al que se le pudiera preguntar de todo.

—¿Eres uno de esos que adivinan el destino?

—No. Tu destino está ahí.

—¡Ah! Tengo que coger esos abalorios, lanzarlos a la alfombrilla y tú me lees el destino.

—Eso ya está hecho. Y leído. Tú destino está ahí.

—Y ¿cómo sabes que ese es mi destino?

—Porque eres el único que ha preguntado por él.

Por eso no vendía nada.

Hay noches sin niebla ni brisa en cuyo silencio se puede oír el murmullo remiso del agua de la fuente al caer sobre su propio chorro hasta que, agitada por el aleteo del cuervo, lanza sus gotas sobre la tierra oscura como si fueran la lluvia en la que pensarían los infinitamente muertos[5], o el rastro sobre el que posa sus patas con afilado sigilo el gato albino, casi una pincelada de acero en los charcos de musgo que recortan la arena de la plaza. Puede que ese felino nada tenga que ver ni con razas ni colores y sea todo lo que quede y haya vuelto de aquel gato que se comió Gondar y lo llevó a un matrimonio tan supuestamente exótico como supuestamente última la degustación felina de su depredador.

—Los fantasmas huelen —le oí decir una noche, flanqueado por sus amigos—. No digo que tengan olfato, de lo que no he oído nada, sino que dejan un olor. Que huelen.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi mujer, que lee libros y luego me los cuenta[6].

—¿Tu mujer lee libros?

—Bueno, novelas. ¿No ves que es inglesa? Las inglesas leen novelas constantemente. Los mayordomos, por ejemplo, según me dice, huelen a té, a manzanas, a saquitos de lavanda y a culos de cenicero, o los suicidas, que huelen a laboratorio y a piel mal afeitada.

—Y ¿los fantasmas? ¿Te ha dicho cómo huelen los fantasmas?

—En cierta ocasión, hace ya tiempo, paseando por la playa de O Carreiro…

—Esa playa no es buena para pasear. Al menos a la caída de la tarde.

—¿Por qué?

—Porque se levanta un viento frío de todos los demonios.

—Nunca mejor dicho.

—¿El qué?

—Eso de todos los demonios.

—¿Por qué?

—Por lo de los fantasmas.

—¡Qué tendrán que ver los demonios con los fantasmas!

—A mi se me hace que sí. Que algo tienen que ver. Y no me preguntes por qué. Vamos, ni me lo preguntes.

—No te lo iba a preguntar.

—Pues eso.

—¿Me dirás a qué te dijo tu mujer que huelen los fantasmas?

—A incienso y moho.

Se mueven —estos personajes de los que cuento, no los fantasmas— con precaución y torpeza en la plaza reducida como si la visitaran por primera vez cada vez que la atraviesan, o se sintieran impresionados por sus imaginarias maravillas, y eligen escrupulosamente el banco en el que se sentarán los tres, como si

alguna noche no se hubieran sentado en el mismo y de igual modo, tiesos y a la espera de su mejor perfil. Los sostiene la niebla goteante de las copas de los falsos plátanos que acumula sus gasas sobre la lámina de mi ventanal, flota sobre los charcos de agua, amortigua el destello de las salpicaduras que nutren el círculo brillante, casi lacustre y perenne alrededor de la fuente, y se añade a la bruma encaramada a las fachadas según se aleja del puerto para brotar en lentas madejas por las esquinas de la Calle Oscura y espesarse en el Soportal del Caldero y conseguir en sus tinieblas la densidad suficiente para modelar a los tres fumadores bajo la luz empañada de la luna, en una composición de leche coagulada, de grumos reunidos de la nada en mitad de ningún sitio para estudiar tal vez con disimulo al animal que los contempla al otro lado del ventanal del hotel.

La niebla impone un efecto de graderío a los bramidos del mar que la acompañan erizados de chirridos, y hace de la plaza un escenario en el que no me resulta difícil verlos como Hamlet, Horacio y Marcelo merodeando los andurriales de un fantasma puesto ahí por el Bardo cuellicorto de camisa holandesa, para vengarse de las mujeres e insinuar a voces la hipótesis del aparecido instructor y profeta de los hechos a los que debe conducir su información, la ejecución —al pie de la letra— de sus disposiciones, y el cumplimiento, en fin, de su designio: un propósito que exige recuerdo y venganza a cambio de conocimiento. «Cuando sepas» le dice esa sombra a su hijo para, a continuación, hacerle saber lo que más le hubiera valido no saber. «Acuérdate de mí», le dice luego, lanzándolo a la malla de una maldición alejada para siempre del olvido, vetándole ese amparo.

O como si fueran pastorcillos en la vibrante gruta de niebla que los libra de todo mal.

No siempre los veo así de teatreros ni me los imagino con semejantes trazas, porque sus ademanes no son siempre los mismos. Sus ademanes cuentan, ayudan a la comprensión de lo que hacen y a la de lo que no hacen, subrayan lo que hay que ver, sugieren paraderos de lo inadvertido, insinúan lo que valdría la pena

imaginar. Los ademanes son puertas entre lo visto y lo no visto. Como tales ademanes comunican (la una —la vista, el ojo— con la otra —la imaginación, que es su propio órgano, y por eso imaginamos con lo mismo que interpretamos los sueños que, en propiedad, no vemos porque estamos dormidos, esto es, quizá soñando) o impiden toda comunicación. Abren pero también cierran. En el primer caso es como si no estuviesen. En el segundo, también.

Uno puede imaginar el ser de lo que ve a partir de su apariencia, o no imaginarlo, y puede imaginar que ve sin ver o viendo otra cosa, una segunda apariencia subyacente, por ejemplo, y todo ello en la inconsciencia de los disipativos efectos arborescentes de todo cuanto la niebla enmascara y disimula. De modo que el fantasma visto puede perfectamente no ser el imaginado ni el que los ronda «envuelto en la niebla» como se ha dicho siempre. Incluso puede ser que aquel, el fantasma visto y ponderado no sea, en realidad, un fantasma, y que este, *the prowling ghost*, lo sea. No son tan extraños modos de ser o no ser. Al fin y al cabo, hacer ademán es «hacer como que se va a hacer algo (y no hacerlo)».

Aunque tengo la impresión de que no ven fantasma alguno. No hay noche de perorata en la plaza que no cuente con una petaca que uno u otro saca de la profundidad de un gabán, a la que van dando tientos agitando los brazos en el aire y contoneándose como si recordaran un pasado de rockeros. Luego se entregan a los abrazos, se despiden ceremoniosa, reiteradamente, y se van, se alejan recortando los lienzos de la niebla y quebrando las copas de los árboles y las brasas del firmamento en el espejo de las charcas veteadas con el primer fulgor del amanecer que tiñe mi silueta en el cristal del que me aparto al cabo de un rato, con no poca desgana, para cerciorarme de que ninguno ha vuelto a reinstalarse silenciosa y taimadamente en algún sofá, aprovechando el ir y venir de las tinieblas, con la idea de dormir como un niño hasta que comience el reparto de los desayunos. Luego vuelvo al ventanal donde la niebla envejece en un proyecto lechoso.

La niebla convierte lo que vemos en un reflejo de la Vía Láctea,

y ofrece un escenario donde los volúmenes repliegan sus contrastes, y las líneas entran en un temblor que casi sugiere la posibilidad de una transfiguración. En noches como esta no es difícil imaginar lo que debió de ser el descanso sin resuello tras el tumulto de la creación, aquel primer reposo en el que las aguas se sosegaron en una lámina y las nubes se miraron y se vieron en ella.

Es muy probable que las cosas fueran de otro modo, pero no es imposible que ahí comenzara el tiempo del que se guarda memoria en la cuenta que se inició entonces, a partir de aquel momento, cuando el aire se inventó con un suspiro y su apnea, y las grandes y pequeñas lumbreras llegadas de nadie sabe dónde dieron al mundo una faz bifronte, y a todas las miradas del día y de la noche un sentido y un sinsentido con los que buscar y perder comienzo y fin bajo unos mismos finales y principios de identidad y confusión que solo cabría ordenar y desordenar definitivamente alrededor de una idea o ilusión levantada por el espejo que sigue a la Luna, puesto en la calma de las aguas que renuevan el recuerdo del tumulto y la profecía del sosiego.

Es el espejo que con la ayuda de su doble te permite el juego de verte lo que nunca te verías de otro modo, como si estuvieras estudiándote el colodrillo, la nuca tan distante con su caída del pelo, la glándula pineal tal vez, el *back yard* del esfenoides. Ese otro rostro oculto más allá de tu alcance, orientado a donde oriente cualquier sexto sentido o séptimo u otro, a donde mira el cogote del campesino que recibe en el pescuezo todo el sol del que guarda memoria, adornado con otras facciones que han de ofrecer otros visajes, arrugas, muecas, mohines y marcas de cantero, otro rostro y otra sobreceja con todo por inventar a ese respecto, pues se ignora lo que mira y lo que ve su mirada, lo que piensan esas otras facciones intuidas y acariciadas, a salvo del tiempo por la ignorancia que las preserva para una imaginación entusiasta en la que no envejecen, pues se trata del rostro que solo existe y es en la distante plenitud de aquella mitad del reloj de arena de la que se aleja el grano que ya se desliza por el talle cristalino del reloj, o el rostro de la otra mitad limpia y virgen, sin recibir siquiera ese grano que el otro rostro

envía.

El espejo es tentador, se goza en poner a nuestro alcance todo aquello a lo que damos la espalda; se complace en recordarnos que no estamos solos o que casi siempre hay quien nos sigue los pasos, en brindarnos la posibilidad de mirarlo permaneciendo inmóviles para sentir el paso liso del tiempo, su calor en la materia y su frío en la imagen hasta que semejante intimidad se transforma en emanaciones que danzan alrededor de un contenido repleto, a su vez, de imaginaciones y sorpresa. Es la frágil sabiduría de la bailarina y del actor, acostumbrados a mirarse en segunda y tercera persona —incluso del plural— y a verse de reojo. Un modo de vigilar, medir, cuidar los pasos, cultivarlo.

Fue esa lámina el primer útil o herramienta con el que el hombre acarició la idea de hacer algo consigo mismo, que es de lo que no sale el hombre a pesar de la voluntad representada en el espejo de salir, esto es, de entrar, es decir, de persistir en la identidad y la confusión. A partir de ahí, los más mínimos efectos cobrarían la dimensión de unas causas ignoradas, con toda la cuenta y la medida del tiempo y del espacio sometidas al imperio de un error de perspectiva no por equivocarla, sino por admitir y dar por buena la falsedad de su noción y concepto, y no reducirla a lo que tiene de metáfora elaborada y digna de refinamiento, pero viciosa y preñada de presagios.

No pensaría tanto en los espejos, en su disposición a uno y otro lado de las cosas y las de puertas, en los cuartos de baño y en los ascensores, a lo largo de los pasillos cuya medida presiden, a uno y otro extremo de la niebla o medio devorados por ella, si no trabajase en un hotel, en una organización de puertas, pasillos y espejos donde la gente vive de paso y duerme de prestado, es transeúnte donde yo resido.

Ellos andan ahora de regreso a sus casas. Llevan el amanecer a sus espaldas y sigue cada cual su camino más largo frente al mar parcelado por las planchas flotantes de madera, las bateas, ancladas en el fondo por una losa a la que llaman muerto —o *poutada* en esta lengua en la que vendría a significar algo así como la pisada o la

huella de un ser vivo dotado de *pouta o pata dun animal de uñas fortes, curvas e afiadas*, y que puede ser metáfora *das accions da morte ou do destino*, así, por ejemplo, *as poutas da morte arrincárono deste mundo*, o referirse a un monstruo, dragón o lagarto gigantesco de los que devoran en sus cuevas a las tripulaciones de los barcos que han incendiado con su aliento— sobre la que penden y se mecen en las corrientes diversas los racimos del mejillón, ristras de fauces que se alimentan del agua como si nosotros nos alimentáramos del aire en una siesta colgada como la de ellos, o como se cuelgan los que vuelven al hogar, cada cual a mitad de su camino, de un punto en el Oeste hacia el que se dejan llevar en el regreso a sus casas para rumiar a solas los efectos de la noche y ordenar su gestión, o por el imperativo de acumular algo más de la tristeza y de la sabiduría que acompañan la vuelta al hogar de aquel hombre en el que pensaba Coleridge.

Eliazar Bru se mueve ligeramente encorvado por la ladera oriental de la Siradella, tan atento como si siguiera la impresión de unas huellas conservadas en la tierra húmeda, y evita las telarañas tendidas entre los matorrales y pinos, hasta descansar las posaderas en la punta de la Peña Picuda y hundir la mirada en el espacio que se extiende a sus ojos más allá de la ermita de piedra color lluvia y de los grumos de hojarasca en las grietas de sus muros vencidos sobre el acantilado que corre hasta más allá de las aguas, blanco y húmedo como un sudario, para ver aparecer allí lo que no hay ni existe.

Puesta su atención en el acantilado, Eliazar Bru ve una prolongación de la materia hacia el horizonte al otro lado del mar, que le ofrece un lazo con una tierra de nadie cuya idea lo aterroriza mucho más de lo que lo estremece el ardor ensimismado de la oración con la que ruega que desaparezca ese paso o que se hunda el lado al que parece conducir y en el que da la impresión de que se agitan presencias de ademanes perentorios con voces astilladas por el viento al rolar, que suenan, o él atiende y escucha, como si fueran canciones de su mujer.

Si su mirada fuera tan aguda como visionaria y alejara sus ojos de lo que tan extrañamente mira, distinguiría la figura maciza y el

movimiento elástico del antiguo luchador de sumo midiendo con la mirada distancias a uno y otro lado de las ruinas del viejo cementerio, alineadas entre el alto soto de los pinos inclinados por el viento de San Vicente y las rocas tronchadas de la playa de O Carreiro, donde una noche se avistó un objeto volante no identificado que registraron en Corrubedo, al otro lado del mar, donde la tierra es inacabable.

Tasa jara busca el punto preciso en el que dar la espalda al sol del amanecer y explorar al otro lado del mar lo que queda de la noche más distante. Patea la tierra en el lugar escogido y la bate con las manos, acuclillado y pendiente de ese ruido de tambor hasta que, convencido de su reverberación, reposa con las piernas cruzadas, los brazos caídos, la espalda recta, y entonces emprende unos movimientos de cabeza breves y entrecortados como los de un pájaro, con los que conseguirá que se le duerma el cuello. Lo sé porque me lo contó una noche en que llegó con un andar envarado de pisadas abiertas y calculadas de manera que no cupiera duda alguna en cuanto a la estabilidad en el desplazamiento del cuerpo que fue a alojarse en un sillón de mimbre bajo la lámpara que, en aquel tiempo, iluminaba la esquina del salón más alejada de los ventanales, con una luz amarilla, débil y cremosa, aún más atenuada por su pantalla de apretado tafetán manchado por el calor de otras bombillas más fuertes, y de cuyo círculo inferior, ancho y un poco deformado, colgaban algunas endrinas que se entrechocaban dulcemente con las corrientes de aire. El sillón crujió al recibirlo.

Lo observé durante un largo rato. Al ver que no se movía, que respiraba como si se le estuviera olvidando, y que su cabeza guardaba el mismo ángulo que la de algunos cristos crucificados con la línea del cuerpo exangüe a lo largo del madero, me acerqué y me detuve ante él, que me miró como si se alegrara de verme y se sorprendiera de que lo mirara. Sus ojos eran una singular composición de cejas arqueadas, párpados pesados y pupilas dilatadas casi en la medida en que se hubiera podido asegurar el consumo de una dosis de estramonio. Pero su aspecto no se debía a lo que quizá cupiera suponer, sino a una gimnasia que me explicó en cuanto regresó a su

ser.

Me contó entonces que los alumnos más veteranos de la escuela en la que aprendió el código de la lucha milenaria que dejó de practicar con su derrota, dominaban una técnica para dormir el brazo de la mano con la que se iban a masturbar, para hacerlo como si la acción aplicada no partiera de ellos mismos, sino de alguien ajeno cuyos rasgos y atributos quedaban al capricho de la imaginación, mientras la ejecución del hecho adquiría una procedencia ambigua o, por lo menos, suficientemente oblicua y abierta a cualquier fantasía. A partir de su derrota, me explicó con su voz gutural, aplicó ese recurso al cuello hasta que consiguió dormírselo mediante estiramientos de las cervicales y tensiones sobre las masas musculares del esternocleidomastoideo, del trapecio y los deltoides, hasta lograr un sueño o dormición del cuello por el que la cabeza, el cráneo y todo su contenido perdían contacto y sensación con el resto del cuerpo, abandonado al otro lado de un vacío oculto o de evidencia muy leve.

—Me gustaría explicar lo que me pasa en ese estado en que me pongo, pero no puedo, me faltan los conocimientos que facilitarían la explicación, aunque, a decir verdad, tampoco los echo en falta. No creo que haya quien necesite semejante aclaración de los hechos. En cuanto a mí, me basta con que la cabeza se me ponga en otro sitio, en otra dimensión donde me pasan cosas que apenas recuerdo cuando se me despierta el cuello y se reanuda el tráfico entre el tronco y la cabeza, y las médulas recuperan el contacto. ¡Qué sé yo!

—Supongo que no recuerdo bien lo que me pasa porque las cosas que me vienen a la cabeza cuando se me suelta no tienen nada que ver con las cosas de la cabeza cuando la tengo sujeta en su sitio más normal, bien encajada…

—¿Lo haces con mucha frecuencia?

—¿El qué?

—Eso que dices que haces.

—No. Me lo pienso mucho antes de dormirme el cuello. Tomo muchas precauciones porque a veces me entra miedo de que un día se me quede la cabeza allí; para siempre, quiero decir. Como si me

hubiera muerto, o como si se me hubiera ido la cabeza, propiamente dicho.

—O como si te volvieras loco o te quedaras tonto o senil o presa del Altzeimer.

Nada se puede dar por seguro. Ni por malo del todo.

Así es como contempla ahora Tasajara el resto breve y lejano que queda del velo de la noche arrastrado sobre el océano teñido de un naranja efímero, porque es más poderoso el verde crudo de las algas y el ocre de las tierras vivas con que se pintan las aguas engañosas. A veces cierra los ojos y escucha el roce del fruto del eucalipto en el aire al caer sobre las tumbas y rodar por sus cicatrices. Hay una suspensión perlada alrededor de su cráneo rasurado y curtido que soportará el arco del sol en su camino hasta hacerse vertical y caer en su cabeza cuando la sombra de sí mismo, que habrá visto acortarse rehuyendo el Poniente, desaparezca y él se levante, con el cuello despierto o aún dormido, para ponerse de nuevo en movimiento.

Hasta el momento en el que de esa noche no quede ni la sombra de su telón más raído, habrá observado el repliegue y retirada general de las líneas nocturnas al otro lado del mar frente a la invasión del día que asigna un límite concreto a cuanto se puede ver y oír, y un reducto silencioso e invisible a lo que no se debe ni lo uno ni lo otro, ese en el que Pope decía que se ocultan las fuerzas naturales, atravesado por los navíos de Longfellow y los murciélagos de Tennyson.

Su mirada cubre un espacio de nadie, un reloj que ampara en sus esferas cortadas lo móvil y lo inmóvil, el lugar en donde se hace pie y el hueco en el que no. Un mar tachonado de gibas, corcovas y chepas pulidas por las aguas y estriadas por los vientos que soplan sobre las ruinas del cementerio de Adro Vello y agitan los árboles raquíticos que crecen en los espacios abandonados entre las losas de las viejas tumbas, en las fisuras de sus lápidas donde la argamasa reseca y hecha polvo fue arrancada por los vientos que abren esos huecos en los que caen las semillas de los árboles que también se desarrollan famélicos en las ranuras de las murallas y en las grietas

de las rocas que muestran las heridas de unas emociones, turbulentas cuando el mundo no era sino un fenómeno meteorológico, cicatrizadas en el momento en que el hombre dejó el rastro de sus primeros pasos en la arena de esta playa.

Árboles de raíces finas como nervios, tallos como tendones, ramas como espinas y hojas como uñas de recién nacido, agazapados en el brillo del granito dispuesto para el reposo de unos cadáveres depositados con el alma en vilo no tanto por la muerte que acompañara al hombre hasta allí, en su acoso polimorfo, como por la del sol, descubierta en un novísimo crepúsculo frente a la playa y repetida en las tardes consecutivas a la primera en que el hombre que jamás había visto el mar, lo vio y vio también hundirse el sol al otro lado de las aguas como nunca lo había visto hundirse, pues hasta entonces solo contaba con su ocultación tras unas montañas azules como mejillas pintadas o su desmayo en el brome enmarañado de los bosques. Una representación de la Naturaleza escrita, dirigida e interpretada por Nadie-Que-No-Sea-Ella-Misma para brindar al espectador la idea de que el espectáculo puede tener que ver con la verdad, pero el drama solo tiene que ver con lo que se sabe.

Esto que hoy es un orden de piedra en la ribera, fue ayer una línea de terraplenes tapizados de hierba alrededor de un armazón para el reposo. Túmulos y montículos en los que la arena hecha polvo goza de estación, aventada por lo mismo que la recoge, apelmazada por lo que la disgrega en escorrentías, llevada y traída por corrientes que la disipan y acumulan del ecuador a los hielos, del desierto del ratón con patas de canguro, al polo del oso blanco al que los franceses llaman *réquiem*, aplaudida y rechazada por el mismo cielo bajo en el que se ordenan las ciudades de los vivos y los muertos y se recoge el hombre hincado de talones en la arena, hecho un ovillo, apretujado en un abrazo a sí mismo buscando con los ojos *wide shut* un teatro de la memoria y de la profecía ante el sol que todo lo ignora —porque su ley le impide cualquier otra—, mientras las raíces del árbol desnudo y sin ambages buscan en los huecos de la argamasa desmoronada y del granito mismo, que se descascarilla

mucho más poco a poco, la sopa y los gases del fúnebre consumo, y sus hojas, tiernas y apenas recortadas, se agitan bajo virazones y terrales que quinientos años después, o dos o tres milenios o anteayer o pasado mañana, serán céfiros, bóreas, alisios y contralisios que llevan el polvo incesante de esa arena a chocar o no chocar contra ventanas, parabrisas, linternas, telescopios, lupas, o a formar la suave ondulación de una colcha o a trazar el camino de lo que será perla u orzuelo. *Those are pearls that were his eyes*.

Puede que Tasajara recuerde en un abrir y cerrar de ojos el tambor de arena que batía hace un momento, y se balancee y meza o incluso se estremezca ante ese escenario reducido entre los pinos y el mar en el que la muerte ejerce de «jardinera solícita» entre la «innumerable fermentación» de los antepasados reunidos en el cauce seco de las cunas, las naves y las tumbas de piedra.

Esos antepasados que, según Rilke, reposan en los cimientos más profundos de nuestra existencia, como si nuestra vida, esa existencia que podría, sin embargo, carecer de un sótano tan alejado, no fuera sino glosa, escolio, exégesis o paráfrasis de aquella vida de los antepasados que quizá Tasajara recuerde y vea caminar hacia el Oeste llevando a las espaldas, el miedo de los bosques y de las grutas antes de dar en el asombro y la consternación revelados con el descubrimiento del naufragio del día en el mar inaudito ante el que el árbol que había sido cuna y ataúd se hizo nave. Ese árbol plantado al nacer para que el recién nacido que durmió entre sus horquillas cuente con la leña de la hoguera en la que quemar su cadáver, o con la copa elevada y frondosa en la que depositar su muerte al alcance de las aves de presa, o con el lecho excavado para el reposo de sus restos en el tronco que lo alejará flotando de las aguas de los vivos hasta desaparecer en las aguas de los muertos. Esa nave de madera que detenida y, rodeada de espuma en la arena de la playa, se petrifica antes de hacerse a la mar en busca de una costa lejana alzada en un promontorio que acerque el muerto a las estrellas. El monumento más antiguo al primer marino, tan prehistórico como para obligar a intuir su sentido por encima de la masa trenzada y pulida de sus formas, ofrece al firmamento una canoa tallada en el

tronco de un árbol en la que reposa el cuerpo del primero que desafió el miedo de las aguas. El monumento es un ataúd. El marino se mueve sobre la más viva amenaza de la muerte. Navega sobre el miedo del miedo.

Puede que Tasajara recuerde el miedo de las grutas y de los bosques, los escalofríos al cambiar las corrientes en las grandes cuevas, la orientación desconcertante de esos súbitos movimientos al fondo del lóbrego pasillo, la inquietud ante los pasos amortiguados de quienes se rozan contra los muros al otro lado del recodo, y la de quienes se agazapaban al pie de los árboles del bosque lleno de pasos que aguardan la llegada de la medianoche para ponerse de nuevo en movimiento y atravesar con sus pisadas las tumbas. O en los desiertos donde las sombras crepitan, los cadáveres sé hacen invisibles y el miedo puede mostrarse en un puñado de polvo.

O no. Tal vez nada de eso. Hay ocasiones en que la atención que Tasajara presta a sus pensamientos es como la de quien mira las nubes que se mueven en el paisaje y contempla la aglomeración de sus formas sin identificar volúmenes ni líneas, o aguarda con paciencia mineral y la mente puesta en blanco o fascinada con la idea del arca de rayos y truenos que guardan en su seno las nubes, el momento en que el agua acumulada en las alturas se disperse para caer repicando sobre la tierra y despertar con su estrépito al dragón que reposa en la cueva.

Y si alejara sus ojos de lo que tan extrañamente mira, distinguiría la figura vacilante de Gondar en torno a la peña de Cantodorxo que muestra en su lomo pelado tres lascas negras, triangulares hundidas por su base en la roca y alineadas con un rastro de anillos o eslabones que se extiende por el suelo, como si el basalto hubiera recibido la excoriación petrificada de una forunculosis o varicela, algún prurito o algo cuya huella fuera la de una intensidad enconada, la cicatriz en la roca de un dolor que hiciera ciertas las ideas de Wittgenstein sobre la geología y sus emociones. Porque fue aquí donde encadenaron al dragón que recorría enloquecido la costa por las noches lanzando de sí rayos y centellas de uno a otro confín, estruendo y llamaradas para hacerse

con la atención de los barcos, confundir a sus pilotos y llevar su deriva a las peñas más ocultas y al filo de su tajo, al naufragio en mitad de la noche bajo el enloquecido resplandor del infame y tremendo reptil que hubo que atrapar y poner en cadenas y arrastrar hasta la entrada de la cueva para fijar en ella su exhalación de modo que los barcos se hundieran siempre en el mismo sitio y los lugareños pudieran saquearlos sin haber mermado sus fuerzas en la persecución de un zigzagueo agotador que, en ocasiones, ponía al navío de proa al mar abierto y a su huida fortuita del naufragio.

El dragón arqueó su lomo lleno de púas y bajó la cabeza casi hasta ras del suelo para entrar por su voluntad en las entrañas de Cantodorxo con un paso majestuoso y nada ajeno al desprecio con el que retiró su mirada de los isleños que habían intentado encerrarlo y lo vieron enclaustrarse tras haber hecho saltar las cadenas cuyos eslabones quedaron ahí, hundidos en su propia huella, hasta que alguien se los llevó tras haberlos acechados con paciencia inmemorial y una astucia rayana en el suicidio.

No sé lo que oyen en esos pasos perdidos estos de quienes cuento, pero sé lo que hacen, y no me cuesta imaginármelo ni figurármelos en otras actitudes, sobre todo desde el día en que el fantasma los visitó con taimada oblicuidad y los obligó a considerar el error que cometían buscando hacia el Oeste, donde se apaga el día y siempre es posible que lo que se busca se le eche a uno encima, por ser Poniente la ruta más improbable para un fantasma que, al girar sobre los talones de su muerte, no emprendería otro camino que el opuesto, el único capaz de llevarle hacia Naciente y el pasado.

Eliazar recibió una mañana, al regresar a su casa, la llamada de su mujer que le confirmaba el éxito de una actuación apoteósica en Montreal, tras la que viajaría a Toronto para atravesar las Rocosas en ferrocarril y culminar su gira en Vancouver, donde quizá la esperaran los contratos que la pondrían camino de Seattle, San Francisco, Los Ángeles y Las Vegas. Tenía casi veinticuatro horas libres para visitar Niagara Falls, y eso añadía una vibración aventurera a los ilusionados trinos con que le contó esas cosas.

El piano comenzó a sonar apenas hubo colgado el teléfono, y las

notas de una pieza de Satie cuyo nombre había olvidado invadieron la soledad de la casa y lo arrastraron a recorrerla en una pesquisa temblorosa, con unos pasos tan cuidadosos como si caminara sobre una lámina de cristal oscuro y oyera sus resquebrajaduras bajo las vibraciones de su delgadez. «Estoy solo. No hay nadie más en la casa», musitó con la instintiva ilusión de que pronunciaba la jaculatoria que alertaría a su ángel de la guardia o a cualquier otro, pues por un instante, acarició la esperanza de que fuera algún espíritu del indudable séquito de su esposa el que, abandonado en la casa por razones inextricables, saludaba de tal modo el éxito de la intérprete allí donde le hubiera sido más grato acompañarla.

Pero no. La música se desconcertó y cesó en cuanto puso un pie en el estudio tan a oscuras que no percibió otra cosa que el revoloteo de unas partituras en el aire de una corriente imposible, pues la casa estaba tan cerrada a cal y canto como la dejó al salir despavorido en busca de Gondar, con el que se encontró a mitad del camino entre ambos, donde entraron a contarse cosas simultánea y atropelladamente, con ese desorden y algarabía cuyo remedio es privilegio vicioso, imperativo científico o compromiso estético de quién las cuenta o las imagina de nuevo para reproducirlas a partir de la justificación o excusa de su expresión más directa y cabal.

El caso es que Gondar solía reunirse con su mujer a esas primeras horas del día en que se encaminaba a su casa para dormir al cabo de toda una noche zascandileando, y ella regresaba a encamarse después de su caminata matinal, con una buena brazada de ramas para adornar el lecho, a la que en esta ocasión añadió un inusitado surtido de rosas azules y flores de calabaza, insólitas no solo por su rareza sino también por el hecho de ir en brazos de quien nunca recogía flores propiamente dichas.

—Me dijo que eran el regalo de un hombre que la había abordado con exquisitos modales a la vuelta de un recodo para entregárselas como si no hubiera otra que las pudiera recibir, y que ella no había sabido negarse por la elegante, si bien muda, vehemencia de los gestos y ademanes con que las puso en su regazo y por la pinta del desconocido, por su aspecto como desencajado…

No. Despintado… Tampoco. Transparente… Desvaído. Eso es. Desvaído. Como si se le estuvieran agotando las pilas, me dijo. Eso ya me tenía que haber puesto sobreaviso, pero lo que me horripiló fue el fuerte olor a corriente de cementerio que desprendían las flores.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Metí la nariz en mitad de las flores y olí incienso y musgo. Olían a un aire de camposanto. Ella ya no se acordaba de lo que me contó que había leído una vez. Pero yo, sí. A eso es a lo que huelen los fantasmas, a incienso y musgo. No exactamente a tumba, pero sí a sus rituales antiguos. Aunque no se lo he dicho. La he dejado tan tranquila en la cama. Al fin y al cabo, las flores no son el fantasma. Tienen su olor, pero no son él. Él es el tipo que se las dio. Sabe Dios dónde estará ahora mismo.

Cuando Bru le hizo ver con su relato del piano que sonaba en el estudio vacío lo fundado de cualquier sospecha que pudieran abrigar en cuanto al fantasma que así se estaba dando a conocer, Gondar se dejó caer de culo al borde del sendero, apretándose la cabeza entre las manos bajo la mirada de su amigo, no menos estupefacto.

—Lo tenemos entre nosotros —dijo al cabo de un rato, con voz ronca.

Ya lo creo. Y debí haberme dado cuenta de que algo extraño nos rondaba en cuanto vi que los estandartes y gallardetes de la goleta de tres palos cargada de rugidos de leones con que hizo su aparición en el puerto la flotilla del circo Dasmareas, ondeaban cada cual en una dirección, y todas esas direcciones cubrían el círculo de la Rosa de los Vientos en un momento en el que no se movía una hoja, el mar estaba liso y el aire, inmóvil.

Era la visita puntual de un espectáculo de animales, magia, trapecistas y mujeres medio desnudas, famoso desde las luces de Finisterre y las Catedrales de Lugo a las arenas de Donegal y las noches de Gran Sol gracias al talento de su promotor, Juan Dasmareas, hijo de una época de turbulencia y blasfemia en la que su padre recorrió con su cólera los montes clamando por el cumplimiento de unas antiguas alianzas cuyo pacto nadie más

recordaba. Tan alto y solitario fue su clamor, tan sangrienta su audacia, que lo ahorcaron en una celda que no logró aplacar sus voces y reniegos. Su hijo fue puesto a salvo disfrazado de oveja para regresar muchos años después envuelto en la leyenda que precede a los circos. El suyo levantaba la carpa en la explanada de Confín con un alarde de cuerpos esculturales y pieles multicolores que hincaban los palos, tensaban los vientos y desplegaban las lonas entre piruetas y juegos de manos mientras los leones recorrían las calles con pasos afelpados y escrutando de una en una las facciones de los lugareños reunidos en la admiración de aquel selvático y multicultural desfile que culminaba con todos los circenses en una torre humana cuyo último gimnasta ondeaba en su cúspide una bandera negra con una N rodeada de la leyenda Nunca Nadie Nada No bordada en rojo y oro.

Se decía que Juan Dasmareas… Bueno, se decía de todo… Que había nacido en mitad de un naufragio, con su madre en el agua y una pintarroxa cortándole el cordón del ombligo de un solo golpe de aleta. Que había crecido en los caladeros de Mauritania y en los pozos del Niger, alimentado por negras y adiestrado por brujos. Que sabía todos los idiomas del Atlántico y solo se enamoraba de ecuyéres. Que había vendido armas en Argelia y pagado con la cárcel su participación en el secuestro del Santa María, aprendiendo en la prisión las artes para la doma de pulgas, de donde procedía la fama de su circo en el continente, a la que se añadió el prestigio que supo ganarse al otro lado del Canal de la Mancha gracias a sus sesiones de la Cabeza Parlante, un descomunal cráneo de piedra que respondía con precisión a cualquier pregunta que le hiciera quien hubiera pagado su entrada a un espectáculo que incluía leones rampantes y combates en el aire entre trapecistas con los ojos vendados. Un día le preguntaron qué era él. «Yo soy —dijo— lo que somos todos los de dónde yo soy. *Auga e vento*. Eso es lo que soy».

Y allí estábamos todos los que éramos, apretados los unos contra los otros bajo las lonas y con la vista fija en lo alto de la carpa, donde los trapecistas trenzaban las fintas y volteretas de una vertiginosa esgrima a ciegas entre palos y cuerdas que parecían animados en su

acudimiento al punto del aire en el que una mano había de asirse a ellos. ¿Qué impulso de precisión insólita guiaba a aquellos cuerpos a coincidir en el aire con el palitroque del trapecio al que habían volado a ciegas? ¿Qué mecánica de regularidad tan exacta como la que ponía al palitroque del trapecio en el punto donde lo atrapaba la mano del trapecista ciego?

Lo único que sabíamos era que la dama flexible y medio desnuda era la princesa porque la venda que le tapaba los ojos remataba en una diadema, como remataba en una calavera la venda del malvado secuestrador, y en un esbelto halcón la que impedía ver y enmascaraba al caballero que acudía al rescate de la hermosa para ceñirla y mecerse con ella en el palo del trapecio más alto, del que descendieron todos aquellos artistas en una ardiente espiral llevando consigo nuestras miradas al suelo en el que descubrimos que la niebla alcanzaba un espesor de tres palmos y lamía la cintura de los niños más pequeños.

Era una nube a nuestros pies, sin tacto ni temperatura, que lanzaba hilachas entre las butacas y sillas de tijera hincadas en la arena de Confín, y que se fue apretando en vetas y penachos hasta enroscarse en el regatón del palo más alto por el que ascendió culebreando o como lo hubiera hecho de haber sido la cola de un dragón de color gris o tinta china muy pálida, y alcanzar la bóveda bajo la que colgaban inertes los palos y las cuerdas de los aparatos.

La cúspide de la niebla hecha columna ganó densidad entonces y brincó con un súbito destello entre los trapecios poniéndolos en un movimiento que poco a poco se hizo un concierto de vaivenes con el que los palitroques vacíos repitieron sus idas y venidas como si estuvieran entre ellos y saltaran de uno a otro quienes habían atravesado el aire con sus volatínas y ahora contemplaban en el suelo, entre nosotros e igualmente embobados, el repentino juego de aquella máquina puesta en marcha sin que se moviera entre su tramoya otra cosa que el súbito espesor de una nube con un destello en la punta, o en la cola.

La exhibición no llegó a su fin lenta y sosegadamente, con los trapecios balanceándose en arcos cada vez más breves, sino de un

modo repentino, como por el colapso de la fuerza o el impulso que los moviera. Y la niebla se recogió desde el regatón del palo hasta el suelo donde permaneció unos momentos enroscada sobre sí mima para retirarse luego con un siseo entre nuestros pies y desaparecer sin que nadie pudiera decir por dónde…

Entonces supimos que aquello era también el fantasma.

Aunque Tasajara se reservó otra opinión, que me confió una tarde en que di con él al encaminarme hacia el hotel perdiendo el tiempo y los pasos por la ensenada de Lordelo entre el Hogar de los Jubilados y el astillero, donde las aguas bajas, las rocas como crestas repentinas y los tapices de algas, musgos y harapos de la navegación se alían para hacer de su lámina inconstante un ejemplo derelicto del arte de enseñar el engaño a las mareas. Estaba sentado a la puerta del astillero, harto de esperar inútilmente a sus amigos mientras se amontonaban a sus pies las virutas que iba sacando con una navaja de Taramundi a un retorcido muñón de brezo duro y jaspeado, color ancla, tal y como había aprendido viendo cómo lo hacía Gondar.

—Los fantasmas no son así, no hacen esas cosas, no dan espectáculos, al menos, nunca los dan de masas. Son gente muy discreta, personas pudibundas, me atrevería a decir, con una idea fija y un proyecto claro del que lo más probable es que ignoren cómo llevarlo a cabo. Por eso parece que dan palos de ciego. Pero la nota, lo que se dice la nota, no la dan.

Bajó la mirada y movió los pies en el suelo como si quisiera borrar algo escrito en la tierra.

—Quiero decir que tienen algo qué hacer. Y lo hacen en cuanto se les presenta la ocasión. Los fantasmas no andan por ahí haciendo el fantasma. Sus circunstancias son demasiado acuciantes. Saben que andan desnudos, sin nada que ponerse, y a la mayoría de ellos les falta aún mucho tiempo para llegar al convencimiento de que esa desnudez no tiene la más mínima importancia en su condición. Esa es una de las razones por las que no son como nosotros. Otra: no viven en el supuesto de que cuentan con todo el tiempo del mundo para hacer lo que sea que pretendan. ¿Te molesta que me fume un canuto?

Negué con la cabeza, encantado de que lo hiciera, pues eso me liberaba de todo diálogo al concederme el privilegio de oír cuanto se le ocurriera contarme sin necesidad de contestarle, comentar lo que dijera o cualquier otro cuidado o atención. Además, me gustaba ver como liaba Tasajara los canutos, con la misma destreza con que lía su pitillo Henry Fonda en *El día de los malditos*, después de haberse hecho con el botín oculto en el nido de sierpes del que Kirk Douglas —en el papel de un villano avispado y simpático con lentes ha sacado con la picadura de la muerte la mano que metió sin enfriar la codicia.

Encendió el canuto una vez que lo hubo examinado largo rato, y procedió a firmárselo reteniendo sin exageración las caladas y moviendo las cejas según se le asentaba el efecto.

—Un fantasma no busca que lo miren, sino que lo mire quien lo tenga que mirar. Que lo vea quien lo tiene que ver. Esa es la atención que busca y a la que intenta avisar mientras pugna por poner un pie en este mundo. Eso es lo que hizo cuando tapizó de musgo la fachada del hogar de esos ancianos, y cuando anudó toda aquella ropa tendida. Son modos de poner sobreaviso al destinatario y abonar el terreno.

—El contexto —le dije, incapaz de evitar la oportunidad de tomarle un poco el pelo. Pero Tasajara prosiguió sin inmutarse.

—Son las señales de que hay un fantasma al acecho o los avisos de que está a punto de manifestarse, de conseguir el tránsito que le permitirá hacer lo que tiene que hacer. Otra cosa es que lo sepa, que tenga bien claro cuál es su cometido, porque a veces no lo saben o se les ha olvidado. Ahora, lo que no se le despista a un fantasma es lo concreto de su persecución. Y lo que persigue un fantasma no es su manifestación ante un centenar de personas, sino ante una sola, única y determinada.

Retuvo largamente la fumada, con la mirada floja como si buscara en el aire el vestigio de algo o como si lo hubiera encontrado y se esforzara en interpretarlo, o como si intentara dar con una persona sola, única y determinada.

—Un fantasma necesita intimidad. ¿No ves que va desnudo?

Me limité a mirarlo de hito en hito, esperando que cayera en la cuenta de que yo jamás había visto un fantasma.

—Y no es que yo haya visto alguno. Pero cae de su peso eso de que va desnudo. Basta pensarlo un poco. Un fantasma no arrastra consigo los andrajos del sudario, aunque algunos pintores lo pinten de semejante guisa para dejar claro que se trata de un fantasma. El sudario o la mortaja o lo que sea que vistiera el enterrado, queda atrás, con el serrín del féretro y el orín de los tornillos y el óxido de las asas, y el pelo, los dientes, los huesos y las uñas que crecen hasta dar miedo… Todo queda atrás hecho un montón de polvo y residuos al capricho de las corrientes subterráneas, o del viento que todo lo remueve y lo pone al alcance de las aves que se lo llevan todo pegado a las patas. Todo menos esa jodida exhalación que descubres de repente ocupando en la bañera llena de agua el lugar en el que te ibas a meter a darte un baño.

Dejó de hablar para dar una larga chupada al ennegrecido canuto, y pensárselo con detenimiento o, por lo menos, en un mutismo casi huraño, del que salió con un hondo suspiro.

—Hay que tener mucho cuidado con el agua cuando se trata de fantasmas. Agradecen la lluvia. Está bien claro que no andan por los desiertos. Y si lo hacen será porque forman parte de otra especie de fantasmas. Aunque no creo que sean fantasmas los que andan por el desierto, si es que andan, sino, más bien, apariencias de la arena seca y pulverizada agitada por las corrientes del viento que mueve las dunas, e iluminadas por el fuego de las zarzas que arden sin consumirse. Son calcomanías que se deslizan de repente por la imaginación, gas en el coco… Eso que los ingleses llaman Sandman y que lanza arena en los ojos de los niños que tardan en conciliar el sueño. Aunque sería más lógico que se la lanzara para despertarlos.

Calló de nuevo un rato, contemplando lo poco que quedaba de canuto, una colilla que dejó caer separando súbitamente el pulgar y el índice de la mano derecha con los que la sujetaba. Luego miró con atención la ensenada sobre cuyos pedrejones se habían ido apostando gaviotas y, más lejos, cormoranes.

—Cuanto más los miro más me inquieta no ya que vuelen en la

misma dirección, sino que todos miren al mismo sitio…

Alzó la mirada para ver qué me parecía lo que acababa de decir, y yo encogí los hombros. Puede que el humo puesto en acción por Tasajara me enredara junto con sus palabras, y me pusiera a considerar la posibilidad de que los ojos de todas aquellas aves coincidieran en el punto de intercambio entre las sombras que se mueven sobre las aguas y las que lo hacen en tierra firme, tan distintas como los pasos dados entre la niebla y los que se mueven bajo la bruma. Pero guardé silencio. Él, no.

—Un fantasma es un figmento del agua. Y aquí el agua ya nos llega. Por eso le presto algo de crédito a ciertas cosas que pasan. Sobre todo cuando hay niebla. Pero que no venga Juan Dasmareas a tocarnos los cojones con el numerito de los trapecios.

—Bueno… Yo también estaba allí… Y a mí me pareció un fenómeno muy elocuente.

—Elocuente. Muy elocuente, sin duda. Lo que vimos era la viva expresión de lo que estaba pasando, fuera eso lo que fuese; Pero no la viva expresión de un fantasma. Supongo que sabes de lo que hablo, como sabes que una de las veces que salió Juan de la cárcel, lo hizo dominando el arte de la doma de pulgas, sus técnicas y arquitecturas. No te digo más. Y si domina eso, digo yo que dominará una ciencia de palitroques, muelles y gomas con las que preparar invisibles polipastos y poleas. Si sabe de verdad todo esto que digo, el número de los trapecios le ha de salir do carallo. Pero de fantasma, nada. Y ya no digo más.

Pero sí dijo otra cosa cuando aparecieron. Eliazar y Pablo y le hablaron de pianos que tocaban solos y de ramos de flores que olían a camposanto repartidos por caballeros transparentes, desvaídos.

—No me coge de sorpresa —les dijo—. He de reconocer que casi me esperaba algo así, algún acontecimiento por el estilo. Han pasado cosas muy raras en el astillero. Una pila de cuadernas que estaban ya dispuestas, apareció esta mañana desbaratada. La carlinga que estaba pulida, ahora está desportillada. Y el esmalte de la cariátide se ha saltado en el entrecejo de la señorita. Las cejas, sin embargo, están perfectamente repintadas, y eso no lo hemos hecho

nosotros. De modo que son señales.

Guardó silencio y se quedó mirándolos de hito en hito hasta que le pidieron que fuera más preciso.

—Creo que no le gusta veros zascandileando con grave descuido de nuestro trabajo. Me refiero al fantasma. De un modo que no acierto a discernir, quiere tenernos trabajando en el astillero. Lo digo porque el trabajo nos ha cundido bastante mientras hemos estado viniendo todos los días. Y eso debía de tenerlo satisfecho. Pero en cuanto habéis faltado un solo día, pues se ha molestado. O lo que sea que le pase a un fantasma cuando no se le sigue la corriente o se contrarían sus designios más ocultos. Quizá es que le gusta vernos aquí trabajando. Puede que esté dispuesto a descomponer lo que llevemos hecho si deja de vemos trabajando aquí, y puede también que guarde alguna inclinación a manifestarse en el astillero si nos ve trabajando como mulas. Lo que no sé es que intención puede haber en todo esto. Pero podemos probar. Si el resultado de nuestro esfuerzo no vuelve a desbaratarse ni a desportillarse ni a descascarillarse, pues será que vamos bien. Si pienso en esas cejas tan bien pintadas, se me ocurre que está dispuesto a echamos una mano, siempre y cuando vengamos a trabajar todos los días. Sin faltar uno.

Los convenció y así logró que no lo volvieran a dejar solo un solo día más.

Puede que al verse sin ellos aquel día en el que tanto se retrasaron, se le quitaran las ganas de trabajar, o que le irritara imaginárselos brincando por los campos mientras él le daba como una fiera al cepillo y la garlopa y se iba intoxicando con el humo y los efluvios de la perola donde hervían los aceites, los tintes y las colas, o que tuviera miedo de que el fantasma apareciera realmente en el astillero y lo pillara sin nadie al lado. Fuera como fuese, creo que se lo inventó todo. Un buen invento bien urdido y nada mal expuesto ante un público ganado de antemano, una historia con los huecos y fisuras suficientes para que quien la escuchara los resolviera con sus propias ocurrencias, apropiándose, en cierto modo, del relato como si fuera el de sus preocupaciones o la presentación del

bálsamo de Fierabrás que las curara si no para siempre sí durante un cierto tiempo. Tengo una cierta experiencia en esto de las historias más o menos persuasivas, mejor o peor tramadas y contadas con un cierto ingenio o cualquier otra destreza.

Mi abuelo fundó con un amigo, propietario de una imprenta, una editorial que logró superar la crisis de la posguerra publicando letras de canciones populares, partituras musicales, cuadernos para colorear, instrucciones para una larga serie de juegos de mesa y una colección no menos prolongada de libros científicos dedicados a demostrar la existencia de Dios y el error de las otras religiones.

Resuelta aquella crisis y ya en el auge de los libros de texto y las novelas internacionales, la muerte de mi abuelo debiera haber puesto el negocio en manos de mi padre, pero el hijo del amigo de mi abuelo decidió como mejor opción ampliar el capital de la empresa con el que puso a su disposición un tío mío propietario en Mataró de una fábrica de máquinas tricotosas cuyo mercado se extendía hasta la China, que pasó a encargarse de la dirección y gerencia de la editorial, de modo que la prosperidad de esta máquina de libros coincidió con la decadencia de aquella fábrica de máquinas, así como con la simultánea merma de mi influencia en una casa de la que pasé de la cabeza de león que es una dirección literaria a la cola de ratón que era el Departamento de Manuscritos Rechazados, al que me relegaron muy poco a poco y tan suave y ventajosamente como para que no pudiera poner el grito en el cielo.

Así fue como me vi a la mayor distancia de la invención de libros y de autores en que consiste el trabajo del editor, y de bruces a la tarea de investigar actos sin sentido tales como los representados por todos y cada uno de los manuscritos que se acogían al apesadumbrado reposo de mi departamento, desde el que debía remitirlos a sus autores. Contaba con una cierta experiencia en ese tipo de almacenamiento de obras no tan vacías de ilusiones, sin embargo, como las que ocuparon mi atención durante los años que pasé en el Departamento de Encargos Fallidos, donde mi trabajo consistía en revisar con la mente bien despierta los manuscritos de las obras que se habían encargado y que, una vez confeccionadas y

recibidas, no habían superado el examen literario y, sobre todo editorial, previo a su publicación, ni, mucho menos, el comercial sujeto, como es natural, a las cambiantes circunstancias del mercado y muy sensible a las migrañas de la opinión pública. Unos exámenes que, si bien cruciales, pues podían poner el manuscrito en salmuera, no llegaban a definitivos, dado que los criterios para decidir la marginación del inédito podían verse desplazados por otros más ligeros o versátiles, e incluso dar lugar a una nueva maquinación en tomo a la idea general —o, más bien, germinativa— del libro, que permitiera una modificación del manuscrito bajo la influencia de una ocurrencia que diera paso a su reescritura y, con ella, a una regeneración de sus posibilidades.

Aquellos otros originales de los que también pasé a ocuparme, producto únicamente debido a la ocurrencia y el capricho de sus autores, y sujetos ahora al enigma de lo inédito, a la incandescencia del orgullo y al catálogo de mutismos con que se adorna el amor propio, ocupaban los anaqueles que cubrían las paredes de un sótano de techo alto cuyas ventanas, apaisadas y a tres metros del suelo, no daban tanto paso a la luz como al chillón matraqueo del mundo exterior, sus vehículos y transeúntes. Un día consulté con mis superiores —esto es, con mi tío y con el hijo del amigo de mi abuelo, que era promotor inmobiliario y dueño de unas cuantas conserveras, algunas piscifactorías y una emergente cadena de hostelería— la posibilidad de quemar los manuscritos de mayor antigüedad en aquel depósito, para ganar algo de espacio con la hoguera de unas cuantas obras muertas. Me dijeron que quemara cuanto quisiera, pero que lo fotocopiarse antes. De modo que no me falta experiencia en el planteamiento de ciertas ideas y proyectos, en la quema de libros que no llegaron a ser, en fotocopias y en literaturas inútiles.

Tenía como subalternos a Clotilde y a Jonathan. La primera, hija de un editor de Giovanni Guareschi, procedía de algún departamento superior al mío en categoría y localización, donde las antiguas secretarias habían sido sustituidas por licenciadas más atractivas e ignorantes, menos dispuestas y peor pagadas. Jonathan,

nieto de un corrector de pruebas, era un muchacho con la cabeza en ningún sitio y en todos, doctor en Psicología y experto en Informática, que mantenía puntualmente al día un banco de datos del que proporcionaba unos pulcros informes periódicos sobre tendencias de cualquier tipo, signo y orientación. Clotilde era una mujer alta y recia, de pelo blanco atado en un rodete, que nunca dejó de lucir unos zapatones de enfermera y un vestido negro abotonado hasta el cuello siempre adornado por unas sugestivas guedejas sueltas del moño, enredadas con los cordones de unos cuantos pares de gafas para ver de cerca o a cualquier distancia, distribuidos sobre un busto abultado. Su tarea consistía en oír continuamente los boletines informativos radiofónicos y tomar nota de cuántas noticias resultaran interesantes para mi trabajo.

—¿Cómo sabe usted, Clotilde —le pregunté una tarde particularmente aburrida, cuando faltaba una hora para que llegara a su fin la jornada laboral—, qué gafas ha de ponerse para ver lo que tenga que ver?

Clotilde alzó la mirada del diagrama que cubría de llaves sinópticas mientras pensaba, y me la puso encima como si fuera el manto de Mitra para matar al toro.

—No las uso para ver —dijo echando chorros de humo por la nariz—. Me gustan las gafas. Y le sientan bien a mi busto.

Con Clotilde pendiente de lo que oía por los auriculares prendidos de las orejas, y Jonathan enfrascado en la pantalla de su ordenador y con un bolígrafo revoloteando entre los dedos de la mano izquierda convertida en infatigable helicóptero, mi trabajo se desarrollaba en un silencio encastrado en los chirridos y mosconeos que entraban por las ventanas y de los que solo yo era consciente mientras releía aquellos manuscritos sin norte en busca del más mínimo estímulo para sanear de algún modo sus sinrazones y sacar algo mejor en limpio, con lo que recuperar la inversión perdida, por pequeña que fuera, o alumbrar alguna idea colateral, adherida o parásita de las expuestas, desde la que elaborar el proyecto para un nuevo encargo.

Era más interesante estudiar las obras fallidas que leer las

rechazadas, aunque lo realmente interesante era imaginar a los autores, figurarse sus estados de ánimo, suponer al escritor de la obra fallida mesándose los cabellos, blasfemando, echando espumarajos por la boca, sacudido por los espasmos del rencor, insomne por los delirios de la venganza, tenso por las cautelas que requiere el asesinato de quien fuera el ser querido al que hubiera decidido culpar de aquel fracaso. Al autor de la obra rechazada solo me lo podía imaginar rezando para que alguien la leyera de nuevo y que esa lectura le llevara a la idea de cubrirlo de gloria y fama y resolverle la vida, o bien sumido en la desesperada contemplación del paquete que contiene el manuscrito devuelto porque a pesar de su indudable calidad no se atiene a la línea de la editorial que lo remite.

Jamás habría conocido al dedillo y apasionadamente el destino y la suerte de esos autores de no haber sido por la nota que me pasó una mañana Clotilde junto con la grabación de un anuncio que había recogido de una emisora local, en el que la voz aterciopelada de una dama insinuante decía algo así como «Si buscas una mujer dispuesta a ser lo que tú quieras que sea, llámame».

—Cuesta muy poco —me dijo Clotilde al dejarme la nota sobre la mesa— averiguar lo que puede dar eso de sí.

Me puse a averiguarlo y di con un hermosa y desenvuelta mujer que me citó en un hotel para asegurarme que se me entregaría cuándo y cómo yo la deseara, tal cual era o disfrazada de lo que me apeteciera, dominante o sumisa, silenciosa o locuaz, con sus propias palabras o con las que yo pusiera en un guión que ella se aprendería de memoria. Ella cobraría por todo eso lo que yo le pagara, o, bien, me pagaría por mi deferencia y por el tiempo que yo perdiera con ella, sin dejar de considerar la posibilidad de que no mediara pago alguno entre nosotros.

Me lo dijo mientras sorbía un *dry* martini en la mesa más discreta del hotel en el que establecimos la cita, envuelta en una gabardina bajo la que pude comprobar que no llevaba otra cosa que la ropa interior.

Acepté su oferta con una estupefacción de la que no tardé en

crecerme hasta la desvergonzada soltura y el ansia adolescente con las que gocé de cuanto así se puso al alcance. Hice de ella la Mujer Pantera, el Hada de los Bosques, Teodora de Bizancio, la Mujer Vampiro, la Ninfa en su catarata, Alicia en el País de las Maravillas, la Cantante Calva, la Reina de Saba, la Mujer Pirata, Wendy, la Mujer Audaz, la Histérica y la Desmayada. Después, cobrada una cierta experiencia, la convertí en la Lana Turner de *The Postman always Rings Twice*, la Ann Margret de Ann Margret en *The Cincinatti Kid*, y la Sharon Stone de siempre y cualquier sueño.

A través de citas extravagantes en el tiempo y exóticas en el espacio, la até, colgué y azoté con dulzura, la coloqué en posturas calenturientas, y piruetas que rozaban el salto mortal, e imaginé para ella situaciones alejadas de toda cordura, a las que se entregó sin preguntas ni titubeos y con el ardiente entusiasmo de quien descubre un territorio inédito sin competencia en la colonización de sus rituales secretos. Aquella mujer de la que solo sabía el número de un teléfono que enmudeció a partir de un momento dado, fue para mí todas las mujeres que fui capaz de imaginar y desear. Más tarde descubrí que también supo sumergirse y camuflarse bajo todas aquellas que fue para no ser ninguna o mantener entre tinieblas a la única qué no supe imaginar o prever.

La explotación del hallazgo era mía, junto con el trabajo de campo y sus resultados materiales, así que escribí un libro en primera persona como la prueba erótica de un testimonio que se movía en los dominios de la antropología sexual contemporánea, sus mitos recurrentes y escenografías más viciosas, sin perder de vista la oferta de un nutrido y pormenorizado catálogo de mecanismos de autoayuda íntima, privada, cuidadosamente introvertida. Así conté mi experiencia con aquella dama de diseño tan versátil.

Planteado como un estudio de la renovación del deseo mediante la fantasía pactada, lo titulé *La esclava despierta*, y estaba ya en galeradas cuando la prensa me ofreció la prueba de mi perdición: un reportaje a toda plana de lo que se preveía como el éxito editorial de la temporada, ofrecía a tres columnas la fotografía de la autora de *El macho ante el disfraz. Técnicas del autoengaño sexual y estrategias de la*

sumisión.

Era ella, la mujer que sabía ser todas las mujeres y ocultar bajo todas esas apariencias el designio de la que llegaría a ser.

Descubrí en ese momento lo que es sentirse bañado en un sudor frío, el tacto de un sudario que hace ociosa cualquier mención de las articulaciones crispadas, los músculos tensos y la nuca puesta súbitamente en la fragilidad de un cristal por el que entra toda la oscuridad del mundo al igual que entraba su ruido por las altas ventanas de mi despacho.

Fue, en efecto, el éxito de la temporada, y sus ventas no dejaron de crecer mientras las galeradas de mi libro se ajaban, cada vez más amarillas, sobre mi mesa y yo oscilaba entre la total entrega a las caricias de una venganza que no excluía el frenesí de un asesinato, y la búsqueda de una fórmula que permitiera la publicación de un libro que podría ponerme en evidencia apenas llegaran los ejemplares a las librerías, pues *La esclava despierta* no era sino mi imagen reflejada en el espejo de *El macho ante el disfraz*, y si bien no estaba dispuesto a que mi nombre se viera en coplas, mis superiores se mostraron aún menos propensos a mantener oculto y en silencio un libro que podían publicar con la promoción ya hecha por su rival, al que colocaría —según ellos— bajo la sospecha de ser toda una superchería.

La decisión final tomó muy en cuenta el criterio con el que Clotilde y Jonathan revisaron de nuevo mi manuscrito e informaron de que sería necio, antieconómico y, por lo tanto, empresarialmente absurdo no poner aquel material en el mercado, ocultando, si acaso, bajo cualquier disfraz o disimulo, el nombre de su auténtico autor de modo que se preservara su reputación, evitando que lo consideraran un plagiario oportunista.

De modo que no me quedaba otra opción que la de recurrir a un pseudónimo, cosa que se me antojó tan sencilla como inventarlo e incorporarle la inexistente personalidad, la ficción de un oscuro profesor en una remota universidad extranjera de ardua o imposible localización en los mapas. Cuando expuse esa fórmula, nadie en la editorial me ocultó su sorpresa ante el hecho de que el autor de un

libro como el que yo había escrito pudiera ser tan ingenuo. No se puede dar la réplica —me dijeron— a un libro cuyas ventas van por los centenares de miles de ejemplares, con otro de un autor que no puede conceder entrevistas ni aparecer en televisión para explicar su vida, su obra, sus métodos de trabajo, la húmeda tersura de su corazón y sus proyectos en cuanto a su siguiente proeza en el mundo de los *bestseller*. Eso me dijeron. Y una vez dicho, me proporcionaron el nombre de un autor que era un titán del mercado y no pondría inconveniente alguno para asumir la obra como propia mediante un acuerdo que respetara mis derechos tanto como los suyos. Y así se hizo.

La esclava despierta fue un éxito, pero yo había cometido el pecado de un editor, que es escribir un libro, y el de un escritor, que es el de editarlo bajo el éxito de otro. Tal fue la penosa encrucijada a la que me vi arrojado y en donde mis cuantiosos derechos de autor escondido trazaron un eje de simetría para el desdén y la envidia con los que mis colegas se alejaron del apestado, al que la vida editorial se le hizo tan insoportable que ni el destierro a la desolación del manuscrito baldío le sirvieron de distancia suficiente para la confusión que, en un momento dado, alcanzó a dominar su conciencia laboral.

La hija de mi tío, mi prima, amante del hijo del amigo de mi abuelo, me ofreció entonces lo que ella consideraba la mejor opción tanto para un editor que había malogrado su carrera como para un escritor avergonzado de la suya. Me sugirió negociar con las pocas acciones que me quedaban de la empresa una participación en alguna propiedad hostelera del socio de mi tío, a la que retirarme para emprender en secreto un segundo movimiento a favor de mi rehabilitación —literaria o, al menos, autoral—, y urdir un compás de espera para el libro con el que pudiera darme a conocer sin la menor repugnancia ni rencor.

Eso hice con el proyecto de aclarar la tiniebla que domina desde entonces aquellas peripecias y hacerme una idea del orden y disposición que deben encontrar en mi cabeza para adquirir un sentido, si bien mis esfuerzos no me ponen en otra perspectiva que

en la de que fueron mis dotes para la incomprensión las que me extraviaron por aquellos andurriales. A veces pienso en el más que probable olvido de algún detalle crucial para el significado de lo que me pasó, y dedico entonces algún tiempo a la recuperación de ese detalle donde sea que me imagine haber podido perderlo, o me pongo a extraerlo de la nada que es, quizá, el lugar que ese tipo de cosas no deberían abandonar jamás, a menos que lo hicieran con los ropajes de la especulación.

Y así hasta verme donde estoy, en el puesto de portero de noche de un pequeño hotel en una isla diminuta y remota en la que la niebla es de una gran ayuda a la hora de inventarme el tiempo en el que escribo lo que no acierto a inventar ni a retener en la amplia gama que, va del *Érase una vez…* al *Llamadme Ismael…* o al *Imponente, el rollizo Buck Mulligan…* y, así, a la extensa y descascarillada biblioteca de los arranques de la obra y de los puntos suspensivos.

Una niebla que quizá no viene ni va, quizá no se aproxima ni se aleja: brota aquí para desaparecer aquí y moverse entre los dos polos de este espacio, con el contoneo de la sombra de algo que fue, dejó de ser y la abandonó en el olvido, atrapada y errante, disipada y concreta, colgada; un vestigio que surge de la tierra cómo un efluvio, emanación o miasma, y vuelve a ella como el suspiro al aire, un súbito espesor que se ve si uno mira en su dirección y lo caza en su instante. No una extensión sino un número —probablemente imaginario en el sentido en que lo son las raíces cuadradas de los números negativos, porque si multiplicamos cada uno de esos números negativos por sí mismo el resultado de la coincidencia en los signos es positivo, de modo que no hay, no es posible una raíz cuadrada real de un número negativo, y se hace precisa la invención de una raíz imaginada siendo la de —i, y, así hasta el infinito negativo (es decir, tal vez la antimateria) y su raíz— de extensiones, de porciones discretas de niebla —cada una con los sonidos que nadie escuchó en su lugar y momento y que se oirán inesperadamente como susurros, chasquidos y rumores de mantos arrastrados por la hojarasca—, de manera que sería más apropiado

hablar de nieblas que de niebla, y eso tendría no poco que ver con lo que dijo aquel hombre que se alojó una tarde acompañado de una mujer, y salió del hotel esa misma noche, poco antes de que amaneciera, con una mochila a la espalda y unos prismáticos al cuello, y fue visto desde el astillero vagar entre la lonja y el templo abandonado y desnudo de San Roque, mirando hacia todos los lados con unos gestos de asombro, perplejidad y desaliento.

Ese hombre volvió al hotel ya bien entrada la tarde del día siguiente, arrastrando los pies y sin despegar los brazos del cuerpo, esto es, sin moverlos al andar, como se movería un pez en la vertical imaginaria de un artista de los dibujos animados, sin abrir la boca ni cerrar un instante los ojos. Atravesó el vestíbulo como si fuera un maniquí arrastrado con el movimiento de la alfombra en la que reposaba, y se hundió en el ascensor sin girar sobre sus talones al verse en la cabina. Las puertas se cerraron a su espalda y así se perdió de vista hasta la medianoche, en que reapareció para sentarse en una mesa junto a la que ocupaban los artistas del astillero, que dejaron de hablar apenas oyeron sus pasos en el salón. Yo le serví la copa de oporto que me había pedido, y él no me dio tiempo a retirarme a mi puesto en la mesa de recepción.

—Ustedes… ¿son todos de aquí?

Yo me encogí de hombros, pues nunca acierto a contestar con rapidez las preguntas tan directas. Tasajara asintió con la cabeza, y eso hicieron Bru y Gondar.

—Aquí pasan cosas muy raras —dijo él entonces.

Gondar movió de arriba abajo la cabeza, y así lo hicieron sus colegas, todos muy lentamente.

—¿Puedo invitarles a una copa?

Bru la aceptó con un gesto corroborado con el de sus amigos.

—Sírvase también usted —me dijo cuando estaba terminando de doblarles la ración—. Incluso usted puede servirme de ayuda.

Me gustó esa fórmula de confraternización con el servicio, y lo celebré dejándole la botella de oporto al alcance de la mano. Él alzó apenas su copa hacia quienes lo miraban y bebió un largo trago tras agradecer con una inclinación de cabeza el silencioso homenaje con

que aquellos reconocieron el gasto.

—No me explico lo que ocurre. Llevo veinte años haciendo lo que hago y nunca me había pasado lo que aquí me está pasando. Yo me dedico a buscar luces. Ya no quedamos muchos en este oficio. Ahora hay aparatos. No sirven para nada, pero ahorran dinero. Así salen luego las cosas. Pero… En fin. Trabajo para productoras de cine y televisión. Me contratan para buscar la luz de los exteriores. Mido la luz a lo largo del día, de sol a sol. Apunto sus cambios. Hago un seguimiento. La luz cambia de un sitio a otro y de una hora a otra. No es la misma en una calle de casas altas que en una que las tenga bajas. La luz de un muro de piedra no es la misma que la de una pared de ladrillo, encalada o pintada de verde, pongo por caso, o cubierta de azulejos, como lo están muchas casas de por aquí. Los árboles también la cambian. Un nogal colorea la luz de manera distinta a como la colorea un sauce, por ejemplo. Los árboles y las casas… Cualquier cosa, en realidad, quita y pone carne a la luz. Es una investigación complicada. Por eso me llaman. Para que tome nota de esas complicaciones, y los fotógrafos, los cámaras y los directores sepan a qué atenerse cuando vengan a trabajar. Aunque, por lo que llevo visto, no creo que vengan. Aquí no hay modo de planificar el trabajo. La luz de aquí no se está quieta. Se mueve y cambia todo el rato. ¿Ustedes no lo notan?

Los de la mesa movieron las cabezas de un lado a otro como si fueran la avanzadilla de un banco de peces en busca de orientación. Yo hundí la cabeza entre los hombros cuando el hombre me miro, y arqueé las cejas. Fue nuestra manera de decirle que estábamos dispuestos a pensar en lo que nos decía, aunque quizá no en aquel mismo momento. Pero para él fue como si le dijéramos que no, que no lo habíamos notado, cual era, por otro lado, el hecho más cierto.

—Pues será que están acostumbrados. O será cosa mía. Me estaré haciendo viejo. O viendo visiones. No sé qué será peor.

Yo suspiré profundamente un par de veces para hacer ruido mientras le llenaba la copa. Luego me retiré unos pasos y me crucé de brazos sin dejar de prestarle toda mi atención. Bru, Tasajara y Gondar tosieron, se aclararon la garganta y resoplaron. El buscador

de luz se bebió la dosis de un trago. Me fijé en que, al hacerlo, solo movía la mano y apenas el antebrazo, sin despegar, prácticamente, el codo del costado. Bebía como si no se fiara…

—El caso es que me pongo a observar, y la luz cambia de repente sin el menor aviso en el sitio al que estoy mirando. No cambia toda la luz. Solo cambia una porción. No cambia lo que veo, solo cambia lo que miro. Y el contraste es inquietante. —Al hombre se le notaba algo angustiado, aunque puede que solo se sintiera sumamente sorprendido y sin ánimos para quitar los ojos de su copa —. Da igual lo que mire. Si no miro y me limito a ver en general, no pasa nada. Pero si miro, pasa. Estaba mirando las tinieblas de los soportales en esa plaza de ahí, poco después de amanecer, para tomar notas de cómo se iba aposentando la luz según se dejaba caer, cuando las tinieblas del rincón que miraba se espesaron de repente, como si se recortaran contra un fondo menos denso, y me pareció que se agitaban, claro que eso es imposible. Pero también es imposible que la luz alrededor de la fuente de la plaza se espese de improviso, se apelmace y se cimbree, como si se esfumara el espacio entre ondas y corpúsculos, la luz se hiciera más compacta y entrara algo así como en danza, o alguna sustancia un poco más corpórea y transparente colmara los intersticios de una energía puesta a prueba.

Tuve entonces la impresión de que una crispación de los nervios, ciega, sorda y muda, le estaba haciendo atravesar un estado cercano al agotamiento o al riesgo de una repentina inflamación de las neuronas. Él cerró los ojos y los mantuvo así un largo rato mientras se pasaba la lengua lentamente entre los labios. Luego, al cabo de un hondo suspiro, los abrió y rompió el silencio surgido entre nosotros.

—¿Quizá otra copa?

Hubo varios intercambios de miradas.

—Quiero decir, si no tienen cosa mejor qué hacer.

Tasajara le retiró muy lentamente la mirada para pasarla por todos nosotros de uno en uno, detenidamente, antes de hablar, volviendo a posarla en él.

—¿Usted fuma canutos? —El hombre dio lo que nos pareció un respingo—. No se preocupe. Estamos en confianza, naturalmente.

—No. Si no me preocupo. Ha sido la sorpresa de que fumen ustedes. Quiero decir, a su edad.

—Es que de pequeños —le explicó Bru— ya nos gustaba andar mareaditos.

—¡Ah, claro! Se conocen ustedes de toda la vida. Es lógico, en los pueblos. Debí imaginármelo. Amigos de siempre.

—No. No nos conocemos desde niños. Ni somos nada de siempre. Tampoco amigos. Lo que pasa es que trabajamos juntos y, luego, además, nos vemos por ahí. Bueno, este —Gondar aprovechó el momento para dirigirme el dedo y moverlo en un círculo que abarcaba las copas que me sugería rellenar— trabaja aquí, así que no lo vemos tanto. Claro que eso da igual. Podríamos ser amigos aunque nunca nos viésemos.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó el buscador de luz.

—¿Cómo es posible qué?

—Eso de ser amigos sin verse.

—Bueno —comenzó a decir Brú, apoyando la barbilla en el cuenco de la mano y soplando el alcohol del largo trago que acababa de añadirse—, cuanto menos vea uno a los amigos, más cosas tiene que contarles.

—Y que escuchar —añadió Gondar, muy dueño de sí mismo.

—Ver mucho a los amigos —siguió diciendo Brú— pone la amistad en el riesgo de un comercio de bobadas y cosas sin importancia. Es mejor verlos poco, muy poco.

Gondar y Tasajara movieron la cabeza para mostrar su acuerdo, sin quitar los ojos de sus copas.

—Vaya —dijo el buscador de luz—, yo creía que la distancia era el olvido, y que así era en el amor y, por tanto, en la amistad.

—No lo es —dijo Tasajara—. Si uno tuviese un amigo al que llevara mucho, muchísimo tiempo sin ver, y le viese de pronto, podría contarle casi toda la vida, que es una cosa que solo se puede contar a un amigo, y que solo de un amigo se puede soportar. Pero si uno lo ve todos los días, y quiere mantener su atención, tendrá que inventarse algo que merezca la pena escuchar sin suscitar el aburrimiento que provoca lo ya sabido y reiterado. La única manera

de conservar un amigo es contarle siempre mentiras. Y la mejor de conservar el amor de quien nos ame. Mentir siempre, todo el rato. Pero la mentira no soporta la corta distancia ni el trato cotidiano. Exige distancia larga. Una distancia que no es olvido, sino pena. La pena que es la mejor fuente de todas las mentiras. La verdad solo produce chistes. La pena produce mentiras admirables y sobrecogedoras que la ponen de manifiesto con todo su dolor y su necesidad de consuelo. Y eso es lo que dan el amor y la amistad: atención y consuelo. La distancia no es el olvido, sino todo lo contrario. La distancia es la pena, y la pena es eso que resuelven el amor y la amistad, y lo que las conserva.

—Curioso modo de conservación.

—Él sabe mucho de conservación —observó Gondar. Es medio japonés.

—¡Vaya! —exclamó el buscador de luz—. ¡No me diga!

—Mi padre era japonés, cosa que, bien mirada, no dice mucho. Pero me eduqué en Japón, y eso sí lo dice todo.

—Osea, que es usted japonés.

—No es eso lo que estoy diciendo, aunque tal vez lo parezca. Yo soy de aquí. ¿No ve que volví?

—Así que se fue y volvió. ¡Menuda historia! ¡Ya me gustaría oírla!

—Es una historia larguísima —advirtió Bru—. Bueno, tan larga como cualquiera.

—Lo normal de larga —añadió Gondar.

—E incomprensible —aseguro Tasajara—. Pero suficiente para hacerse una idea de que la distancia no es el olvido sino el desasentamiento. La morriña.

El buscador de luz lo miró sin parpadear un largo tato; resopló y le replicó en voz muy baja.

—Sí. He oído hablar de la morriña. Algo así como la nostalgia. Pero la nostalgia tiene que ver con la ausencia y la carencia. La nostalgia es el fantasma de todos los sentimientos. Un sentimiento fantasma.

—¿De veras que no le apetece fumar? —insistió Brú.

—Hace tiempo que no fumo. Cuando lo hacía casi siempre me quedaba como petrificado.

—Nosotros —dijo Gondar—, más que petrificamos, nos perdemos, nos extraviamos. Nos quedamos como ausentes.

—¿Qué fuman ustedes?

—De lo mejor —dijo Bru.

—Costo culero —le informó Tasajara, mostrándole un huevo de *hash* del tamaño de una almendra, marrón muy oscuro, apenas manchado de verde, y pegajoso al desembarazarlo del papel de plata que lo envolvía. Lo olfateó y se lo ofreció al buscador de luz para que comprobara la calidad—. Pero no podemos fumar aquí. Hemos de ir a la plaza.

Los vi salir mientras recogía las copas, limpiaba la mesa y devolvía las botellas a su alacena antes de volver a ponerme en mi lugar. Aunque, ahora que lo pienso, me parecen demasiadas cosas para ser hechas durante el poco tiempo que tardaron en irse.

Desfilaron como si fueran un abanico que se plegara, empotrándose sus varillas consecutivamente —la frente de uno en la espalda del que le antecedía—, y desaparecieron al otro lado del ventanal en el que me quedé aspirando a vigilarlos, llevados con el eco del desfile de los artistas y los leones y las mujeres desnudas, a perderse en los reflejos de los charcos del puerto entre el balanceo de los palos y la agitación de las mallas, y el estertor de las redes por el suelo, tragados por una niebla que solo daba paso al tenue resplandor gaseoso de las farolas, prendidas de aquel velo como el agua que le queda en las pestañas al que atraviesa una tormenta, con las chispas perdidas de un rayo remoto, o lo que permanece en la memoria del niño que vio una luciérnaga en una calurosísima noche de San Lorenzo, y la confunde en el recuerdo con una cualquiera de las lágrimas del santo al caer en esas noches de agosto y atravesar Casiopea, como yo confundí entonces las horas en las campanadas de la Torre del Puerto con los bocinazos del *ferry* que aún tardaría un largo rato en llegar.

Noches de niebla tan espesa y voraz son excepcionales a estas alturas de la temporada, e imponen tensiones vagabundas e

inconexas, y excitaciones ligeramente eléctricas. Uno nunca termina de acostumbrarse a las rarezas de las noches de niebla como esta; a sus divagaciones y al modo insólito en que se adelantan y retrasan los ritmos de la noche, de su oscuridad y tiniebla, los que le son propios y los que se le añaden como meros restos del día o se le incorporan como premoniciones o adivinanzas. Los pájaros, por ejemplo: se recogen temprano o en cuanto perciben en el aire las primeras hilachas de vapor, y lo hacen alocadamente, tropezando entre ellos, trastornados, sin duda, por las vibraciones de los últimos rayos de sol en el bosque, por los brillos cobrizos de la madera y el verde afilado de la sal dejado por el viento en las hojas inconstantes del eucaliptus. Algunos desaparecen un tiempo, y otros se pierden para siempre, desorientados, incapaces de volver a sus nidos. Los faros, por ejemplo: el latido de los faros se adelgaza y asfixia en algunos de sus destellos. La línea de la costa se mueve y, con ella, los acantilados, los bancos y los arrecifes. O parece que se mueven a las miradas de los ojos que buscan esos signos desde los barcos y escrutan a duras penas los bultos que deben evitar. La niebla canta naufragios y descoloca lamentos y alaridos, aliena los avisos.

Son estas las noches de las llamadas confusas o con los cables cruzados; noches en las que no son raros esos avisos telefónicos de gente que anuncia su llegada inminente de acuerdo con su reserva, pide excusas por el retraso e incluso pregunta si aún podrá cenar. Gente cuya reserva no aparece en los registros y que no llega nunca, salvo los que llegan sin tener reserva ni saber de dónde vienen ni qué hacer en ese momento embarazoso, y abandonan el hotel al que acaban de llegar cabizbajos, balbuceantes y confusos hasta dar, a veces, o tal vez casi siempre, pena. Ni sorprenden demasiado los que avisan de su llegada, y al confirmar el recepcionista su reserva, comprueba que ya han llegado, que se alojaron hace un cierto tiempo y se encuentran, probablemente, dormidos. Avisos de gente que insiste y pide explicaciones de lo que uno les dice hasta que su voz se pierde en el vacío telefónico; voces que suenan tan equívocas como ecos y tan contundentes como truenos cuya repercusión se pierde entre el murmullo de los muelles que empujan a los

engranajes a lo largo de la curva ensimismada.

Las horas del reloj se encogen en la esfera y suenan como gotas que no acabaran de caer y gimieran en sus talles cada vez más esbeltos y finos e indisolubles, aguardando el eco de su impacto al caer para dejarse caer; como gotas en las grutas. Son las noches en que los pasos se enmascaran entre paso y paso y suenan de repente a tu espalda con un único paso y una delgada y fina corriente de aire que te sujeta y te impide girar sobre tus talones. No es como cuando oyes unas tenues pisadas a tu espalda y sientes un súbito aliento en la nuca; es otra cosa.

La niebla arquea la noche y la complica en bóvedas que desconciertan el amanecer y lo embriagan en una perplejidad de la que tarda en deshacerse hasta que lo logra desgarrándose en andrajos que cuelgan entre las copas de los falsos plátanos para que se deslicen por ellos los pájaros agotados por un insomnio que no les ha permitido otra cosa que el infructuoso afán de averiguarse los unos a los otros en una noche poblada de sospechas entre el follaje de esas frondas empolvadas donde se estremece el cuervo blanco con repeluznos de fantasma.

Las pisadas de los primeros animales en ese amanecer dudoso por lo impropio de un fulgor a piedra pómez, son duraderas, e imborrables si la lluvia y el viento retrasan su presencia, y el polvo, para el que la niebla es como goma arábiga, se consolida y las guarda al igual que conservan las alfombras los pasos de una noche de niebla que las esponja hasta dar lugar a un continuo de tensiones superficiales que se quiebran y recomponen bajo una electricidad estática cuyos chasquidos repelen el polvo sobrante e innecesario para la conservación del perfil de la huella. Es el fragor de las alfombras que se oye en los hoteles a esas alturas de la noche cuando nada se mueve ni hace ruido salvo los electrones en esa danza de bajo estrépito que recorre pasillos y salones a apenas unos milímetros del suelo, cuando todavía no han sido sustituidas —las alfombras— por otros suelos.

No todos los pasos dejan su huella. Solo aquellos cuyo rastro en suspensión combina con la algarabía de los electrones. Eso es lo que

queda de ciertos paseos nocturnos por los pasillos de los hoteles cuando el polvo no tiene una luz en la que mover sus corrientes, y se agazapa en los ángulos de las superficies como las partículas de perfume en las frondas microscópicas del papel pintado de las habitaciones, y uno puede recordar o imaginar a la mujer envuelta en ese aroma sin más que husmear el empapelado de las cuatro paredes entre las que se desnudó, frotó su cuerpo al salir de la ducha contra toallas en cuya felpa dejaron también su huella otros olores, durmió, volvió a ducharse, a secarse, se vistió y abandonó la habitación en la que anduvo con los pies desnudos. *Este cuarto se llena de ti*, decía Rilke.

La porcelana china que reposa en los museos o bajo tierra al pie de las murallas y en los sótanos del tiempo o en el fondo del mar o en el círculo de hierro que la sostiene llena del agua para las abluciones —o vacía, sin reflejos en su interior, llenándose de polvo —, cuenta con piezas antiquísimas de las que, sometidas a laboriosos tratamientos de rayos láser, se obtienen fragmentos de las conversaciones mantenidas alrededor del tomo donde las trabajó el alfarero, o de la plataforma sobre la que recibieron las capas de los esmaltes que guardaron frescas ciertas palabras o frases hasta el momento de hundirlas en el calor del horno que las grabó para siempre en la materia recién manoseada. Son vasijas llenas de palabras más o menos inconexas y de frases más o menos coherentes grabadas al ritmo llameante de la petrificación, que suenan como música, según los autores en que leí noticias de esto. Hay que saber chino antiguo y música china de todos los tiempos para hacerse una idea de lo que suena y se escucha cuando el arúspice chino, el zahorí oriental pasa la yema de los dedos sobre la superficie de esas piezas, y las lee y las canta en palabras que espera queden suspendidas en alguna hora y lugar, sin esperar otra cosa. A partir de esa espera no espera nada. El arúspice chino, el zahorí oriental, el monje vagabundo se queda y permanece en esa palabra como en él la palabra, que tampoco espera nada. Ambos en esa espera probablemente perfecta en la que no pasa nada, nada pasa, nada se espera. La imagen del vacío al otro lado del espejo. El canto en el

rictus de la porcelana.

Sé lo que digo porque lo he leído. ¿Cómo si no? Todo lo que sé lo sé porque lo he leído. Eso es lo que sé y es lo que pienso. El resto son imaginaciones mías o el tapiz de las sospechas que suscita todo cuanto escucho y creo oír. No hay mucha distancia entre aquello, el fondo, y lo que imagino. Pero sí un amplio margen, una ambigüedad al acecho. O tal vez no más que el margen suficiente para poner en duda aquello y quedar en libertad de aterrarme ante esta. Si me viera bajo circunstancias que me obligaran a aclarar la apariencia de esta confusión de forma que un término se anonadara para que el otro prevaleciera, puede que saliera airoso si acertara a señalar la distancia entre el ángel —del que todos sabemos por haber leído sobre los ángeles y haberlos imaginado, e intuimos el terror que suscita, del que apenas hay lectura y la imaginación se crece y desborda hasta la asfixia— y el fantasma, considerando, sobre todo, que el ángel no siempre sabe si se mueve entre los vivos o entre los muertos, ni le preocupa ese saber o su falta, que tanto preocuparía a un vivo que no acertara a distinguir si se mueve entre muertos o entre ángeles cuando cree ver fantasmas. Fantasmas que aguardan su oportunidad de aprovechar una circunstancia del agua, e imaginan ese instante del que acarician sus incógnitas, o esperan la irrupción en su conciencia de esa idea y sus planes ulteriores, o acaban de atravesar ese confín y merodean con pasos vacilantes y vagidos de recién nacido la fúnebre floresta tachonada de lápidas, atendida por la muerte, jardinera solícita de esa fermentación innumerable de botánica y espíritus, que se mueve apaciguando el tráfico entre las losas pulidas coronadas de ángeles erguidos sobre el llanto. El aire se mueve a duras penas entre el apretado follaje de los cipreses de cuya copa se desprende una nuez que cae a trompicones y va a dar en el mármol con un impacto leve y un chasquido tan apagado como estrepitoso su retumbo bajo la piedra, en los espacios del ayer, y tan agudo y veloz como su eco al atravesar la niebla y hundirse en la intuición de quien, al oírlo, supone que alguien ha visitado el estado de sus huesos o algo ha rodado sobre la tierra que un día acogerá los nuestros, y ese rastro es lo que alcanza nuestro oído en mitad de la

noche y a pesar de la niebla. Es el escalofrío con el que nos figuramos la agitación de la hojarasca que mueve la brisa sobre la tumba, o es llevada y traída por la escoba de la jardinera arañando la pulida superficie de mármol con surcos que la van consumiendo y haciéndola polvo, hasta barrer el serrín de la madera y el óxido final de los adornos funerarios y dispersar el polvo de los huesos, esparcirlo sobre la luz de los días y estarcir en sus colores los tatuajes del destino.

La estrella contorsionista de Dasmareas, que abría la cabalgata de los leones hecha un lazo y moviéndose un trecho sobre los pies y otro sobre las manos, a veces dando saltitos, enfundada en una malla que parecía un tafetán ocre de Kashmir, discutió una noche con su marido, también braquipodista, abandonó el vagón circense donde dormían y apareció en el hotel con pantalones bombachos, babuchas puntiagudas, abarquilladas, y una blusa negra de corsaria que, al apoyarse en la mesa de la recepción para darme sus datos más ocultos, se deslizó sobre la carne y dejó al aire un hombro, el izquierdo, en el que llevaba tatuado un ojo egipcio con el que me contempló de modo que cuando reparé en el ojo de reojo, según registraba sus datos, el ojo me dirigió un mirada que me hizo retirar la mía con sobresalto tan evidente que cuando lo miré de nuevo, el ojo ya no me miraba, si bien volvió a hacerlo al cabo de un instante mientras ella observaba las madejas de niebla al otro lado del ventanal. Recogió la llave con una mano enguantada y se dejó llevar por el espeso balanceo de sus caderas hasta el ascensor, arrastrando una mochila con ruedas en la que no me había fijado. Acarició con el dedo el sensor para llamar a la máquina, giró sobre sus talones, la esperó sin quitarme la vista de encima ni mover un solo músculo, y cuando el suave murmullo de los mecanismos le hizo saber que allí estaba la cabina, entró en ella reculando según se abría la puerta corrediza del hueco que la acogió y se la llevó en volandas a la *suite* del ático que yo acababa de asignarle, al fondo de un pasillo estrecho bajo una claraboya.

Es más fácil dejarse llevar por esas ceremonias que imaginarlas. Los rituales se nos echan encima con toda la carga de sus

sugerencias y la intención de un argumento palaciego que despliega ante nosotros sus salones como extendió Salomón un pavimento de espejos para el recreo de la reina Saba y el reflejo de sus pies, que mantenía ocultos e intrigaban al hijo de David. Es más difícil imaginar esos pies, encadenados al motivo de su ocultación, qué entregarse a la seducción del paseo de aquella hermosa hechicera por el artificio de las pasarelas de vidrio que dispuso aquel mago sobre su solar de espejos con puertas a todos los vientos, de modo que cuando entró la de Saba, ceñida en un atuendo que dejaba al aire sus pechos y envolvía sus piernas en los pliegues y caídas de la falda, le bastó con ordenar que abrieran la puerta en la dirección del aire que soplaba en ese instante de desacato, para que su corriente alzara esos vuelos y revelara las piernas y pusiera al descubierto los pies en la secuencia del viento, del cristal y del espejo.

Es más fácil seguir en la negrura estrellada de la noche el curso de la luna que crece, alcanza su plenitud y decrece, que imaginar esa luna desaparecida, su luz escamoteada en el silencio de un hueco sin paradero, del que regresa moviendo las aguas, tirando de animales y plantas, poniendo número a la sangre de la mujer, secuencia en sus entrañas, cuenta en el paso de las estaciones, sentido en las edades del hombre, y fantasía en la vuelta de la luna al cabo de esas tres noches muerta, escondida su muerte tras el vuelo del ganso, la grulla, el cisne, la garza, recortados en el círculo de su grumosa blancura.

Y el mago pudo ver que los pies de la maga eran patas de ánade como lo son los de las vírgenes de los primeros tiempos, y las manos de la secretaria del abogado al que acude Joseph K abrumado por un proceso para el que no hallará consuelo en Romy Schneider ni, mucho menos, solución entre los legajos de un opulento Orson Welles que nada quiere saber del escuálido Anthony Perkins, consumido en su huida de Fedra al encuentro con la señora Bates en lo alto de la escalera, o de espaldas en la mecedora del sótano. Un chino dejó caer un día el tintero con cuya tinta pintaba. Un ánade se posó entonces sobre la tinta derramada y, al caminar sobre el lienzo extendido, creó el rastro de la escritura (china).

Y el mago mandó entonces cerrar las puertas al viento y correr las cortinas a la luz, entró a solas en la maga y salió impregnado de su pigmento, ocre rojo. Ignoro lo que es eso, pues no sé de lo que hablo; pero conozco la sensación.

Seguí sus pasos detenidos en el ascensor y lentos por el pasillo bajo la claraboya hasta la puerta de la habitación que yo le había asignado y que abrí con mi llave respirando su sudor, para encontrarme en una *suite* cuya disposición conocía tan de memoria como para moverme por ella en la más espesa oscuridad, que no era el caso. La luz de una lámpara del desierto que debía de llevar en la mochila con ruedas abandonada en un rincón, entre la ventana y el espejo, extendía un resplandor devoto sobre su piel sosegada. No era un guante lo que llevaba en la mano, ni era una malla de Kashmir lo que cubría su cuerpo al abrir la cabalgata de los leones, ni el ojo que decoraba su hombro izquierdo, con el que me había contemplado, era un adorno solitario y caprichoso, sino el detalle de una composición de cintas, frisos, estandartes, enredaderas, cadenas, nudos y lacerias, cruces, estrellas, triángulos, rombos, círculos, sinusoides, espirales, telaraña, serpientes, gaviotas, toros, escorpiones y medusas que decoraban su cuerpo, lo vestían, susurraban un vendaval al acercar el oído y embriagaban el tacto como el terciopelo la ampolla de la herida infectada. Un tatuaje es una enciclopedia de cicatrices.

Se apretó a mí cuando me acosté con ella como si su deseo fuera el mismo que el ardor con el que deseaba imprimir su piel tatuada en la mía o marcarla con los desgarrones del velo o telaraña añadido a la suya. Al salir de la habitación, con mi ropa hecha un hatillo bajo el brazo, miré mi cuerpo en el espejo del rellano buscando alguna impresión que no encontré de entre las muchas que ocultas, inoculadas, transferidas, hallaron el modo de introducir en mis sueños el sigilo de una clave con la que descifrar las visiones de una pesadilla o las palabras oídas en el sopor de la fiebre.

No encontré nada parecido a la huella que las tintas del grutesco que la envolvía dejaron en mis dedos, o al sabor ahumado que quedó entre mis labios. Esa carencia, junto con la aspereza que noté en mis

costados y muslos, y una creciente sequedad en la lengua, me llevó a pensar que no eran las formas que adornaban su piel lo que había quedado impreso en la mía, sino los huecos cuyos perfiles no lograría distinguir a menos que recordara las siluetas a cuyas curvas correspondían. Los intrincados tatuajes que recorrían su cuerpo habían grabado en el mío un folio en blanco o escrito con la absorbente caligrafía de un texto al otro lado de la comprensión, o bien la reproducción de una secuencia musical grabada únicamente en sus silencios, o el espectáculo de una obra teatral vista, no desde la audiencia que sigue a los personajes en su agitación y escucha sus parlamentos para interpretar el curso de los hechos, la intriga de las acciones y el alma de los concernidos, sino desde un anfiteatro a espaldas de la obra, reducido, solitario e incómodo desde el que solo se atienden los mutis de los actores y solo se escucha el desgarro de sus expectoraciones y solo se ven las muletas de la tramoya, y el espectador no es otra cosa que el espíritu del abandono al pie del altar, la seducción lograda por una imagen ignota.

El ritual los coloca en una malla de signos o de palabras en una celda de aire. Allí atrapados, tememos la ocultación de nuestra presencia, desaparecida para nuestros semejantes, que ignoran la red de signos o las mamparas de aire alzadas entre ellos, que no saben, y nosotros, que nos sabemos la presa del ritual y nos encontramos seducidos por la idea, la plegaria y la metáfora de una interpretación que lo aclare y nos saque del cautiverio.

Una vieja cicatriz guarda más sabiduría que el mejor de los consejos, decían los antiguos exploradores. Milton nos advierte, sin embargo, contra el rostro de Satán, «surcado por las cicatrices del rayo». Cirlot, más bien por el contrario, soñó —lo cuenta en su *Diccionario*— «con una doncella desconocida cuyo rostro bellísimo estaba surcado de cicatrices y quemaduras que no lo afeaban». Aquella extensa retícula de pequeñas cicatrices, líneas de una sangre teñida, que hubiera podido darse a conocer, en manos del arúspice chino, del zahorí oriental o del monje vagabundo, como la música de toda la sabiduría encerrada en la mujer y cubierta por su velo más propio —al igual que Moisés al bajar del monte Sinai

desprendiendo de sí una luz tan intensa que el pueblo al que debía dirigirse no soportaba su esplendor, de modo que hubo de cubrirse con un velo que mitigara aquel supremo fulgor, velo del que debió de proveerle el mismo que puso en sus manos las tablas y la Ley porque, de otro modo, habría que suponer que subió a la montaña con el velo en el bolsillo, y esto sería impropio— dejó probablemente impresa en mí la ausencia de un sonido, el silencio que despierta al igual que despierta el vacío y mantiene despierto la espera a quien no espera nada y permanece despierto porque tampoco espera dormir —ni despertar siquiera—.

A los muertos dudosos se les acerca un espejo a los labios en busca de la huella del más mínimo aliento que dé sentido a la esperanza de que conserven la vida. No es menos cierto que el espejo se coloca frente a ese tipo de dudas porque puede que esa apariencia del muerto solo sea la manifestación de un espeso sopor, de un profundo letargo del que el espejo puede liberarlo con tan solo el impacto de su silencioso reflejo. La leyenda de las cataratas del Niágara cuenta que una noche el agua dejó súbitamente de correr, cesó de repente el fragor de su prolongada caída, y todos los habitantes de los alrededores despertaron de su sueño más profundo.

Nuestra imagen reflejada guarda siempre silencio. Eso, a veces, casi siempre, nos causa sorpresa. Es nuestra imagen muda, no la oímos o no tiene sonido para nosotros. Y ese mutismo que es la contrapartida de nuestra locuacidad y alboroto, y corroe el principio de nuestra identidad, nos sobresalta, nos despierta y nos saca de quicio en un proceso que puede ir del susto al pánico. Hay ocasiones en que esa imagen que nos devuelve en silencio el espejo, se sugiere a sí misma —por así decir— como el reflejo del ángel, su imagen, y suscita el anhelo de oírlo y escucharlo. Una atención a la que responde con el silencio, y eso puede llevar del susto al terror. Por eso, aunque no solo, *todo ángel es terrible*.

Los ángeles tardan siempre en hablar. Muchos nunca lo hacen. Su elocuencia es la del silencio de una presencia hecha evidente al cabo de un largo rato de emboscada, o la de alguien llegado de muy lejos no para hablar ni ser escuchado, sino para hacerse entender sin

despegar los labios. El terror de nuestra imagen reflejada lo hemos sometido con el ritual del espejo o la hecatombe del despedazamiento. Pero no al ángel. El ángel es su propio ritual, como la raíz cuadrada de —i.

El ángel no tiene un pasado del que nutrir su memoria ni un futuro que pudiera servir de excusa para los errores en los que no ha de incurrir. Es una luz exenta del tiempo y del espacio entre los que suspende su aparición, colgada de su propia presencia extraterritorial y ucrónica, una eternidad al revés, un infinito replegado en una epifanía con algo de pájaro en el destello del aleteo y algo de acróbata mecido entre la tierra y el cielo, y algo del ahorcado cuyo retrato aparece en los naipes del alfabeto y los jeroglíficos de la adivinación, el arcano XII del Tarot, lunar, inconsciente, intuitivo y poseso, el trapecista en su pirueta, el braquipodista hechizado por su antípoda, llamado por los franceses *le pendu* en la pureza de su levitación y en la envidia de quienes vuelan en sueños, colgado de una línea de luz condensada y tendida entre las columnas de Jakin y Bohaz, mensajero de la Misericordia de cifra insondable y del Rigor de criterio espantoso. Un destello que despedaza y multiplica la oscura luz del espejo cuya lámina rehúye entonces el fantasma porque puede devorarlo.

El ángel puede llevamos consigo.

El fantasma no puede.

El ángel puede echamos una mano en la elusión de la muerte. El fantasma no está para llevamos a ningún destino porque no es su destino lo que tiene en común con nosotros, sino su pasado, pues está muerto. El ángel es inmortal porque no tiene ni tuvo pasado o principio alguno, y si se multiplica por sí mismo adquiere ese suntuoso aspecto Aerodinámico y picudo de la raíz cuadrada de —i que no deja de sugerir el signo de una imagen alada que puede cernirse sobre nosotros y llevarnos a lomos de su presencia, enmudecidos por el temor de semejante arrebato.

Algo así tendría que decir para configurar alguna distancia entre lo que supongo saber y lo que creo imaginar: el ángel que trae por igual maravilla y pavor: la mano que sale del agua para recoger el

vuelo de la espada.

Mientras que el fantasma es un ausente sujeto a su presencia en la memoria: si la guardamos, es un recuerdo, si no, es un intruso en busca de la impronta, marca o huella que no dejó en nosotros. Entonces lo vemos como un simulacro y puede que imaginemos lo que fue o intuyamos la profecía con la que se disfraza para llevarla a término. Pero no está en la memoria. Su recuerdo es imposible. Su aparición, irreal. A la constitución del fantasma en el no-ser puede añadirse la de no haber estado, de modo que sus pasos no encuentran semejanza en las improntas, marcas, huellas que guardamos, y transcurren sin hallar dónde reajustarse ni en qué reconocerse. Por eso el fantasma se dirige únicamente a quien lo conoció o conserva algo que fue suyo, con su impronta, marca o huella, y lo que diga o busque tendrá que ver con la invasión y ocupación de aquello que era suyo cuando vivía y le fue arrebatado con la muerte. Es un mensajero de sí mismo en busca del lenguaje que dejó y en el que tendrá sentido lo que haya de decir.

Así en Hamlet, donde las palabras de Hamlet senior son una crónica de los hechos pasados y una orden del día de la que Hamlet *junior* obtiene aliento para lo que quienes le rodean entienden como «nubes de tristeza» y él justifica como el efecto de «haber tomado el sol», un cocimiento de los sesos que no es sino el ardor colateral del fuego que ha llevado a su madre a dar cobijo en su lecho a su cuñado, el hermano de Hamlet senior, cuando el cadáver de este apenas lleva un mes en su *oublie* y aún antes de que la sal de las lágrimas de la pérfida viuda se haya secado en sus ojos de cocodrilo. Ese es el fuego de lo que Hamlet *junior* ve y de la pasión con la que interroga a una fantasía que le provee de todo un catálogo de palabras incoherentes y desatinadas, dichas a tontas y a locas, el hervor sobre el que Hamlet senior sabe verter el acero del conocimiento con el que Hamlet *junior* sabrá imaginar el orden de las cuentas, el cuadro de sumas y restas y la línea final con la que dar saldo a la vida.

Así es en Hamlet pero no en Macbeth, donde todo un nutrido elenco de apariciones fantasmagóricas no viene a desencadenar

horror alguno, sino tan solo a servir de decorado y *atrezzo* —por decirlo de algún modo— a la puesta en escena de la premonición con que saludaron a Macbeth las brujas aquel día «a la par tan hermoso y tan feo» en un brezo batido por los huracanes, y de ese «equívoco del demonio» que miente bajo la máscara de lo verosímil y hace de la razón un alambique del delirio que alumbra los pasos del asesino, «semejante a un fantasma», a través de la niebla con la que Hécate teje la malla de un destino aciago e inflama en la noche saturada de ambición el destello del puñal ante los ojos de Macbeth y lo guía como avieso Lazarillo hasta el lecho donde reposa el rey Duncan para que asesine su sueño, ignorante de lo dicho a las brujas: «de la punta del cuerno de la luna creciente pende una gota de vapor de misteriosa virtud, que yo recogeré antes que caiga sobre la tierra, y, destilada por artificios mágicos, haré surgir artificiales espíritus que, por la fuerza de su ilusión, le precipitarán a su ruina. Despreciará al hado, se mofará de la muerte y llevará sus esperanzas por encima de la sabiduría, la piedad y el temor. Y vosotras lo sabéis: la confianza es el mayor enemigo de los mortales».

Nada se dice de la razón por la que aguardan las brujas a Macbeth para salirle al paso y saludarlo como si fuera el rey que no es, e introducir en su ambición la idea de serlo asesinando a quien lo es. Nadie sabe de esa causa que también ignora Hécate, diosa de la obsesión y el lunatismo, reina del círculo vicioso trazado por el compás de un puñal tan artificial como los espíritus que suspende ante los ojos de Macbeth para hacer aún más ciega su visión.

«Guárdate de Macduff», dicen las brujas cuando Macbeth les exige el sentido de la cabeza que ve por los aires. Y él las cree, porque cuando lo que ve es un niño ensangrentado, ellas dicen que sea sanguinario, valiente y atrevido, porque «ningún hombre dado a luz por mujer puede dañar a Macbeth». Y las cree cuando lo que ve es un niño con una rama en la mano, y ellas dicen: «sé arrogante y no te cuides de lo que proteste, se agite o conspire contra ti, pues Macbeth no será nunca vencido hasta que el gran bosque de Bimam suba marchando para combatirle en la alta colina de Dunsinane», allí donde las tropas alzadas en su contra cortarán las ramas del gran

bosque de Birnam para camuflar su avance sobre la alta colina de Dunsinane hasta los muros del baluarte en el que el usurpador se verá cara a cara con Macduff —no dado a luz sino sacado con cesárea del vientre de su madre— que le dará muerte y cortará luego su cabeza.

Todas las visiones son ciertas y tan verdaderas bajo su inverosimilitud como incierto el saludo de las brujas hecho verosímil por Macbeth junto con su condena por haber atendido a una ilusión y haber medido sus pasos con la visión de un puñal.

Visiones e ilusiones construyen el circo de pulgas en el que Macbeth pasa de guerrero a piltrafa, con el mínimo margen para que se deslice el único fantasma que por allí camina, el espectro de Banquo, asesinado porque Macbeth oyó decir a las brujas que sin ser Banquo rey, en su estirpe habría reyes, como así fue, en efecto, con los ocho Stuart que van de Robert II a James VI. Banquo es el único fantasma, un aparecido que da unos pasos en silencio y desaparece, tan solo para que Macbeth advierta la presencia del muerto que vivió y fue Banquo y, con ella, su ausencia ensangrentada, la del vivo que ha muerto por ser Banquo. Hueco tan clamoroso y evidente, que el fantasma aparece para desaparecer sin dirigir a nadie la vista o la palabra, como si el pálido y vertiginoso paseo de su muerte hubiera de ser el contraste de quien antes de dar con la propia es ya el fantasma de *Lady* Macbeth, que no ha tenido hijos y ha clamado por la muda de su sexo —*unsex me here*, grita, no recuerdo en qué escena — y el cambio de la leche que no tuvo en miel para que acudan a sus tetas los genios del crimen que «bajo invisibles sustancias presiden las horas malignas». Suyos son los pasos de sonámbula que salpican la sangre cuyas marcas, huellas, improntas, no abandonan las manos que instigaron el crimen. Ella es su propio fantasma y el único que habla y hace de *Lady* Macbeth una pesadilla y de sus palabras el viento que ya agita el arbolillo que crecerá en su tumba y disipa en blandas ráfagas la niebla de la que regresaron los drogadictos en procesión, y no solo porque la puerta giratoria del hotel los obligara a ponerse en fila india y entrar de uno en uno. Era también el único orden que les aseguraba un destino en común, dadas las condiciones

en que se encontraban los artistas del astillero, incapaces de mover con sentido un pie detrás del otro sin contar con la guía del buscador de luz que encabezaba aquella comitiva de cenicientos bajorrelieves y era el que se movía con mayor seguridad y aplomo, sin que su aspecto resultara tan lastimoso. Fue así el que entró primero, con unos ojos tan abiertos que los de quienes le seguían más parecían la ranura de una almeja: espesos, plomizos, mates, rugosos, hostiles en su pesado reposo y con la mínima abertura de un tajo envuelto en babas, tapizado de polvo.

El buscador de luz acercó al mostrador un taburete en el que se sentó sin perder de vista el desfile de aquellos tres que, puestos en la orientación de la lamparilla en la esquina del salón, se dejaron caer con profusión de bufidos en el sofá donde alguno intentaba pasar la noche a hurtadillas de vez en cuando.

Encaramado al taburete, el buscador de luz me pidió un *whisky* con agua que consumió a sorbos y en silencio hasta que le serví el segundo.

—¿Qué se suele hacer con ellos cuando se ponen así?

Yo me encogí de hombros y él siguió hablando como dueño absoluto de esa preocupación.

—Alguien debería cuidar de que llegaran a casa con el menor descalabro. ¿Viven por aquí?

—En los alrededores de Adro Vello.

—Eso es el cementerio, ¿no?

—El cementerio antiguo. El prehistórico, vamos.

—Tengo que ir por allí. Podría acercarlos a sus casas. Aunque antes tendría que dormir un poco. ¿Cómo es la luz de Adro Vello? ¿Tiene brumas perpetuas?

—La luz, depende. En cuanto a las brumas perpetuas, la cosa varía. Usted, en realidad, ¿a qué se dedica exactamente? Perdone la impertinencia. Se lo pregunto por su interés en Adro Vello.

—Andan en la productora con la idea de hacer un documental o vaya usted a saber. En cualquier caso, yo debería preparar un plan de luces, y decidir los trucos de la luminotecnia para que las cosas sean lo que son y no lo que parecen ser. En pocas palabras, tengo que ir a

ver Adro Vello, estudiar sus cambios de luz y poner a punto una especie de guión de luces para que a la hora del rodaje, si es que llega, la cámara retrate las losas desquiciadas, caídas y resquebrajadas como el cementerio prehistórico que es, y no como el panorama de losas desquiciadas, caídas y resquebrajadas que parecen ser[7].

Guardó silencio y hundió la mirada en el vacío lechoso al otro lado del ventanal.

—Este pueblo está tan lleno de nieblas que parece estar invadido de fantasmas, aunque estos —y señaló a los otros, inmóviles en el sofá— se empeñan en que no hay más que uno. ¿Cómo van a ver uno si son incapaces de ver los muchos que se mueven por aquí? Si no ven ninguno, ¿cómo van a distinguir uno solo? ¿Me pondría un poco más de *whisky*? —Es lo que hice—. Hemos fumado ahí fuera. No han dejado de hablar de una especie de fantasma que les ronda los pasos. Ahí fuera. En la plaza. Con una niebla de todos los demonios en la que apenas nos veíamos las caras, y ellos quitándose la palabra para hablar de un fantasma al que no le han puesto la vista encima. Entiéndame. No vaya a pensar usted que yo creo en fantasmas, cosa que, bien vista, sería lo de menos. Yo solo creo en lo que veo, y aquí veo niebla. Mejor dicho, nieblas. Aunque puede que le esté pasando algo a mi vista. En las horas del día veo bultos de luz apelmazada, como si se condensara en ciertos puntos del aire. Y ahora, que he salido de noche, he visto marañas de niebla, haces de nieblas andantes, harapos de nieblas con patas… Bueno, no he llegado a ver las patas… Tendré que hacer lo que le hizo el rey Salomón a la reina de Saba. ¿Sabe usted lo que le hizo el rey Salomón a la reina de Saba?

—¿Lo que hizo para ver sus pies de ánade?

—¡Carajo! Pues sí que lo sabe.

—Lo habré leído en algún sitio.

—¿Y lo del árbol? ¿Sabe usted lo del árbol?

—Del árbol no sé nada.

—¿Quiere que se lo cuente?

Me limité a arquear las cejas y él lo entendió como una rotunda expresión de hambre y sed de relato.

—Hay que remontarse a los tiempos de Adán; mejor dicho, al poco tiempo que le quedaba pues, al cabo de una vida larguísima, se encontraba a las puertas de la muerte cuando su hijo Seth le pidió al arcángel Miguel para su padre moribundo una gota del árbol de la Misericordia que crece en los cielos… Un lugar de donde el arcángel carecía de permiso para sacar cosa alguna. Así que en vez de una gota de esa resina, el ángel le dio una ramita del árbol de la Sabiduría, que crece en la tierra. ¿Me sigue?

Hice un gesto de que sí.

—Cuando Seth regresó con la ramita, su padre acababa de morir, y el hijo decidió plantar la ramita en su tumba sobre la que creció el árbol que muchas y prolongadas generaciones después fue elegido por Salomón con la intención de emplear su madera en la decoración del templo que estaba construyendo.

Los jardineros talaron el árbol y los carpinteros empezaron a cortar de sus ramas poderosas las piezas que necesitaban los ebanistas, sin que el cuidado con el que llevaron a cabo su labor les sirviera de gran cosa, pues las piezas cortadas con las medidas exactas para encajar en unos huecos precisos o cubrir unas superficies determinadas, ni cubrían ni encajaban. Unas piezas eran más grandes, otras, más pequeñas, y ninguna se ajustaba a las medidas con que se habían cortado en una tarea que, repetida con mucho mayor rigor y el control más estricto, tampoco dio mejor resultado. La exactitud con que se cortaban se esfumaba en el momento de hacer con ellas lo que se pretendía. Como si estuvieran vivas y dispuestas a ser el colmo de la travesura e imponer en los carpinteros una perplejidad y desconcierto que Salomón no podía permitirse, y que zanjó diciendo que así eran y debían ser las cosas con aquel árbol que mandó colocar sobre el torrente que alimentaba el estanque del templo —para distribuir luego el riego del olivar—, a manera de puente para cuantos quisieran pasar de una orilla a la otra, cosa que nadie quiso hacer… Hasta que llegaron los días de la Reina de Saba que, en uno de sus paseos y a punto de posar un pie en el árbol para pasar de una a la otra orilla, lo suspendió en el aire, sobrecogida por la visión de alguien colgado de aquel árbol

convertido en el madero de una cruz.

La reina retrocedió y, eludiendo el tronco terciado, vadeó el torrente en cuya húmeda orilla sus pies dejaron las huellas de unas patas de ánade. Así me lo contó mi padre, que sabía prolongar la historia hasta los días en que Helena, la madre del emperador Constantino, desenterraba el árbol de donde lo habían ocultado, y lo convertía en astillas para que todas las catedrales del mundo contaran con su *lignum crucis*.

—Su padre, ¿qué es?

—Húngaro. Era.

—Preguntaba su oficio.

—Cineasta. Huyó de Hungría cuando los soviéticos acabaron con Imre Nagy. Trabajó bajo un nombre falso y ajustando siempre sus pretensiones al setenta y cinco por ciento del salario de su competidor más cercano. Los americanos dieron con él cuando buscaban técnicos baratos con los que trabajar en Europa. Fue director de la segunda unidad de *Salomón* y *la reina de Saba*. Tyrone Power, que interpretaba a Salomón, murió en sus brazos durante el rodaje, y fue sustituido por Yul Brinner. Lo que son las cosas.

—¿Hizo más películas?

—Ya lo creo. Muchas. Todas con un nombre falso. Con varios, mejor dicho. Uno para cada una. Yo me enteré de lo que había hecho según fui entrando en el oficio. Del único rodaje del que habló conmigo fue de Salomón y la reina de Saba. Decía que era el mal fario de las dos eses.

—¿Luchó en la guerra?

—Mi padre hizo la revolución con Bela Kun, combatió a los nazis. Luego los soviéticos pusieron precio a su cabeza. Supongo que por eso dieron con él los americanos. Pero cuando hablaba del mal fario de la S de Salomón junto la S de Saba no se refería a las SS, sino a la magia negra de las eses puestas una enfrente de la otra.

Y sobre el mostrador empañado por la niebla trazó la imagen de la que hablaba:

—Si mira el espacio entre las eses desde dentro, por así decir, poniendo la mirada en el punto medio entre las sinusoides, lo que ve o puede ver, mejor dicho, es la silueta de un torso femenino visto de frente. Unos pechos abultados y el inicio de la pelvis de una Eva rotunda. También se ve —si se pone uno a mirar de un modo enciclopédico por así decir—, la silueta frontal de un laud o un chelo. Pero esa visión es lo de menos. Ahora, si lo ve desde fuera, entonces aparecen las bichas, una frente a la otra. Eso nunca trae nada bueno. Y la mezcla de esas dos imágenes, la del tronco femenino y la de las serpientes, cobras y tetas, o la combinación de esos dos significados, tampoco. Los expertos las llaman imágenes sedicentes, quizá por la falta de permanencia de sus condiciones, de sus modos de ser o de lo que son. Son una cosa desde dentro y otra, desde fuera. Todo depende del punto desde el que se deciden los contornos y se definen los contrastes. Para ver una cosa hay que olvidarse de la otra. Para ver hay que no ver. Y eso no puede ser bueno.

Su voz se había ido haciendo un susurro. Le serví otra dosis y logré que levantara la mirada del vaso y hablara con algo más de cuerpo.

—Mi mujer, por ejemplo.

—Su mujer está durmiendo —dije yo—. Que tal vez es lo que debería hacer usted.

Él me miró como si le costara trabajo entender lo que le decía. Al cabo de un instante, y con un breve movimiento de la mano —casi un espasmo—, me indicó que le sirviera otra dosis. Es lo que hice.

—No hay mayor distancia entre dos puntos que la que media entre quien duerme y quien le ve dormir. Entre la soñadora y el que la contempla. Y esa distancia compone una imagen sedicente con la que va del sueño a quien lo sueña. El que duerme y sueña siente que ve el sueño como si estuviera despierto. El sueño es tan bifronte y ambiguo como para que el protagonista del sueño y su espectador

sean la misma y única cosa, vista desde dentro del sueño y desde fuera. Yo puedo ver dormida a mi mujer, y ver la agitación de su cuerpo al soñar, pero no veo su sueño que, a veces, por lo que la oigo decir en sueños, por lo que dice de un modo entrecortado y confuso, es ella misma. O cuando por eso que dice en sueños puedo entender que está soñando conmigo, que la estoy viendo dormir y soñar, aunque dormir sea lo que la estoy viendo hacer, y soñar lo que supongo que está haciendo. Todos los sueños son sedicentes. O, al menos, tan pronto están como no están dentro de sí mismos. Son imágenes sedicentes de la sedicencia, palabra que —dicho sea de paso— no está en el diccionario: sedicente, si, sedicencia, no. Una disparidad que me parece muy lógica, pues compone en sí misma una imagen sedicente.

Miró a su alrededor, y cuando fijó de nuevo su mirada en mi, creí que me dirigía una interrogación en cuanto a si debía beber un poco más. No estaba resultando un bebedor molesto, de manera que le serví un par de dedos.

—El durmiente contiene el sueño como el espejo la imagen reflejada. Como el agua lo contiene todo. Como la luz se contiene a sí misma. Apagamos la luz para dormir, pero el sueño enciende la oscuridad. Ningún sueño transcurre a oscuras.

Apuró su bebida y sonrió o, al menos, hizo una mueca nada desagradable.

—Es lo que yo voy a hacer ahora mismo. Irme a dormir. Apagar la luz. Tengo que levantarme en cuanto amanezca. Me gano la vida buscando luces.

Se apeó del taburete y se alejó sin demasiados titubeos. Mientras esperaba al ascensor, me miró y se despidió con una inclinación de cabeza, tranquilo, sosegado y muy contento de sentirse todo lo agotado que debía. Estaba seguro de conciliar inmediatamente un sueño profundo y reparador. Ni por lo más remoto se le habría ocurrido pensar en que acababa de sugerirme la imagen de su mujer dormida y soñando.

Quiero decir que la gente apenas tiene conciencia de lo que hace y dice en los hoteles. Como si la hostelería fuera una tierra de nadie,

un territorio a explorar sin que nadie siga los pasos e investigue y explore al explorador —o lo espere—. Me refiero a la desenvoltura con la que se instala la gente en los hoteles, sin asumir cautelas ni tomar precauciones, en un alarde de familiaridad e inopia, despreocupación y vagabundeo encantador o acuciante para quien observa semejante comportamiento con la benevolencia de un abuelo o con la tensión de un buitre paciente. Entran en el hotel como si lo visitaran con asiduidad o fuera una residencia habitual que acabaran de abandonar para comprar un periódico, preservativos, analgésicos, un bolígrafo, o a la que regresaran con el rostro liso y la expresión ausente de quien vuelve distraído sobre sus pasos para recoger las gafas de cerca o de sol, el monedero, la gorra, luí paraguas, esas cosas que uno se deja olvidadas en casa al salir a la calle.

El huésped compone siempre un gesto vacío al entrar en el hotel, atravesar el vestíbulo y plantarse ante el mostrador de recepción como si eso fuera lo que hace todos los días antes de pisar la calle, y solo la reiterada estupidez del recepcionista hiciera necesario el ritual de darse a conocer junto con sus pretensiones, una pamema para la que ha ensayado mentalmente una cara de circunstancias, un gesto interesante, un rictus sugestivo o una sonrisa cautivadora, cualquier cosa de la que se suponga que puede derivar un servicio puntual e intachable. Arquean fríamente las cejas al escuchar la conformidad de su reserva, y asienten con gravedad al entregar el DNI que se les requiere y del que se desprenden con la misma despreocupación con la que entregarían una tarjeta de visita, inconscientes de que ponen en manos de un extraño el mapa para iniciar la exploración de lo que son, el salvoconducto para circular por las primeras nociones de sus rasgos personales, el santo y seña para una idea de lo que hacen, el código de iniciación para descifrar su incógnita. Ofrecen a un desconocido —diestro en el trato con gente que cambia habitualmente de paradero— una fotografía y, con ella, la oportunidad para un rápido contraste entre ese retrato que documenta la identidad, y su modelo vivo, confrontación que puede prolongarse si se retiene el documento mientras el huésped va

asentando sus reales, para comparar los rasgos de su portador con los que el hostelero guarda en la memoria a partir de su primera impresión, del vistazo que le dio cuando lo tuvo por primera vez delante.

No es gratuito el tabú dictado por ciertas culturas contra la fotografía, como tampoco lo es la difusión de esta en una civilización que venera la transferencia, idolatra la noticia, repudia el secreto y lleva el silencio al borde de la incomodidad moral, por no decir del suicidio. La gente es feliz dándose a conocer —describiéndose y explicándose— y entregan su retrato inconscientes de aquello de lo que se desprenden. Ningún animal se dejaría mirar tan fijamente y tan largo rato como el que yo puedo llegar a perder en el examen de esos rostros cuyo testimonio queda en mi poder durante el tiempo que considero suficiente para entrar en las diversas suposiciones que forman la base de lo que después investigo sobre el propio terreno.

Sé de lo que hablo porque me disgusta profundamente que me miren a la cara, y por eso rehúyo el puesto de recepcionista; Prefiero el tumo de noche (que es más bien un oficio de portería) y aguanto lo que haya que recibir en mitad de la noche. No son tantos, al fin y al cabo, los huéspedes que llegan a esas horas tan de nada y tan de nadie. Pero cuando alguno se deja caer tan intempestivamente, intento guarecerme en el papeleo para la confirmación de la reserva y al otro lado de la atención con que debo tomar nota de los diversos datos de interés. Consulto formularios y faxes, archivos de cajón y carpetas con fuelle, examino pantallas y recorro monitores con toda la torpeza de quien arrastra un sueño interrumpido. No me importa parecer un zombie o un auténtico idiota en mi esfuerzo por eludir una confrontación directa, cara a cara con él, la o los recién llegados. Es una cuestión de evitar, por un lado, y de facilitar, por otro. Una imagen sedicente, tal vez. Cualquier cosa con tal de evitar que me pongan durante demasiado tiempo la vista encima, y cualquier cosa con tal de facilitar mi examen del aspecto general de la visita, de sus rostros, facciones, rasgos, modales y actitudes, sin delatar la avidez de mi mirada. No tengo ojos en la nuca ni párpados transparentes,

pero sé mirar de soslayo y domino la situación de los espejos; puedo prolongar la gestión de la llegada y su recibimiento hasta que los recién llegados entran en los ángulos especulares que aseguran el reflejo en el que los aguardo para saber lo que quiero o para absorber, simplemente, lo que esas visitas entregan con la mera exposición de sus rostros.

Algunas mujeres me han pillado en semejantes emboscadas, pero no para peor. Las mujeres nunca delatan algo que tenga que ver con los espejos.

Sé de gente que prescinde de ellos por la sorpresa, el agobio y la depresión que pueden llegar a introducir los espejos en sus vidas, o bien por haber leído a Borges y coincidir con él en considerarlos abominables. Sé también de hoteles que no tienen espejos en algunas de sus habitaciones o los quitan si el huésped así lo requiere. Los hoteles son negocios preparados para cualquier contingencia. En el primer hotel que conocí, desnudaron una habitación a petición de un cliente. No solo desprendieron los espejos, también retiraron todo el mobiliario según lo requerido, a lo que añadió la orden de que nadie entrara bajo circunstancia alguna en la habitación, ni le molestara en razón de lo que fuera mientras él la ocupara. Y solo la desocupó tres días más tarde, para abandonarla al cabo de una estancia absoluta y total en el sentido de que ni por un momento abrió siquiera la puerta, ni la boca para explicar semejante extravagancia de la que lo más que se podía contar era el tiempo que pasó el hombre aquel encerrado y sin comer. Jamás se supo de otra cosa que hiciera o dejara de hacer.

Un misterio —algo trivial y algo necio, tal vez— sobre el que perdí largas y casi hipnóticas horas dando vueltas a lo que podría haberle entretenido durante aquellas setenta y dos, pasadas entre cuatro paredes desnudas y tan arduas como lo han de ser las de un hotel. Unas reflexiones tan hondas y gratuitas que casi me hice adicto al hábito de imaginármelo todo sobre él, hasta que decidí que había de ser de profesión, teólogo. Supongo que lo decidí para quitarme aquel engorro de encima y porque nunca he visto uno. Puesto a suponer, un teólogo ha de sentirse a sus anchas en un

espacio cerrado y vacío.

Aquí mismo, en este mismo hotel, se presentó una noche un hombre para reservar una habitación que ocuparía cuarenta y ocho horas después, de la que me pidió que retirara los espejos. No puedo decir que su petición me sorprendiera; llevaba años esperándola, aunque muy pocos, prácticamente ninguno —como pude comprobar en aquel mismo instante— imaginándomela. Mucho más me sorprendió lo muy escaso de mi preparación para cuando me viera en tal brete, pues es que, al cabo de nadie sabe cuántos años aguardando una oportunidad como aquella, mi adiestramiento para afrontarla con desenvoltura era tan pobre como para quedarme paralizado ante la epifanía, desconcertado y sin saber qué decir ni cómo preguntar o sacar a colación las muchas cuestiones que llevaba tanto tiempo planteándome. Puede que me quedara como el teólogo ante el Dios que se le revelara en toda su majestad y suntuosa omnipotencia, percibido pero invisible[8].

Así que me envolvió un sudor agrio, y la sangre debió de acumularse en mi cabeza o se me desconectaron, tal vez, las áreas de Broca y Wernicke con el subsiguiente bloqueo cerebral al que decidí hacer responsable de mi incapacidad para saber lo que hacía y sincronizar medianamente mis actos. No supe fijarme en las facciones ni en los gestos de aquel peculiar cliente. Mis reflejos se embotaron, y creo que el temor a que se me descubriera en el merodeo hizo que tampoco fuera capaz de dar con su imagen reflejada en cualquier espejo.

Hundido en esa parálisis, sí llegué a darme cuenta de que al entrar en la cabina del ascensor se encajó unas gafas negras sobre un pasamontañas de esos que embuten el cráneo con tres aberturas para los ojos y la boca, como los que usan los terroristas y del que pensé que, junto con las gafas negras, espesamente ahumadas, le servirían de protección contra esa princesa de Satán llamada Verónica que reside en los espejos de los ascensores y puede ser convocada si se aprietan los botones que determinan los pisos de acuerdo con la secuencia de una clave naturalmente secreta.

Entonces pensé varias cosas casi simultáneamente. Si oprimía

los botones de acuerdo con esa clave, es probable que no llegara al piso de su destino, pues Verónica solo responde a su convocatoria para raptar a quien la reclama y arrastrarlo con ella a sus profundidades —profundidades de un ascensor; hay que tenerlo presente—. En tal caso el ascensor llegaría vacío y todas las prevenciones y cautelas esgrimidas hasta entonces contra los espejos no tendrían más sentido que el de un absurdo aspaviento, unos pasos de danza para distraer la atención de quien la tuviera fija en el recién llegado. ¿Por qué iba a apretar los botones en la secuencia maldita aquel hombre tan embozado en contra de lo que pudiera haber en el seno de los espejos? Por otro lado, si su temor al espejo del ascensor era tanto como para cubrirse con el pasamontañas y ocultarse tras las gafas negras, ¿porqué no subió hasta su piso por la escalera?

Di muchas vueltas a la consideración de esas cuestiones, una a una y mezcladas en el orden y concierto que me dictó mi cabeza cada vez más abrasada, hasta que decidí vigilarlo, espiarlo en la medida en que se puede espiar a alguien encerrado en su cubil y que no pone nada de sí al alcance de quien lo vigila. De bruces sobre la moqueta del pasillo de su planta frente a su habitación, intenté hacerme con una vista por debajo de la puerta de lo que no había podido ver mirando por el agujero de la cerradura, siempre imposible en los hoteles modernos. No sé cuántas noches subí a tumbarme en el polvo y a respirarlo mientras forzaba la mirada entre la puerta y el suelo, y aguzaba el oído por esa misma rendija, sin éxito en ninguno de los sentidos. Ni una sombra que oscilara ni el rumor de una respiración o algo semejante. Nada. O quizá, todo lo más, apenas un titileo, y tan cercano a las primeras luces del día como para parecer dudoso. Puede que encendiera una vela para confundir de algún modo a la aurora.

Abandonó el hotel a mitad de una mañana, y yo esperé su partida apostado en el Balcón Café, desde donde lo vi apilar su equipaje en el maletero de un taxi en cuyo interior se hundió con movimientos envarados y sin dejar de mirar absolutamente al frente.

Su habitación sin espejos se encontraba limpia y ordenada, como

si nadie la hubiera ocupado durante aquellos días con sus noches. Los vasos del cuarto de baño seguían envueltos en sus bolsas de plástico. El inodoro conservaba intacta la cinta sanitaria, al igual que las toalla el apresto y los pliegues.

Busqué sus huellas en la moqueta. Eran escasas pero nítidas y sin otro olor que el de los despojos habituales en las suelas de unos zapatos nuevos; lisas y muy deslizantes. El hombre no se había descalzado y apenas se había movido. A juzgar por sus rastros, no había hecho nada en la habitación despojada de espejos y convertida en el rastro de su inactividad. Examiné de nuevo sus huellas, que formaba tres grupos. Unas marcaban su camino de entrada desde la puerta, y se extinguían entre la cama y la cómoda. Otras señalaban el de salida, entre ese punto y la puerta. Y un par de huellas más, al pie de la cama, con los pelos de la moqueta bastante más aplastados que en las otras señales, formando un ángulo cuyo vértice, el de los talones pegados, señalaba a la cabecera de la cama, esto es, al Norte, según la ordenación del mobiliario, mientras que la apertura de las puntas de los pies enfocaba la ventana.

Si me fiaba de esos detalles, y otra cosa no tenía, el hombre había entrado en la habitación para apostarse al pie de la cama y mirar a las cortinas que cubrían la ventana, sin hacer otra cosa que guardar semejante postura y actitud durante un tiempo cuya duración se me perdía. ¿Había movido las cortinas? ¿Había abierto y cerrado la ventana? ¿Por qué y para qué había de hacerlo? Nadie alquila una habitación vacía de espejos para ver o no ver lo que hay o no hay al otro lado de la ventana. Aunque podría haber descorrido las cortinas para cerciorarse de la presencia de alguien al otro lado de la ventana que habría abierto luego para franquearle el paso. Pero ese alguien habría dejado las huellas de sus pasos. Habría dejado algo.

¿Y las maletas? Nada había que sugiriera la razón del equipaje del que no había huellas. ¿Para qué esa impedimenta? Quizá para nada. O para despistar y engañar de algún modo. Lo que conducía a suponer que el hombre contaba con alguien a quien engañar, y esto complicaba las cosas hasta un punto inalcanzable para mí, renuente

a cualquier posibilidad, por remota que fuera, de que fuera yo el objeto del engaño. Hasta tal punto complicaba el equipaje toda la peripecia, que en ese momento decidí que cuando contara esa historia, prescindiría de las maletas o me olvidaría de ellas en cuanto me fuera posible, abandonándolas a lo que pudiera ser su suerte. Fue una decisión instintiva y relacionada tanto con la necesidad de contar otras cosas más y mejor relacionadas con el asunto, como con esas vertiginosas, cálidas y mercuriales excusas que emite el instinto en cuanto sus sensores le avisan del más mínimo riesgo. Máquina singular y agazapada el instinto, siempre al pairo hasta que sus serviolas lanzan el grito con el que se pone uno en movimiento para huir o acometer. O para mantener la inmovilidad y cambiar de aspecto y de color; lo que haga falta.

Tal vez la curiosidad que suscita e instiga el espejo anule el instinto, lo margine, y el hombre que alquiló la habitación sin espejos, buscara un lugar en el que recogerse a solas para facilitar el regreso del instinto. Quizá el instinto sea un modo de ser previo a cualquier otro, suspendido a las puertas del mundo para adherirse a quien entre en él, y verse luego arrinconado poco a poco por el pensamiento, por la imagen y sus reflejos —por la multiplicación a la que se refería el argentino ciego al señalar que el espejo es tan abominable como la paternidad porque multiplica—, convertido en el baldón del animal —criado por el instinto que lo aleja de la razón —, hasta que, hecho un harapo, es abandonado en esas mismas puertas por quien las cruza en el sentido diametralmente opuesto y deja suspendido en sus alrededores ese instinto al que se acogerá el fantasma en cuanto las circunstancias le faciliten el cruce de esos umbrales, en cuanto el agua, gota, niebla, salpicadura, estanque, riachuelo o catarata, lo ponga de nuevo aquí, y se acoja a su primer ropaje, el instinto.

Un espejo ofrece mucho qué ver si uno da con el ángulo adecuado para ver lo que se quiere, y verlo sin ser visto. Pero también ofrece demasiado cuando uno se planta frente a él y le permite la oferta de una sobredosis cautivadora, y la ruta hacia el destino de las ficciones y del disimulo.

Los grandes oradores, y los pequeños, recurren al espejo para ensayar sus retóricas entendidas en un sentido escénico que, por encima o por debajo de sus palabras, más allá o más acá del significado que se les atribuya, produce gestos, ademanes, aspavientos y muecas que ajustan la elocuencia en el tiempo de aquellas retóricas, a lo que es en el espacio la palabra en acción.

Se trata de multiplicar.

Shakespeare es uno en los sonetos. Otro en el *To be or not to be* que precede al *out out brief candle* o lo sigue o se ve hecho realidad simultáneamente en este escenario y en aquel, en el lector que lee esas palabras y en el que las lee al mismo tiempo en otro libro, en otra geografía, en quien se acuerda de esas líneas y en quien las recuerda porque la memoria se las brinda súbitamente, u oye que alguien las cita al pasar, en el despliegue improbable de cuantos las sueñan al unísono, o las oyen, simplemente, cada cual por su lado y, tal vez, ni siquiera en el mismo idioma. Y Shakespeare es otro Shakespeare en el dolor doblemente ciego de Lear, en la esbelta pesadumbre de Próspero, en la astucia cautiva de Calibán, en las flores junto al cabello de Ofelia extendido sobre las aguas. Hay un Rembrandt que pinta cuadros y un Rembrandt —otro— que disfraza los retratos que le ofrece el espejo, quizá para que sea el espejo o sean los disfraces o los retratos quienes soporten la cuenta del tiempo mientras el pintor sigue con la mirada los pasos que merodean el cuadro como siguen las voces del actor los oídos que merodean su palabra.

El orador que ensaya la altura por la que clama lo que dice, busca en el espejo el ángulo del dedo, de la mano y del brazo y de las cejas para poner esa altura ante los ojos de quienes seguirán sus palabras, y así señala una distancia hacia cualquiera de los puntos cardinales más allá del sol que dibuja serranías, de la luna que ilumina los desiertos, del mar hecho galernas, trombas, tifones, y lleva la atención del graderío, extendido como las ensenadas, a la perpendicular donde cobra vibrante sentido el esfuerzo prolongado y el clamor de las generaciones. Así el personaje que entra en el escenario y funde el instinto del actor con el de los espectadores y

durante un corto instante es todos y cada uno de ellos, navegantes en esa corriente a la que se añade cada cual con su carga de via *smarrita* a las espaldas, confiando en que darán con Démeter, Perséfone, Core o Beatriz antes de alcanzar la orilla en la que habrán de dejar todo ropaje para volver a su improbable lugar de procedencia.

El ruido del ascensor de nuevo en movimiento se añadió a los tenues ronquidos de los artistas del astillero, cuyas respiraciones apenas movían unas nubes de polvo y unas hilachas de niebla en el débil tafetán de la luz que comenzaba a descender sobre dormidos y despiertos con todo el cansancio y la arrogancia de quien se mueve a 299.792 kilómetros por segundo en distancias de hasta 473.000 billones de kilómetros sin saber con lo que va a encontrarse, con qué hueco ni con qué sombra.

El buscador de luces salió del ascensor vestido de lo que la denominación de su oficio daba perfectamente a entender, un chaleco de incontables bolsillos todos abultados, gafas negras y boina, *bleu jeans* prietos y rectos como pitillos, botas de baloncesto. Examinó el espacio que debía atravesar, se movió con pasos vacilantes, me dirigió un saludo cansado y se añadió a la niebla mucho más espesa del exterior cuando los artistas, despiertos y atontados, se encaminaban ya hacia la puerta giratoria que negociaron con la debida torpeza, decididos o simplemente impulsados al cumplimiento de sus liturgias matinales. El aire del salón quedó detenido en una ampolla de cristal rayado como si un dragón le hubiera soplado encima.

El hotel volvió a sus ruidos más habituales a aquellas altas horas, sin pasos que entretuviesen la atención ni respiraciones dormidas en el salón o perdidas por los pasillos dando sombra a los espejos. Solo una respiración sosegada y espesa, afilada al doblar las esquinas y blanda en su caricia de las alfombras y las moquetas, mostrándome el camino a la habitación donde dormía la que respiraba de un modo tan evidente y guiador. La puerta se abrió sin más ruido que el de la grasa en sus engranajes, y se cerró con ese mismo silencio, al que siguió el de mis pasos hasta la cama y el del fósforo al rascarlo para

encender la palmatoria que dejé en la mesilla, vibrando el reflejo de sus cabellos en la pulida y brillante cabecera de la cama.

—¿Es ya mañana?

—Todavía no —respondí como si fuera aquel al que con tanta confianza y dejadez se dirigía—. Falta un rato.

—Entonces, ¿puedo seguir durmiendo?

—Sí.

—Gracias, amor.

Me recibió sin volverse, y solo giró sobre sí misma cuando ya agonizaba la vela en la palmatoria. Entonces permitió que le viera el rostro y su sonrisa al otro lado de la niebla antes de volver a sus espaldas y a su melena y quedarse —o seguir dormida con la misma respiración que me había conducido a ella.

Una noche invernal de niebla mucho más densa, y sin reserva de habitación alguna que me obligara a la espera de un huésped de cuya llegada y recepción hubiera de elevar registro, una noche con el hotel hundido en el silencio de los ruidos digestivos de las cañerías y del sonido espiritual de las vigas y demás maderas, aproveché el filo de las altas horas para recorrer las escasas habitaciones ocupadas y cerciorarme de que todos los huéspedes dormían, antes de encerrarme en la *suite* que daba a los polvorientos Jardines del rey Meco, descalzarme —sin saber por qué—, descolgar todos los espejos y apilarlos en el pasillo bajo una de las luces de orientación. Luego, de nuevo encerrado, me aposté en cuclillas al pie de la cama, con la espalda hacia su cabecera y la mirada lija en las cortinas que cubrían la ventana, hasta que el esforzado amanecer lanzó sobre ellas unas huesudas grietas luminosas que trenzaron una red resuelta, al fin y al cabo, en un manto amarillo sucio, aburrido y absurdo.

Puse en su lugar los espejos que había movido y, de nuevo en mi puesto de trabajo, intenté recordar con precisión lo que había pasado a lo largo de mi experimento en el centro de un espacio sin espejos. No me había pasado nada, salvo una sensación de, digamos, exilio o, tal vez, desconexión, extrañamiento, quizá. Descubrí que a la luz mortecina de un lento amanecer con niebla, la habitación adquiría el aspecto que cabría imaginar del camarote de un navío naufragado.

El brillo amortiguado del mobiliario y la desaparición de las superficies bruñidas sugerían, por otro lado, la posibilidad de una burbuja ensimismada e inconexa, el escenario recién dispuesto y aún lleno de serrín e impregnado de un fuerte olor a lejía, destinado a un drama en concreto, aún no escrito, o, bien, un nicho, el hueco con un resto de penumbra en el fondo de una cueva de la que intenta escapar lentamente una forma imprecisa o la imprecisión previa a una forma, la intensidad anterior a una conciencia, algo, en fin, tan inasible como para consumir un buen número de noches en la tarea de alcanzar una idea o una composición de lugar más manejable en cuanto a lo que me hubiera podido pasar allí encerrado sin espejos y descalzo, sujeto a la amenaza, la codicia de una asechanza.

Algunas de esas noches, agobiado, sin duda, por el merodeo de una inquietud tan recurrente, me dejé llevar por el pensamiento de que aquello que había o creía haber visto no era la expresión de algo que escapaba de la cueva, sino que entraba en ella desde algún lugar más allá de su fondo. No un mutis sino una entrada, una aparición, un ruido en lugar de un silencio. Entonces recordé que por aquel entonces solía oír a destiempo la campana de la ermita, y eso me llevó a recordar con mayor concentración y esfuerzo el catálogo de visiones similares guardado en mi memoria, hasta que conseguí recrear la imagen de lo que más se aproximaba a lo que me parecía haber visto en la cueva: el espacio —por no decir el vacío— sobre el fondo de un estanque cuando se contemplan sus aguas más allá de los corpúsculos y partículas, alas rotas, plumas dispersas, ramas quebradas y tallos desgarrados, virutas y penachos que flotan en la lámina empañada por el reflejo de las nubes y manchada por los fluidos naturales que siempre invaden la superficie de las aguas recogidas a la medida del hombre, entre los brillos inconstantes de la grasa, el petróleo y las bombillas muertas. Allí, al fondo, apenas recortada en su reposo, se movía una tinción.

Pocos meses después y poco antes de que se desencadenaran las lluvias de la primavera, un hombre llamó por teléfono en mitad de la noche para reservar durante el tiempo de las inclemencias aquella misma *suite* frente a los jardines del único rey que tuvo la isla. Llegó

una tarde cuando las nubes estaban a punto de descargar y los pájaros contaban los chispazos de la atmósfera sin salir de las escuálidas frondas de la Plaza de Arriba. Supe que había llegado porque al hacerme cargo de mi turno aquella noche reparé en que faltaba la llave de la *suite* reservada. En su hueco reposaba la ficha correspondiente sujeta con un clip a su Documento Nacional de Identidad.

Tasajara, Bru y Gondar charlaban en su rincón de una manera algo extraña, como si lo hicieran con alguien difícil de distinguir a primera vista. Entre la luz marchita de la vieja lámpara bajo la que se reunían, y la de las farolas que entraba por la ventana, tardé un buen rato en darme cuenta de que lo hacían con alguien que podía desaparecer en su propio perfil, una especie de Franz Kafka de piel transparente y cerúlea, nariz afilada y orejas de soplillo, que parecía dibujado en una hoja de papel cebolla que le otorgara la capacidad de difuminarse en el aire y de vibrar con un destello de alambre, cuando el trueno anunció la tormenta y lo sacó del salón.

Era el hombre que venía a ver llover, como me explicó al cabo de un par de horas, cuando escampó la tormenta, los artistas se fueron, él bajó de la habitación desde la que había asistido al espectáculo, y se encaramó al taburete de mi mostrador como si me conociera de toda la vida.

Aprovechaba cuantas lluvias torrenciales quedaban a su alcance —su voz sonaba como las limaduras de hierro cuando se mueven bajo un campo magnético, o como ha de sonar el insomnio de un ciempiés— para encerrarse en la *suite* de un hotel con las vistas más amplias posibles, y buscar su alma en el agua que golpeaba en los cristales de las ventanas y corría y se arremolinaba en ellos, tronchado su impulso de ir más adelante y desplegado su espíritu en la lámina impenetrable del cristal. Eso me dijo.

—¿Nunca dio con un cristal que saltara hecho pedazos bajo la furia de los elementos? —le pregunté, haciendo hincapié en «la furia de los elementos» y ganándome con ello una mirada de desconfianza abandonada inmediatamente con un movimiento despreciativo de los hombros desnutridos, como si lo que menos le interesara en el

mundo fuera la apreciación de quienes lo escucharan.

—Cunde la equivocación de que llevamos incorporada el alma a nuestro cuerpo tangible, cuando lo que llevamos así es el ángel de la guarda, con cuya ayuda podemos intentar hacernos con el alma que busca su manifestación en el cristal lluvioso para que la identifique como propia el vagabundo que sepa buscarla, investigarla, dar y hacerse con ella.

Un trueno retumbó al otro lado del mar, y el hombre dio un respingo en esa dirección, como si quisiera ventear el chispazo.

—Eso ha sido muy cerca —comentó.

—Según se mire.

—Aquí llueve muy bien —dijo, al cabo de un largo rato prendido de una mirada inquieta y recelosa—. Y cuidan mucho ustedes la limpieza de las ventanas. Se ve llover muy bien sobre los cristales de este hotel. No me explico cómo está tan solitario, sobre todo en días tan de tormenta como este.

—¿Y qué se ve?

—Depende; sobre todo de lo que se haya visto antes en las nubes, o entre ellas. De lo que se haya visto y de lo que se haya acertado a interpretar de lo visto.

—No le comprendo.

—Las nubes dibujan imágenes en el cielo con líneas habitualmente engañosas.

—Habitualmente engañosas —repetí automáticamente, sin poder evitarlo, hechizado por lo mucho que me había gustado oír esas palabras.

—Para enviamos un doble mensaje junto con la debida confusión —añadió, sin variar el tono y con el mismo aire distraído, ausente y desdeñoso—. El mensaje de que todo se mueve y nada puede verse sujeto a confianza. Y también el de que debemos fijarnos en cuanto sucede a nuestro alrededor para retener pautas y normas entre lo que se mueve y desentrañar lo que sea que sugieran. Se trata de una doble lectura. Hay que leer el paisaje y las figuras dibujadas por las nubes en el cielo, descifrando desde dentro y desde fuera el a veces inconstante perfil de sus volúmenes. Luego, una vez

desatada la tormenta, hay que leer las escorrentías trazadas por la lluvia en el cristal, y esperar que sea esa la lluvia apropiada y ese el cristal adecuado y que el momento resulte ser el oportuno, el corto instante en el que el alma de cada cual se deja ver a quien corresponda, para que pueda prescindir del ángel que lo apoya y ceda este su lugar al espíritu apropiado. Es arduo, pero es así.

Guardó silencio y me dirigió una mirada tan helada, satisfecha y distante que no pude controlar el impulso de sorprenderlo.

—Imágenes sedicentes.

—¿Cómo dice? —preguntó, sobresaltado.

—Sedicentes. Las imágenes en las nubes, vistas como usted dice el alma y el ángel. Imágenes sedicentes.

—Usted… Usted sabe tal vez más de lo que parece. Aunque puede que no sea más que una intuición —añadió en un tono dubitativo y vacilante, como o si le costara encontrar o elegir las palabras.

—Y ¿entonces? —le pregunté al cabo de un rato, al ver que guardaba un largo silencio.

—¿Cómo que entonces? ¿Qué, entonces? ¿A qué viene eso?

—Me refiero a lo que pasa entonces.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? —Me miró de ese modo en que nos mira quien mantiene el oído atento a lo que pueda pasar en un lugar distante, y añadió—: Puede que nadie lo sepa. Puede que nadie lo haya logrado. Es probable que nadie entre quienes hayan conseguido identificar su alma, haya sido capaz de alcanzar el modo de unirse a ella. Porque eso es lo que no está claro. Ese es el origen de todas las polémicas y el pozo sin fondo de todos los debates. Una vez identificada o reconocida como propia el alma en las ondas del agua en el cristal, ¿cómo sujetarla de modo que el ángel pueda salir y el alma entrar, si es que se trata precisamente de eso, de un hueco que ocupar en vez de, por ejemplo, una superficie a la que adherirse, otra lámina en vez de un nicho?

—¿Cómo la de un espejo?

—¡No! —exclamó con vivas muestras de alarma y algo así como un velo de ceniza sobre la transparencia de sus mejillas—. Eso puede

ser lo peor. Un espejo lo confunde siempre todo. El mundo está lleno de ángeles que se vieron confundidos por un espejo y ahora vagan sin norte ni idea de su origen, perdidos al otro lado del mercurio, con toda la apariencia de fantasmas. Ahora piense usted un poco y dígame si hay algo que le pueda resultar más doloroso a un ángel que soportar una apariencia, cualquier apariencia, la que sea. Piense en un ángel perdido y atrapado en un espejo, y sorprendido por quien se asome a él. Piense en la angustia de ese ángel atosigado por las líneas de la imagen intrusa, por los filos de un reflejo. Yo lo primero que he hecho al entrar en mi habitación ha sido desmontar los espejos y ponerlos contra el suelo en el cuarto de baño. Esperaba no tener que decirlo ni incurrir en falta alguna, pero al haberlo mencionado usted…

La voz se le fue en un ahogo y me pareció que podía desmayarse en el momento menos pensado. Sus facciones, cada vez más transparentes, se aguzaron en la dirección marcada por un casi imperceptible aleteo de sus orejas de soplillo. Algo de razón había de haber en su sensibilidad, porque un trueno reventó a continuación sobre nuestras cabezas.

—He de atender a mi lluvia —dijo el hombre apresurándose hacia el ascensor, envuelto, según me dio la impresión, en un aura de lágrimas diminutas y resplandecientes.

Los huéspedes de los hoteles nunca los abandonan de noche (al igual que por la noche nadie sube ni baja por las escaleras), y resulta bastante normal que casi nunca los vea irse, porque se van de día. Puede que pase una y hasta un par de noches sin que sea yo consciente de que ya no están donde yo los imagino, es decir, en la habitación que alquilaron y en la que no es tan fácil imaginar lo que pueden estar o acabar haciendo. Por eso no vi marcharse al lector de la lluvia en el cristal ni al buscador de luces y su esposa, aunque a esta sí la vi de nuevo.

Volvió no mucho tiempo después, y una noche me la encontré en una animada charla con los artistas del astillero, tan animada que se fue con ellos a cenar, de donde volvieron medianamente borrachos, como si mi sino fuera que mis turnos de trabajo me

ofrecieran el acceso más normal a la clientela más viciosa y descascarillada.

No salió con ellos a fumar a medianoche, y cuando me cansé de mirar a través de los cristales buscándolos al otro lado del ventanal, entre la niebla espesa bajo los falsos plátanos, y me di la vuelta para emprender la noche de una vez por todas, me topé con ella allí, sentada al otro lado de mi mostrador y en el mismo sitio que ocuparan el buscador de luces y aquel hombre que buscaba su alma en la lluvia y los cristales. Tenía las manos entrelazadas bajo la barbilla y me miraba como si su intención fuera la de hacerme perder la compostura. Yo saqué del cajón un trapo que guardo para circunstancias como aquella, y limpié una zona del mostrador entre ambos. Ella retiró los codos y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarme.

—¿Va a esperarlos aquí? Me refiero a la gente con la que estaba hablando. ¿Quiere que le sirva algo mientras tanto, para matar el rato?

—Sí. No sé quien es esa gente con la que hablaba. Están muy preocupados con la identidad de un barco, Parece que fuman mucho, ya me entiende… A su edad quizá no debieran darle tanto. Y sí, puede servirme algo.

—¿*Whisky* con hielo y agua?

—Sí. Pero sin hielo. Es más, no me ponga más que el agua. Basta con eso. He bebido mucho vino en la cena. Pensándolo mejor, no voy a beber ni el agua. Aunque quizá luego le pida que me lleve una botella a la habitación. ¿Es cierto eso que cuentan del fantasma?

—¿Qué cuentan?

—Cosas confusas. Pianos que tocan solos. Hombres transparentes que regalan flores. Presencias desbaratadoras. Amenazas de posesión y dominio.

—¿Usted cree en ese tipo de cosas?

—No sé si creo. Pero sí creo que las siento. ¿Usted ha tenido alguna experiencia de ese tipo?

—No… Quiero decir que no me hago una idea del tipo de experiencia al que se refiere.

—Me refiero a la experiencia de sentirse poseído.

Yo negué con la cabeza.

—Yo sí. Algo me poseyó, algo se apoderó de mi la última noche que pasé aquí, cuando vine con mi marido, no hace tanto tiempo.

—Nunca hemos tenido quejas en ese sentido.

—Es comprensible. Me poseyó bien.

—¿De verdad que no quiere tomar algo?

—Voy a pensármelo. ¿Puede apagar alguna luz? Prefiero beber bajo luces tenues. Hacen más cálida la escena. Más pastosa. La convierten en un pastel al alcance de la mano. Y la boca se hace agua.

—Su marido trabajaba en el cine, ¿verdad?

—Sí —dijo, con voz vacilante y tono de desconfianza—. Y lo sigue haciendo. Él trabaja para quienes trabajan en el cine. Yo trabajo en el cine. Yo soy guionista. Hay diferencias.

Era una mujer que hacía tragar mucha saliva, de modo que apagué la lámpara del salón junto a la chimenea y dejé encendido el flexo del mostrador, una luz de señalización a un par de pasos de la intimidad. Ella decidió entonces que se tomaría el *whisky* que le había ofrecido, y movió el flexo para iluminar el área de servicio. La niebla se agitó ligeramente a nuestro alrededor, como si la señal recibida resultara insuficiente para emprender un movimiento algo más y mejor definido.

—Mi marido regresó aquella mañana hablando de ondulaciones y movimientos elementales de la luz, como si todas las ondas y los corpúsculos que la animan hubieran entrado en una especie de trance que los llevara de la depresión al frenesí, y la luz fuera tan pronto un vacío como una sucesión de cortinas o una petrificación de huecos, una mezcla de luces nuevas y gastadas, o una luz imposible, casi harta de sí misma, agotada de su recorrido. Como si no supiera si entraba e iluminaba o se iba dejando una tiniebla a su espalda.

—Su marido hablaba mucho de las luces que buscaba… Y de las que no buscaba.

Ella bebió un largo trago, sin dejar de mirarme.

—Sí. —Guardó silencio durante un rato. Bebió otro trago, con el que apuró su copa, me indicó con las cejas que le sirviera otra dosis, y habló de nuevo, atropelladamente y con la voz ronca—. Creyó olerlo en cuanto puso un pie en la habitación. Y le entró un terror pánico a enloquecer. Recordó haber oído decir a su padre que si alguien olía a un fantasma y no llegaba a verlo, podía volverse loco. Yo no vi a quien me poseía. Ni siquiera estaba tan segura de que no hubiera sido un sueño. Ahora que he oído lo que dicen sus amigos, podría suponer que me poseyó el fantasma.

—¿Sabe usted algo de este tipo de posesiones? Quiero decir si conoce algún otro caso de posesión… Parecido al que le digo.

Podría haber respondido que yo no era quién para saberlo, o que la pregunta me parecía impropia, o que la gente no habla de esas cosas en los vestíbulos de los hoteles, pero me limité a hundirme de hombros y a tragar saliva.

Ella ladeó la cabeza y frunció un poco el ceño, no como si intentara resolver un pensamiento más o menos disperso, sino como si atendiera a algo que le hubiera parecido oír y pretendiera identificar: el crujido de una viga, el gorgoteo de una cañería, el murmullo del polvo sobre las alfombras, la vibración de una copa en un anaquel oscuro. Esos son, al menos, los ruidos que oí yo cuando ella apuró su copa y se marchó en silencio hacia el ascensor y hacia su habitación en la cuarta planta: la 404, donde la madera se tensó bajo sus pasos, el agua corrió con sus abluciones, el polvo se agitó con su movimiento, y puede que se sirviera algo de alcohol antes de meterse en la cama. Yo la seguí unos minutos después, el tiempo que tardé en pisar por donde había pisado, y respirar por donde respiraba.

Supe por ella que su marido había vuelto aquella mañana transtornado, hablando de una luz irregular y amortiguada en algunos lugares y ocasiones, diciendo incoherencias y mirando constantemente a los lados y a su espalda como si sospechara el acoso de alguna presencia y temiera que algo o alguien se abalanzara sobre él.

—Las palmas de las manos, que siempre tuvo secas, casi ásperas,

le chorreaban. Me sacó a tirones de la cama, hicimos las maletas metiendo todo de cualquier manera, y nos marchamos como si huyéramos. Yo apenas lo miré porque temía verlo aterrado por mi culpa, y no podía dejar de pensar en que acababa de follar con un extraño (no se me ocurre otro modo de decirlo). Quiero decir que no podía quitarme de la cabeza la memoria de lo ocurrido por oscuro que fuera, ni de la piel el recuerdo, por inverosímil que parezca. Por eso he vuelto. Por eso estoy aquí.

Yo subía a su habitación cuando el hotel quedaba en silencio, aunque puede que fuera más exacto decir que cuando mi cabeza se quedaba en silencio o yo mismo me sumía en el mutismo por no saber qué decirme, en esos momentos en los que todo se alejaba de mi alcance, cuando todo se retiraba como si el mundo se replegara y la naturaleza se recogiera o se encastillara al otro lado de la creciente penumbra manteniéndome a la distancia que considerara segura. El pino y el eucaliptus que en la chimenea iniciaban, por ejemplo, su regreso a los bosques, a los vientos y los paisajes por los que se encaramaban nieblas y brumas. La luz de la hoguera comenzaba entonces su reducción a la ceniza de una arquitectura de líneas radiantes y volúmenes incandescentes que se hundía bajo su propio peso esparciendo salpicaduras de motas en combustión que flotaban un instante antes de desaparecer, mientras la vertiginosa ruina del fuego se oía atravesada por unos suspiros sibilantes, silbidos gemebundos, chasquidos acuosos entre llamaradas de colores eléctricos, verdes y azules transparentes, erizados de destellos consumidos en un chisporroteo.

La chimenea no calentaba mucho, y menos a mí, que tan lejos me encontraba de ella, pero eso no impedía un súbito contraste entre el calor recordado y el frío al que abría paso la merma del fuego. Un frío mustio que parecía instalarse en los brillos residuales que ocupaban no menos súbitamente los huecos y vacíos abandonados por todo cuanto huía de aquel escenario, incluido yo mismo, que emprendía el silencioso camino hacia la habitación 404, subiendo entre la niebla que ocupaba el ascensor y cegaba su espejo, la misma que veía cernida al otro lado del cristal de las ventanas, y

oía moverse entre los radiadores. La que me esperaba cálida, dulce, espesa, silenciosa y oscura entre sus piernas.

Ella también se fue una mañana, poco después de haberme sorprendido saliendo de la habitación de la pintora, aunque tampoco esta vez tardó en regresar, pues los artistas del astillero lograron convencerla de que les ayudara en la tarea de establecer la identidad del barco para cuya decoración contrataron a la pintora que llegó sin anunciarse una tarde de niebla particularmente refulgente; muy tarde, tan tarde como para que yo ya estuviera en mi puesto, a solas frente al salón iluminado por el fuego de la chimenea.

—Un buen fuego es lo que yo necesito —dijo a manera de saludo en cuanto dejó su equipaje en el suelo—. Un buen fuego y una copa, si es que en este hotel las sirven a una recién llegada.

Le dije que no tenía inconveniente en servirle lo que quisiera beber, pero que era mejor que llenáramos antes la ficha de registro, por si las moscas.

—Las moscas —dijo entonces, sin quitarme la vista de encima y como si se dispusiera a rememorar una antigua epopeya—. Viejas aliadas del diablo. ¿Este no será un lugar de muchas moscas?

—Nunca en esta época del año —dije yo mientras ella rellenaba la ficha—, aunque puede que sí en alguna de las habitaciones que no se han alquilado desde septiembre. Pero nunca en los pasillos —añadí en cuanto fui consciente de que mis palabras podían intranquilizarla[9] de un modo quizá irremediable a aquellas alturas de mi indiscreción.

—¿Cómo es eso?

—Las moscas que quedan encerradas entre cuatro paredes entran en sopor y, en vez de morir por el frío que acabaría con ellas de hallarse a la intemperie, despiertan por el calor de la calefacción, muy desconcertadas. Pero nunca llegan a la media docena y, en la mayoría de las ocasiones, inconscientes las unas de las otras. A veces chocan entre sí. En cualquier caso duran muy poco; devoradas por su propio frenesí. Dentro de lo poco que duran, en general, esos bichos.

—No lo crea. Algunas son eternas. Tienen los ojos rojos como

las polillas cuando se las sorprende al otro lado de la luz de una vela. Si se fijan en alguien y se obsesionan con él, pueden perseguirlo hasta los mismísimos infiernos. Y, cuando vuelven, apestan.

—Eso aquí no ha pasado nunca.

—Entonces me tomaré un oporto.

—¿Le interesan las moscas? —pregunté, mientras servía la copa.

—No, por Dios, las detesto. Una vez, en el desierto de Los Monegros, una nube de moscas, venida de nadie sabe dónde, oscureció la luz y me fastidio el trabajo.

—Usted también andaba buscando luz.

—No. Estaba buscando la raíz de una zarza que puedo incendiarse con el roce del viento si va cargado de alguna molécula de pedernal. Solo ocurre cuando las tormentas de arena son particularmente intensas y cargadas. La esquirla de pedernal llevada por el viento choca contra las ramas secas de la zarza, brota una chispa y la zarza se incendia, arde espontáneamente en medio del desierto. Moisés vio una de esas zarzas arder sin consumirse. Debió de ser un espectáculo, por no hablar de lo que vino luego.

—Entonces, usted no trabaja con la luz.

—No. Bueno, en realidad sí. Soy pintora —dijo, con la mirada puesta en la copa de oporto, de un extraño color crudo bajo la luz del flexo que iluminaba mi mostrador, tan distinta a la del fuego de la chimenea—. Pintora copista, nada de originalidades. Deme usted un original y le daré una copia exacta. Y cuando digo exacta quiero decir pintada sobre un lienzo de la misma época, tejido con el mismo material —es decir, sobre pedazos más o menos grandes de sudarios procedentes de tumbas de aquella época—, armado en un bastidor hecho con una madera similar, con el mismo tipo de encolado y las mismas colas de paloma. —Respiró profundamente y preguntó—: ¿Hay alguna otra pintora por aquí, sea de la clase que sea?

—No. Al menos, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

—Usted ha dicho «también». Creí que se refería a alguna otra pintora que hubiera venido antes. O que viviera por aquí. O ¿qué se yo?

—No. Me refería a la luz.

—Esa siempre llega antes.

—Y se va. O después.

La pintora bebió un largo trago.

—Con la luz nunca se sabe.

—Ni siquiera se sabe lo que queda de ella —dije yo, mirando por la ventana la niebla que se arremolinaba en la plaza como sábanas escurridas y colgadas de balcones y terrazas o como lienzos rezumantes perdidos entre el día y la noche.

—La luz depende de tantas cosas… —dijo ella, empujando la copa hacia mí para que se la llenara de nuevo—. De la luna, de las nubes, de la consistencia del agua en la niebla, de su reflejo en los charcos y en los cristales, de la ley de la gravedad sobre las ondas y los corpúsculos de la luz, del brillo de las escamas de sal abandonadas por el viento en las hojas de los árboles, si no se han derretido. De lo densa que se encuentre la ultratumba. A veces depende hasta de los fantasmas.

—¿Cómo va a depender la luz de los fantasmas?

—Al igual que los fantasmas de ella. Los fantasmas son grandes consumidores de luz. La necesitan para hacerse visibles, para darse a conocer. Siempre que se ve un fantasma hay una merma de luz. Claro que hay que estar muy atenta para observarlo. Porque no es fácil. Pero siempre que pasa un fantasma se puede ver como tiembla la luz a su alrededor. O casi siempre. Supongo.

—¿Ha venido usted para pintar fantasmas?

—No. Puede que usted conozca a Eliazar Bru y a sus amigos, esos que están intentando restaurar un barco.

—Claro que los conozco.

—Soy amiga de su mujer, me escribieron para pedir mi ayuda.

—¿Va usted a pintar el barco?

—No. Yo sé algo de maderas raras. Soy una experta en maderas raras y antiguas. Hay que saber de maderas raras y antiguas si se quiere dar con los bastidores y los marcos que hagan más auténtica la copia de un cuadro. Hay falsificadores que se delataron al tensar una falsificación magnífica, excelente, de Rembrandt, por ejemplo,

sobre un bastidor hecho con madera del XIX. Gente lista en artesanía y tonta en su trabajo hay en todos los lados. Bendita sea. Bueno, pues al parecer, y sin que yo sepa por ahora con quién han podido hablar estos tunantes, el caso es que quieren que restaure la caña del timón. Aunque también podría pintar fantasmas. De hecho es lo que hago cuando copio hacia el original.

—No entiendo.

—Al hablar de cuando copio hacia el original me refiero a mis falsificaciones. No pensará que como copista se gana una la vida decente y merecidamente. Cuando se falsifica, sí. Y la falsificación es eso, copiar hacia el original en busca de su fantasma. Todos los cuadros se encuentran bajo la custodia de una atención. En cuanto falta esa atención el cuadro escapa, huye, se da a la fuga. Eso es lo que pasa cuando se hace la noche y cierran los museos y las galerías y las salas que encierran los cuadros que habría que estar mirando continuamente. Pero no es así. Ningún cuadro tiene continuamente encima la mirada atenta de un espectador. Y ¿sabe usted lo que pasa cuando nadie mira un cuadro?

Yo hundí la cabeza entre los hombros.

—Que el cuadro desaparece… El lienzo se vacía… Se esfuma la pintura… Se hace fantasma. Un fantasma que no siempre atina a volver sobre sus pasos hasta el lienzo dónde se encontraba. Y, a veces, no vuelve. Por eso lo primero que se hace en un museo apenas hay luz del día, es revisar todas las salas para registrar las pinturas extraviadas —las que no hayan sabido regresar esa noche— y sustituirlas por las copias almacenadas en previsión de esa contingencia. Esa es la razón por la que ningún museo admitiría un examen de sus fondos por alguien que no fuera de ese museo o de su más estricta confianza. Por la cantidad de pinturas que resultarían ser copias más o menos evidentes. —Bebió un largo trago y añadió —: Las mías no lo son. Desconocen esa evidencia. Yo hago auténticas falsificaciones. Cuando voy a copiar una pintura, lo mismo busco madera de esa época en los anticuarios para el bastidor y el marco, que retales de los sudarios en los cementerios para el lienzo, y preparo las pinturas que utilizó el maestro según las viejas

fórmulas con pigmentos naturales. Así me pongo a trabajar frente al cuadro, del que en realidad no sé si se trata del original o de una copia procedente de las naves subterráneas del museo. Lo único que sé es que si trabajo cuando llueve o bajo una tormenta, hay veces en que el lienzo y la madera y los pigmentos… y yo misma, nos sentimos poseídos por el fantasma de esa pintura que regresa a ella y se instala en mi lienzo, en mi madera, en mis pigmentos. Me hace suya.

—Creo que voy a tomarme una copa —dije yo.

—Este oporto está muy rico.

—Yo bebo *whisky*.

—¿Solo bebe *whisky*?

—También bebo vino. Pero a estas horas, después de cenar, bebo *whisky*. ¿Usted no ha cenado?

—Casi nunca ceno —dijo ella; alzando lentamente los hombros y dejándolos caer—. Pero, a veces, bebo *whisky*. Aunque no haya cenado.

—¿Quiere que le sirva?

—Prefiero seguir con el oporto. No hay entre nosotros la confianza suficiente como para beber lo mismo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—No entiendo que reclamen los servicios de una pintora copista si lo que quieren es restaurar una caña de timón.

Ella me miró con un punto de sorna bajo las cejas, arqueadas mientras hablaba.

—Me encantan los hombres que no entienden y lo dicen. Un hombre ignorante y sincero es siempre excitante.

Yo tragué saliva y me serví una dosis. Ella hundió la mirada en su copa vacía, miró luego la botella de oporto y lo envolvió todo con un movimiento circular de la mano derecha.

—¿Puedo?

Entendí que quería saber si podía servirse, así que asentí con la cabeza.

—¿No podríamos seguir bebiendo en el salón? Esta postura de

beber encaramada a un taburete me está triturando el lomo. ¿No lo nota usted?

Abrí la boca por toda respuesta, tragué aire, la cerré e indiqué el salón moviendo pesadamente la cabeza desde la barbilla a la frente, por así decir. Ella siguió ese camino con la copa de porto en una mano y la botella en la otra —erguida casi altanera— y flexible, con un contoneo tan meditado como para que me diera tiempo a desnudarla de cintura para arriba, y de cintura para abajo después, antes de que se sentara en el sofá envuelta en el resplandor de la chimenea. La seguí sin que me quitara la vista de encima y me senté en la butaca en la que solía hacerlo Bru, corriéndola un poco para no estar tan lejos de donde se sentaba ella, de modo que quedé dando casi la espalda al fuego, y en un ángulo un tanto teatral que debí haber preparado o imaginado mejor.

—No sé mucho de barcos, pero a juzgar por lo que tienen más o menos documentado, es un barco extraño, poco habitual en estas aguas. Y la caña del timón es aún más rara, hecha con acacia de las marismas, utilizada haces siglos para construir las puertas de algunos templos. Hasta se dice que el Arca de la Alianza está hecha con madera de acacia. Ya le dije que sé todo lo que hay que saber sobre maderas antiguas desperdigadas por los museos, los anticuarios y los cementerios.

Así me contó, mientras se emborrachaba y como si no pretendiera otra cosa que mi fascinación, que el timón de los barcos no solo gobernaba su rumbo, sino también el de las cosas visibles e invisibles a su alrededor, y el de los contactos entre las aguas y el cielo. En el caso concreto del barco que restauraban se daba la curiosísima circunstancia de que la caña fuera de una madera como la de la acacia de las marismas, un árbol que hunde sus raíces en las aguas y crece hasta bien entrado en los cielos como una poderosa pasarela entre el fondo de lo más hondo y la cúspide de lo más alto, dando paso a lo que busque el modo de ir de lo uno a lo otro o de moverse, simplemente, entre ambos, convirtiéndose así en la travesía predilecta de cuantos se esfuerzan en la ida o la vuelta a un mundo u otro aprovechando la ventaja de unas aguas tan quietas como las de

las marismas y tan acogedoras y vagas como las de las brumas y nieblas. ¿Qué mejor sugerencia para el fantasma que desee abandonar sus aguas que recorrer la madera de un árbol semiacuático hasta asomarse entre nubes al mundo que abandonó y del que quizá no guarda una precisa memoria? O todo lo contrario, sea como sea.

—Y si además de querer mi consejo para lo que se haya de hacer con la caña, quieren mi destreza para pintar a un fantasma, yo no me negaré a esa entrega. ¿Sabes por qué? —me preguntó; recogiendo sus piernas larguísimas sobre el asiento del sofá, e indinándose ligeramente hacia mí mientras abría y cerraba los ojos como si quisiera barrerme las facciones con sus pestañas—. Porque un fantasma te folla el coco sin pedir nada a cambio… Se mete en ti como si fuera un aroma que te envuelve y acoge y acuna… Que se va y vuelve a ti cuando menos lo esperas para recordarte que lo llevas dentro y que debes conducirlo a donde él quiera ir. Un lugar que debes averiguar por tus propios medios, porque él no te lo dirá. Todo eso sin abrir la boca, sin despegar los labios, y tocándote tan solo para tu placer, feliz de intuir que lo sientes y que lo echarías de menos si no te envolviera de nuevo y te acogiera y te acunara… Hay fantasmas que vuelven por quien los amó y se quedan por quien los ama. Pero es inútil hablar del fantasma si no te ha follado ninguno.

Esto último lo dijo dormida y según rodaba su copa por la alfombra trazando en el pelaje un rosario de destellos. Sé que lo dijo dormida porque a continuación roncó, y yo me levanté lamentando haber oído roncar a una mujer tan escultural y tan hermosa y que se tendía tan bien en los solas. Así que volví con paso algo cansado a mi puesto en el mostrador de la recepción, desde donde vi la crepitante agonía del fuego en la chimenea, y el dominio de las sombras que vino luego, y la primera luz del día con la que ella abandonó el sofá y, casi sin tocar el suelo, atravesó aquel escenario, llamó al ascensor y se perdió en las alturas hacia su habitación a la que la seguí para entrar en ella cuando dormía de nuevo sin dejar de dar noticias de la caña del timón y del fantasma, aunque ya en un susurro.

Nunca supe si entre ellas, hablaron de lo ocurrido, aunque no creo que lo hicieran. La mujer del buscador de luz se envolvió en el mutismo de su dignidad o en la dignidad de su mutismo, y se fue para regresar pocos días después, cubierta por un atuendo mucho más esplendoroso, y ya no al hotel sino a la casa de Tasajara. Yo lo supe la noche en que el antiguo *sumotori* pasó por delante de mí sin dirigirme la palabra y, plantado en el centro de las sombras que se movían por el salón, azuladas en el reflejo de la niebla inmóvil al otro lado de los ventanales, se fue abriendo de piernas poco a poco para dejarse caer al suelo en el que reposó directamente sobre el cóccix, desde el que se alzó y puso en pie sin otro esfuerzo que el de cerrarse de piernas. Lo hizo como si fuera el alarde de un auténtico *yokozuna* ante las mujeres que siempre se agrupan para admirar a los más fuertes entre los *sumotoris*, pues gozan del prestigio de ser también los más ágiles y de polla más audaz. A continuación anduvo algunos pasos dando unas espesas y voluminosas zancadas con prolongados momentos de reposo entre los que dejaba caer alternativamente el peso del cuerpo sobre una y otra pierna. Sacó entonces del bolsillo unos puñados de sal con los que roció el terreno al avanzar hasta su amplio y poderoso sillón junto a la chimenea. Ahí se detuvo para trazar en el aire una cabriola antes de sentarse con toda la satisfacción de un bailarín al salir de una graciosa pirueta. Desde allí me miró con una amplia sonrisa en su rostro relajado y yo me acerqué a servirle la copa que de modo tan insólito acababa de ganarse.

Cuando giré sobre mis talones para volver a mi puesto casi me di de bruces con la mujer del buscador de luz; su mirada me atravesó como si yo no existiera y fue a posarse ilusionada en el caballero, buena parte de cuyo alborozo comprendí en ese mismo instante. Por razones que a mí se me escapaban y según unos medios de los que aún sabía menos, aquellos dos habían decidido estar juntos. Así que también le serví una copa a ella, acompañándola de una inclinación de cabeza a la que ella respondió con un cálido desdén, al tiempo que se levantaba para saludar a Bru y Gondar, recién llegados junto con la pintora.

Eran un equipo. O tal vez una secta a cuyo nacimiento y origen acababa de asistir haciendo ofrendas de alcohol más bien propias de un acólito. Y fue en la emoción animal desencadenada por la intensidad de aquel descubrimiento, o en la pugna por superarla, como caí en la conciencia de que ignoraba el nombre de aquellas dos mujeres en las que había entrado como la niebla en el paisaje, sin suponer que alguna podría separarse al igual que se separa y aleja la niebla del paisaje para tomar esa distancia cuya perspectiva y narración exigen siempre un nombre propio, un sustantivo apostado a la orilla de la corriente por la que va el relato, a la espera de que aparezca una presencia a la que adherirse y prestar identidad de modo que todos cuántos sigan esa navegación sepan de qué va el cuento, por qué y por quiénes va.

Aunque eso no quiera decir que el nombre esté siempre dispuesto a prestarse al personaje; puede ocurrir que desconfíe o que le invada una duda cualquiera en el último momento, o que este, el personaje, se extravíe avergonzado y en su huida resquebraje una ilusión. Hay ocasiones en que el fantasma rehúye lo que hubiera podido colmar su primera intención, y retira su pie del agua que ya estaba dispuesto a cruzar para ponerse al otro lado de su ser, y deja una huella de su inconstancia, quizá perenne en esa corriente en la que el poeta hubiera querido leer su epitafio como Shakespeare veía escritas las virtudes de los hombres, y Beaumont sus acciones, en general, más dignas, pero recoge el pie, no obstante, al recordar lo dicho por don Quijote a Sancho para avisarlo de las aguas que llevan consigo al mar el bien hecho a villanos[10].

Y no es ese el mayor de los recelos que acechan al fantasma.

Secta o equipo, el caso es que todos ellos, Tasajara, Bru, Gondar, la pintora y la mujer separada de quien buscaba la luz, comenzaron a ser vistos en grupo o banda patrullando la isla de uno a otro lado, o recorriendo su litoral hasta el punto de sugerir con semejante itinerario un surco que siguiera el contorno de la isla como el que surcaran en su celda de Cintra los pasos de aquel rey de Portugal o pretendiente portugués encerrado por pensar en lo que no debía.

Vuelven exhaustos de esos paseos que les ocupan, al parecer, todas las horas del día, y lo hacen impregnados de una niebla que huele a playa en los jirones que arrastran de los talones y que desaparecen cuando se sientan en semicírculo frente al fuego de la chimenea para comentar con un orden caprichoso lo que han hecho en el ritual de sus idas y venidas, sin darse cuenta de que yo los escucho y repito en mi cabeza lo que cuentan y lo veo como si los viera a vista de pájaro, como si el cuervo blanco que vive entre las espesas copas de los plátanos falsos de la Praza de Arriba, los siguiera, y ese cuervo fuera yo bajo los efectos de un bebedizo quizá, probablemente, enteógeno[11].

Así sé de lo que hacen más de lo que ellos imaginan saber, y mi imaginación de lo que buscan abarca, tal vez, hasta más allá de todo lo que pretenden. De no ser por tales medios, y siendo tan espesa la niebla que amparaba la isla, es improbable que hubiera llegado a verlos desde mi altura, entre las columnas de aire caliente que servían de apoyo a gavilanes, gaviotas, urracas albinas y halcones peregrinos ocupados en sus cosas o sumamente dispuestos a dejar bien claro el desdén que les inspiraba mi presencia en sus cercanías, o incapaces de dar crédito a un cuervo tan inédito cernido en sus alturas.

Así los veía sin saber con precisión lo que veía, y casi igual de impenetrable me resultaba el motivo que los impulsaba a pasar tan largos ratos en el punto donde Gondar había avistado el barco que restauraban y para el que necesitaban una identidad y una caña de acacia de las marismas. Puestas en ese orden sus necesidades, pensaban que el examen de aquel punto, de sus alrededores y de sus aguas podía arrojar algún indicio en cuanto a la travesía, punto de partida y matrícula del navío, como si todo aquello que remiraban encerrara significados que fueran capaces de descifrar.

Gondar insistía en que si bien estaba seguro de que el lugar era aquel, la música que entonces había oído alrededor del barco no sonaba de nuevo al acercarse al lugar o él no acertaba a escucharla, por más que acertar en eso les hubiera servido de bien poco pues ¿qué podría venir a decir la música improbable de un barco del que

nada se sabe? La mujer del buscador de luz intentaba convencerlo, entonces de que la música, en el supuesto de que sonara, era tan solo un primer paso o apoyo para la intuición de una ruta, la del barco surgido entre las nieblas de unas aguas en cuyo seno eran tantos los pecios que reposaban, restos de navíos de todas las procedencias, naufragados en su integridad o rotos por los impactos del combate o los golpes de los elementos, movidos por la guerra a la derrota o puestos por el comercio en el fracaso o la ruina, hundidos al cabo de un largo rato de servir de juguete a un destino incapaz de decidir con rapidez, o idos a pique súbitamente, sin que su carga tuviera tiempo a moverse ni se rompieran sus tinajas más frágiles. Griegos, fenicios, romanos, turcos, chinos, indonesios, incas cocainómanos, británicos fuertemente intoxicados, pueblos del mar perdidos… Barcos de cualquier nación con la riqueza suficiente para poner los ojos al otro lado de los mares, y con la ambición imprescindible para lanzar al azar a sus oficiales y a la muerte a sus marinos. Buques de pasaje famélico empujados por los crujidos de unos estómagos replegados y los golpes de los cuerpos desplomados por la inanición. Navíos que mucho antes de alcanzar a recostarse sobre el lecho de las aguas han vuelto de nuevo a la superficie para ya no saber a dónde dirigirse o regresar.

Y todo eso lo oía Gondar sentado con el culo hundido en la arena de la playa y las manos a los lados de la cabeza como si quisiera sujetarla por temor a que se le desprendiera llevada por la fuerza con la que la movía para decir que no, que nada de lo que le decía la mujer del buscador de luz le ponía más claridad en lo que fuera que fuese que esperaran que viera u oyera nítidamente en ayuda de la identidad y matrícula del barco que restauraban.

La pintora quitaba entonces su mirada del grupo y se movía con pasos perdidos por la playa, saludando con silenciosos movimientos de cabeza a los niños que construían castillos en la línea trazada por la marea entre la arena seca y la mojada. Los niños casi nunca le devolvían la muda salutación ni se percataban de su presencia, cosa de la que tampoco ella parecía consciente, pues el despiste de sus pasos no tardaba en conducirla a sortear los charcos de agua agitados

por unos pocos insectos —apenas una trinidad por mancha—, o de superficie lisa y tersa o tranquila con los reflejos en los que pinos y eucaliptus dibujaban sus copas y follajes como si fueran diseños para empapelar dormitorios de adolescentes o sirvieran de disimulo al mercurio de unos espejos puestos ahí para facilitar el paso de quien necesitara una última oportunidad de transición o paso.

Calzada con zapatillas de baile, los pies de la pintora dejaban una estela de curvas que iban a dar a la mar y se alejaban de ella, trazando los picos de unas ondas por las que iba y volvía con los fragmentos de loza que encontraba en la espuma de las aguas, entre sargazos, añicos de conchas, astillas, algas, plumas de aves marinas y otros restos agitados y flotantes de los que sacaban partido los niños para adornar con gallardetes y estandartes las torres de sus castillos e incluso fingir unos habitantes de atuendos algo chillones, que miraban al mar desde las balconadas. Lo primero que hacía al regresar a su habitación del hotel era lavar bien esos pedazos de loza, secarlos y envolverlos en papel de periódico para dejarlos en el fondo de una maleta. (Muchos años después, en el dormitorio de una casa tierra adentro, un nieto de la pintora o un sobrino impertinente, aburrido y curioso, abriría un baúl de herrajes oxidados y manchas innombrables en la tapa, y descubriría, entre los pliegues de unas sábanas de hilo y bajo la efímera agitación de un polvo de lavanda, cuidadosamente envueltas en papel de estraza y colocadas en el fondo del arca, una serie de piezas de loza que, una vez desempaquetadas y distribuidas sobre la cama, inspirarían una idea que a la mañana siguiente y con la ayuda de un pegamento casero, daría lugar a la reordenación de todas las piezas guardadas, puestas en la reconstrucción de una tinaja cuyo fondo, una vez disipada la impregnación de la cola, aún olería a mar y vino de Amandi).

Puede que la pintora se hubiera imaginado esa escena de haber tenido menos cosas en las que ocuparse. Buscaba pedazos de loza entre la espuma de mar, y ahuyentaba a manotazos las pulgas que brincaban enloquecidas y vanas alrededor de sus talones, para evitar la concentración de sus pensamientos en la nada despreciable cantidad de dinero que les iba a costar la restauración de la caña del

timón de aquel barco al que ya no le faltaba ningún otro detalle que una pieza de acacia de las marismas, y del que nadie era capaz de averiguar origen ni destino, ni siquiera quien lo había visto aparecer sobre las aguas de aquel punto de la costa. De aquel punto o de cualquier otro, pues al oír los gritos con los que la llamaban e incorporarse para atenderlos, creyó entender que había surgido alguna duda al respecto y debían encaminarse a algún otro punto del litoral, incluso a la otra punta de la isla, atravesándola con todas las precauciones para no perder la debida orientación.

Una orientación que, por otro lado, desconocían todos, y ninguno era capaz de intuir. Así de inopias, tardaban bien poco en derivar hacia el interior y encontrarse a los pies de la Peña Picuda, por ejemplo, donde las cosas se hacían más arduas porque Bru juraba ver una excrecencia de tierra blanca y húmeda como un sudario, más allá de la ermita color lluvia, sin que nadie acertara a ver lo que Bru decía.

Tasajara ponía entonces una mano en el hombro de la mujer del buscador de luz y le decía en un susurro que a él le pasaba algo parecido cuando abusaba de lo que sabía hacer para dormirse el cuello, y que también le ocurría algo así a veces, sobre todo cuando se sentaba junto a la entrada a la cueva de Cantodorxo y, recostada la cabeza en la piedra, se quedaba dormido.

—Efluvios de las miasmas, supongo —decía con un suspiro.

Ella lo miraba dulcemente y lo besaba antes de que se acercaran los demás, todavía con tiempo para preguntarle:

—¿Y qué veías así dormido?

—Me veía a mí mismo, acuclillado en el medio de un círculo de piedras, taladrando el mar oscuro con la mirada. Soñaba con que miraba al mar preguntándome qué veía en el mar ese hombre que era yo y al que veía tan absorto.

Ella le acariciaba el pelo, y parecía estar a punto de decirle algo cuando él hablaba de nuevo.

—Un día ese hombre que era yo se percató en su sueño de mi presencia, giró la cabeza y me miró. No era yo.

—Nadie sabe adonde lleva esa cinta de tierra que veo —oyeron

que gritaba Bru—. Por eso nadie quiere reconocer que está ahí.

—Si caminaras por ella —oyeron que le decía Gondar— te hundirías en el mar si antes no te desplomabas en el vacío. No hay istmo alguno. Esto es una isla.

—Una puta isla —repetía Bru moviendo un poco la cabeza de arriba abajo, con un destello de picardía en la mirada que echaba abajo todo el montaje de lo que decía ver y sugería, en su lugar, toda una tomadura de pelo difícil de interpretar para quien no fuera él, o sin interpretación alguna.

La niebla color lila que los había recibido al comienzo de la excursión comenzaba a apelmazarse horas después en un gris verdoso que fluía casi dulcemente, como llamado a ser el néctar peculiar de esa hora, entre el azul de ojos y el rojo de libro antiguo que lucían, inconstantes y traviesas, las hojas de los eucaliptos. Era la hora de volver, y lo hacían sin fijarse demasiado en que la misma niebla que les seguía los pasos, dejaba unas motas perladas en los matorrales y una pelusa gris en las orillas de los arroyuelos brillantes, como recién pulidos por el rastro de un fantasma.

Lo que quedara del día lo pasaban encerrados en el astillero, supongo que contemplando lo mucho que llevaban hecho, lo poco que les faltaba para coronar la tarea y lo escaso de sus recursos a la hora de conseguir la pieza de madera que les faltaba, si es que eran capaces de averiguar el lugar donde pudieran dar con ella.

A veces venían del astillero realmente iluminados y oportunos, como la noche en la que desfilaron por la puerta giratoria y entraron de uno en uno, en fila india, cuando yo desenrollaba el cartel con el que Xan Dasmareas anunciaba la visita de su circo a la isla en el curso de su gira por los mares de Arousa.

Era un hermoso afiche que mostraba en primer término un gigantesco elefante lanudo de colmillos graciosamente curvados y tan largos como para apoyarlos en el suelo de modo que un buen número de esquiadores y trineos se deslizaran por ellos, lanzados a tan airoso ejercicio desde las cúpulas de la enorme carpa erguida entre estandartes y banderolas al viento sobre el cráneo de la bestia fabulosa. El cielo se llenaba a su alrededor de fuegos artificiales

atravesados por trapecistas volando de un lado al otro del inaudito escenario flanqueado por ángeles que sostenían unas cuerdas plateadas por las que caminaba una infinidad de funámbulos sobre unos árboles plantados en la arena de la playa, entre un dilatado hormigueo de tigres, osos, escorpiones y vampiros. Cada uno de esos árboles mostraba en la copa una serpiente con una jaula colgada de los colmillos, y en la jaula un pájaro de recio pico y cola multicolor cuyo plumaje desbordado abandonaba su encierro entre barrotes y volaba a envolver la trompa del pasmoso paquidermo ondulada entre sus colmillos y con la punta fruncida para formar un cojín suntuoso en el que se sentaba desnuda, con toda la profusión de sus tatuajes al aire, la estrella contorsionista del espectáculo, la ecuyére braquipodista.

Todo dispuesto, desplegado y vibrante en aquel afiche universal como si lo que se veía fuera el delirio de un lunático hundido en sus bebedizos humeantes, en la espesa poción de su enteógeno.

La estrella contorsionista se alojó, naturalmente, en el hotel, y esperó bebiendo pequeños tragos de absenta a que llegara yo para pedirme que hiciera cuanto quedara a mi alcance para que las paredes de la habitación en la que iba a dormir se revistieran de espejos.

Aproveché aquellas hora tumultuosa en las que todos los alojados en un hotel quieren cenar, beber o pagar sus facturas, y conseguí que un meritorio necesitado de propina llevara a su habitación los espejos corridos de un olvidado salón de bautizos y comuniones, que la transformaron en una especie de vestidor palaciego o de una casa muy grande, en donde todo infundía sus dudas.

—Quiero dormir sin dejar de ver lo que tengo a mis espaldas o se me ponga detrás —me dijo una vez solos en aquella habitación, con todo su equipaje a nuestros pies.

—Creo que puedo conseguir otro par de espejos igual de grandes que estos para cubrir con ellos el suelo.

—No —dijo mirándome a los ojos y sin pestañear. Sé de gente que ha roto un espejo al pisarlo con descuido, y que ha desaparecido

por una de las fisuras abiertas entre los fragmentos. Romper un espejo en la pared trae siete años de desgracia pero romperlo en el suelo es abrir un abismo de grietas que te puede tragar. Que te traga, en realidad.

Pero esa es otra historia.

Tuve que enrollar el afiche para girarlo con desenvoltura sobre el mostrador y desenrollarlo otra vez de modo que pudieran verlo los artistas del astillero, bastante excitados ante todo aquel mundo de volatinerías, imposibilidades y piruetas, cuyo testimonio me quitaron de las manos para llevarlo por los aires sobre sus cabezas, como una banderola, al extremo del salón en el que se sentaban junto a la chimenea. Lo doblaron luego un poco por su borde superior y, así, pudieron colgarlo del respaldo de una silla y contemplarlo mientras se quitaban los unos a los otros las palabras de la boca para comentar el arte pasmoso que el cartel les ofrecía.

O ese entusiasmo es el que yo les supuse, sin coincidir exactamente con sus motivos, de los que me hice cargo cuando, resueltas por mi parte otras cuestiones más acuciantes, les devolví mi atención en el momento en que comenzaban a discutir las presiones que pensaban ejercer sobre Xan Dasmareas.

El circo de Dasmareas recorría incansable los siete mares sin detenerse más de una semana en los puertos donde desplegaba las maravillas del mayor espectáculo del mundo, con sus terroríficas fieras, sus pasmosos braquipodistas, sus estupendas ecuyéres, sus magos fascinantes, sus ágiles trapecistas y, lo que más boquiabiertos dejaba a los espectadores de toda edad, cultura y condición, la exhibición de todo el aparataje moviéndose en la cúpula del pabellón sin que nadie brincara de un aparato a otro, de uno a otro trapecio. Si otros pugnaban por exhibir el movimiento continuo, Dasmareas dominaba el movimiento a solas, y esto lo convertía en un empresario circense de fama y categoría mundiales, capaz de pedir y obtener aquiescencia, de insinuar una pregunta y obtener de inmediato una respuesta, es decir, de localizar una mercancía tan exótica y escasa como la acacia de las marismas en su mercado más barato, y de adquirirla a ese precio para ponerla donde le indicaran

quienes lo instruyeran a ese respecto y al de las consecuencias que se derivarían del incumplimiento de esas instrucciones. Gente verdaderamente dispuesta a superar lo que fuera que los separara del delito. Eso es lo que les oí maquinar.

—Sabe que lo sabemos todo. Y si no lo sabe, hora es ya de que se entere y lo sepa. Es muy fácil ir por la vida de rositas y como si se estuviera seguro de que jamás llegará el día en que alguien te ponga las peras al cuarto.

Xan Dasmareas llevaba años explotando el truco de las palancas minúsculas y los polispastos en miniatura que, según Tasajara, le permitía mover los trapecios de las alturas como si entre ellos saltaran trapecistas invisibles. —O pones el leño de la acacia en nuestras manos o nosotros ponemos en conocimiento del mundo lo que sabemos de tus trucos, Xan Dasmareas—. Aquellos conjurados estaban seguros de que el secreto de semejante artefacto le sería tan precioso como para responder al chantaje que pondría en sus manos el ansiado leño, tronco o tablón que necesitaban para construir la caña con la que el barco restaurado quedaría a punto y en disposición de navegar. No querían otra cosa que la localización y el traslado de la pieza, pues aunque Dasmareas la pagara allí donde diera con ella, ellos le devolverían ese dinero por mucho que fuera, gracias a la recaudación que lograran con un concierto a cargo de la mujer de Gondar bajo la carpa de un circo tan famoso y ante las aguas de una ensenada tan mansa y bella como la de Cantodorxo.

No puedo asegurar la exactitud de lo que les oí decir, porque mientras los escuchaba, el viento se abría paso entre la niebla apelmazada a lo largo de la noche, deshaciéndola en grumos, hilachas y jirones a fuerza de silbidos y lamentos enredados con los latigazos del agua de la fuente al salpicar el escenario de la plaza, y ellos hablaban a contrapelo de los chasquidos del fuego cuyas llamaradas azulencas animaban de repente las facciones de los conjurados o las detenían en gestos y actitudes teatrales y anacrónicos que las sombras absorbían en cuanto la hoguera volvía a sus llamas rutinarias.

El viento se crecía en vendaval y aullaba al otro lado de las

ventanas cuyos cristales retemblaban como si quisieran volverse locos bajo los arañazos de la tierra que removía y lanzaba al aire la vibración de las raíces y los troncos de los falsos plátanos de la plaza, zarandeados por la inclemencia atmosférica, aunque no tanto como aquella noche en la que el vendaval lo desguazó todo de tal modo que llovieron salamandras, los espejos se cuartearon y la escalera del hotel huyó casi de su caja.

Tampoco puedo decir que el desorden de los elementos los afectara tanto como me desconcertaba a mí, que empecé a notar un olor intenso y húmedo al que siguió un temblor de la luz o algo así, o quizá fue el aire del salón, que adquirió el aspecto de una acumulación de tafetanes, de velos y visillos, un espesor no tan fácil de atravesar, y la luz, cansada, comenzó a llegar a su destino en el reducto aquel manchada, exhausta bajo el peso de todas las impurezas de los medios que había atravesado hasta alcanzar un puerto escasamente previsto en el que, turbia y confusa, se veía incapaz de reconocerse y, mucho menos, de alumbrar con nitidez a quienes, sentados frente a la chimenea, afilaban sus destrezas para la conspiración.

El olor era a musgo, y acompañaba a la niebla que, disuelta en el exterior, fluía al interior del hotel por debajo de las puertas y otros resquicios como si lo que se movía fuera pudiera hacerlo dentro sin alterar a quienes apuntaban los últimos detalles del plan con el que pensaban coronar la hazaña de devolver al barco su integridad y arrogancia para ponerlo de nuevo a flote. Quizá por eso no dieron muestra de oler algo raro ni que mereciera la más mínima mención. Puede que estuvieran acostumbrados a aquel aire tiznado de incienso, impregnado de musgo, tan hechos a su sabor como para no darse cuenta de lo casi inmediatamente que llevaron lo que hablaban a su conclusión, sin atender a la húmeda densidad del aire que los rodeaba ni a la desigual calidad de la luz que los envolvía y recortaba sus siluetas contra los espasmos del fuego en la chimenea, o las difuminaba en la penumbra que también recorría a su capricho el salón que atravesaron en silenciosa fila india para entrar en los destellos de la puerta giratoria y perderse entre la agitación y el

estruendo al otro lado de los ventanales.

El fuego de la chimenea se mantuvo en agitadas ristras a lo largo de los leños, como los dientes que brillan en las quijadas del cocodrilo hasta que las cierra con o sin presa poco antes de que se hunda el monstruo en el abismo, o de que el peso de la leña incólume venza la resistencia de la leña quemada y se venga abajo entre chispas que son como las burbujas agitadas en la oscuridad que entonces se apodera de la boca de la chimenea. Antes de que eso pasara se hizo un frío intenso que me hizo sentir como si pisara con los pies desnudos sobre losas heladas. El fuego de la chimenea palideció y la luz volvió a temblar en una sombría inflamación o ampolla de aire que se movió sobre la niebla y el polvo entre el destello de la puerta giratoria y la luz que agonizaba en el hogar.

Había habido alguna noche en la que la luz ahogada de los últimos rescoldos del fuego de la chimenea alumbró la aparición de un huésped inesperado cuyos pasos irrumpían con la más suave insistencia en mi sueño hasta avisarme plenamente de una presencia delgada y color hueso que, mirada con los ojos apenas abiertos y medio hundidos en el brazo doblado sobre el mostrador, revelaba el paso de un hombre envuelto en un albornoz raído que se movía en las tinieblas del salón cambiando el espesor de su constitución de un punto a otro, como si en uno ganara la densidad de la que carecía en el otro, y se hiciera más tangible, si es que se puede hablar así de lo que cuento.

Pero no fue así la noche de la que hablo, en la que no vi propiamente un fantasma; solo llegué a sentir, aunque del modo más vivo, que podía estar a punto de ver uno, o de dejarme arrebatar por la alucinación o el grito de un fantasma con tanto anhelo de darse a conocer como yo aprensión de que lo hiciera, sin darme cuenta de que la sensación que me acosaba era la combustión de esa ansia tan presente y esquiva, tan errante y sujeta, tan simétrica, en su atadura, con el impulso que me ponía en la danza del fantasma.

Que no estaba por mí, que no era yo lo que pretendía, lo supe luego, cuando la puerta giró otra vez y dio paso a la pintora que cruzó por delante del salón sin dirigirme la mirada —o

atravesándome con ella, aunque sin verme— y avanzó hacia el ascensor moviéndose como si lo hiciera desnuda, andando como si fuera descalza sobre el tambor de la tierra. Y fuera lo que fuese aquella inflamación del aire, siguió los pasos de la recién llegada como hubiera seguido los de Nimué la burbuja de aire en la que encerró aquella maga a Merlín.

Yo no pude hacer lo mismo, pues mis pasos se extraviaron a partir del momento en el que abrí de nuevo los ojos y vi que la presencia —o lo que fuera que se movía en el tejido del aire— se había perdido tras ella. Y ya no hubo nada igual.

Cuando quise ir tras ella me fue imposible hacerlo. Quien la siguió antes que yo lo cambió todo. El ascensor entró en actividad y se puso fuera de mi alcance en cuanto me acerqué al aparato. Un tramo de la escalera me bastó para saber que los rellanos, perdida su geometría, no resolvían sus giros como lo habían hecho hasta entonces, y que el movimiento que siempre me había llevado en una dirección, ahora me llevaba en otra de la que ni siquiera estaba seguro de que fuese la contraria. Miré por las ventanas y vi que no daban a la Praza de Arriba ni a los jardines del Rey Meco sino al interior de otros hoteles; llevados por una voluntad que nada tenía que ver conmigo, mis pasos me colocaron en el centro de un modelo panóptico —por así decir— de hoteles consecutivos desde el que irradiaban habitaciones llenas de huéspedes dormidos, cocinas en las que borboteaban las marmitas, camareros atareados alrededor de las mesas de los comedores y camareras que empujaban por los pasillos los carritos con las mudas: sábanas, almohadas, cabezales, toallas, jabones y champú: caravanas de ropa envuelta en humo y en vapor.

El miedo que me causó la visión de aquel panorama tan cotidiano y multiplicado se atenuó con los chirridos de los muelles y cadenas del ascensor que descendía. La luz del aparato a mi espalda crujió al encenderse y me ofreció lo que antes alguien había alejado de mi alcance. Ese fue, en mitad de mi alterada confusión, el señuelo por el que caí en la trampa. Entré en el ascensor y pulsé el botón de la planta donde dormía la pintora, pero la cabina se hundió llevándome a lo más hondo del hotel. Cuando se detuvo y se

abrieron sus puertas, el rellano al que esperaba acceder se había convertido en una bóveda de luz pastosa y goteante, y el pasillo, en un túnel con un círculo de claridad a lo lejos y al fondo de unas paredes perladas y picudas, de las que brotaban entre destellos cobrizos los desagües chorreando sobre unos charcos helados cuyos reflejos parecían las claraboyas de unas regiones aún más subterráneas y clandestinas, pobladas de niebla helada en la que se entreveraban los rasgos alabeados de unos rostros detenidos en mitad de su fuga más improbable, algo así como las caras que a veces traza el viento en la ceniza o el agua en la arena de la playa, y en las que uno se fija cuando hunde la mirada en las losas alrededor de la taza del retrete[12].

Avancé por aquel pasadizo porque supe que de no hacerlo, me vería resuelto en un ovillo arrastrado por cualquier corriente de agua o aire, prendido en la boca de cualquier desagüe, desgarrado por los picos de las paredes del tubo, presa de las cucarachas y las ratas que reinan en los sótanos más subterráneos de los hoteles, o de los animales sin duda más grandes cuyos bultos o cadáveres no dejé de pisar en mi avance hacia el círculo de claridad del que en ningún momento aparté los ojos para no infundir con la mirada sospechas en quienes, mudos e inmóviles, contemplaron mi paso hasta la oscura rampa que me llevó a irrumpir en la bolsa de aire iluminado que era la boca de la cloaca desde la que distinguí la afilada silueta del astillero detrás del espesor de la casa de los jubilados y por encima de las casas achaparradas sobre sus soportales de la Praza de Arriba, entre las que habría de encontrarse mi lugar.

Descansé allí un largo rato, mientras la brisa limpiaba mis pulmones de las miasmas del subsuelo solo por comparación, pues la atmósfera a la orilla del vertedero no dejaba de ser la de un efluvio un poco más ligero, algo menos emponzoñado, tal vez. Di luego unos pasos cuidadosos y medidos, pues el terreno era incierto y podía desmoronarse, e hice todo lo que pude por olvidarme del olor a cerrado, a charco y telaraña, para recuperar la compostura y el compás de la respiración, mientras contaba los latidos de mi corazón y dejaba que mi mirada recorriera el perfil circunflejo y flamenco de

la isla, con los primeros puntos de luz del día y las primeras columnas de humo de los hogares, mecidas con el viento que comenzaba a levantarse como a instancias del petardeo del *ferry* a punto de irse o de llegar, un viejo *liner* de la compañía *Tambo Liners in the She River*, en cuyo embarcadero se alzaba la figura solitaria de un hombre pintado en la luz grumosa del amanecer gracias al blanco helado de su trinchera ceñida a la cintura como si quisiera quebrarlo.

Entendí el aleteo de los largos faldones de aquella gabardina báltica como la señal para volver a mi lugar, aunque lo hiciera seguido por las miradas de las criaturas que viven en las fronteras acuáticas del mundo y por la noche espían el reposo y los sueños de los seres cuyas crónicas se cuentan entre sí a lo largo y bajo la luz del día. Y en el mismo momento en que emprendí ese regreso se apoderó de mí el temor de que nadie en el hotel me reconociera al volver, el miedo a que se hubieran olvidado de mí o a que mi presencia les molestara de algún modo, sensaciones a las que unos pasos después se añadió la imagen de mí mismo al entrar en el hotel y dar con alguien como yo o muy parecido a mí, casi igual, apostado al otro lado del mostrador de recepción para decirme que lo ignora todo de la reserva que debería haberme precedido, pero que eso no importa ni es de su incumbencia ya que él no es el encargado propiamente dicho de la recepción sino tan solo el portero de noche, y que la persona capaz de responder, sacarme de dudas y resolver mi situación está a punto de llegar, pues falta muy poco para la entrada de su turno, y que la puedo esperar en el salón frente a la recepción, en ese espacio o ampolla donde no se ve nada, dominada como está por una espesa tiniebla que apesta a la brea de los astilleros.

Nada fue así. Detrás del mostrador de recepción no había nadie que no fuera yo, dormido y sobresaltado por los pasos de quien me sacó del sueño. El salón tampoco apestaba a la brea para calafatear los barcos ni se veía envuelto en una espesa tiniebla por más que faltara bien poco para el amanecer, tan poco que, tras estirarme y desentumecer el cuerpo, subí a la habitación de la pintora. Estaba vacía pero confortable, así que me dejé caer en la cama deshecha. Recostado y dando la espalda a la ventana me arropé con lo que pillé

de manta y colcha, y me dormí porque estaba amaneciendo y se acababa la noche…

Podría haberme preguntado por el paradero de la pintora antes de dormirme, pero no lo hice hasta que al despertarme, vi que era otra vez de noche y ella no había aparecido por su cama.

La habitación tenía ese aspecto hueco, liso, insípido y marchito que tienen todas las de un hotel, ocupadas o vacías, en cuanto pasa un tiempo sin que nadie las mire. Si se escuchaba con atención y un oído afilado, se oía el sonido dilatado y apacible del polvo al moverse y caer. Y eso era todo. Ni el espejo frente a la cama ni el del cuarto de baño infundían la menor sospecha. Hasta la luz de las bombillas mostraba el tono macilento que las deslustra cuando se encienden en una habitación abandonada, en un reducto tan solitario y solo que del exterior hubiera agradecido hasta el vaho.

El exterior era, en efecto, otra cosa. La mansa agitación del polvo en sus tenues migraciones daba paso a una atmósfera más bien conmocionada en la que el hotel retemblaba con unas sacudidas menos evidentes en el pasillo que en la escalera, donde el estremecimiento de las cosas crecía hasta alcanzar la plenitud de su causa en el salón en el que Gondar y la inglesa, Bru y la cantante, la pintora, la mujer del buscador de luz y una tercera mujer, menuda, con los ojos rasgados y las facciones demasiado pegadas a la cara, aunque hermosa y con un aire dulzón, jaleaban con voces y palmas a Tasajara y a un segundo *yokozuna* tan grueso, corpulento y compacto como él —y no menos japonés—.

Giraban el uno alrededor del otro sin dejar de mirarse de hito en hito, y alzaban acompasadamente una pierna para cargar el peso de sus cuerpos sobre la otra y mantener ese equilibrio antes de descargar aquella en el suelo y provocar así unas ondas que hacían trepidar al edificio al compás de unas pisadas masivas y retumbantes. Iban ambos semidesnudos, con los huevos recogidos en la bolsa de un pañuelo anudado en lo alto de la rabadilla, y unos puñados de sal en las manos, apelmazada entre las palmas y luego pulverizada y lanzada al aire por los flancos de cada cual, como si la sembraran, sin dejar de levantar una pierna para descargarla con todo el firme

aplomo de casi doscientos kilos, antes de repetir el ritual con la otra, moviéndose continuamente el uno alrededor del otro como la pareja sujeta a la melodía de la caja de música sobre cuya tapa gira y dibuja lo que muchos aftas después será la memoria de un recuerdo recuperada en un desván entre capas de polvo y sábanas de telaraña.

El público acompañaba con palmas el ritmo de un enfrentamiento que más que lucha era cortejo, y animaba con gritos entrecortados y jaleos guturales a los titanes hechizados en la liturgia de hacerse ver el uno al otro las posibilidades de un espectáculo en el que la elegancia del combate tenía que ver, por encima de todo, con la brevedad vertiginosa del impacto que sacara a uno o a otro del círculo limitado por una cinta de algodón, ancha y blanca, puesta en el suelo ciñendo sus pasos. Aunque a veces se olvidaban de tanta parsimonia y uno de ellos, o ambos, sin que pareciera venir a cuento, agitaba locamente los brazos sobre la cabeza y pataleaba como si no hubiera otra cosa en el mundo en laque concentrarse. Una especie de exabrupto aleteante y al galope sobre el propio terreno, del que se recomponían sin la menor pérdida de tiempo, para reemprender el suave y parsimonioso movimiento de sus circunvalaciones, tan brevemente alterado.

Incapaz de dar crédito a lo que estaba pasando, me dejé caer de culo en el último escalón de mi trayecto, y apoyé los codos en las rodillas para sujetar la cabeza entre las manos y poner la cara de circunstancias que debía corresponder a tan confusa manera de iniciar mi turno de trabajo.

Bru se dio cuenta de lo que me ocurría, y se sentó junto a mí, al pie de la escalera.

—El día comenzó muy mal —me dijo, tras mirarme en silencio un largo rato—. Cuando entramos esta mañana al astillero nos encontramos con el mascarón de proa en el suelo. Lo habíamos encajado perfectamente en lo alto de la proa, sin ningún problema. Pero, ahí lo teníamos unas horas después, al cabo de la noche, desmontado limpiamente y puesto en el suelo junto a la quilla con todo el cuidado del mundo. Sin un desconchón, ni un golpe ni desperfecto alguno.

Lo miré sin saber qué decir.

—Era un aviso —añadió a la vista de mi inopia.

—¿Del fantasma?

—¡De la vida misma! —me respondió—. Aunque también del fantasma.

Lo miré del mismo modo pero esta vez sin abrir la boca.

—Nos quedamos desconcertados e inquietos. Sin saber ni siquiera qué decimos o como consolarnos, y conscientes de que en un momento u otro podíamos ser presa de un ataque de nervios.

—O de varios —dije yo entonces, incapaz de contenerme.

—Eso —asintió Bru, moviendo adecuadamente la cabeza—. Pero no fue así. El astillero se oscureció de repente, y todos pensamos que era una nube que se nos echaba encima.

Pero no era una nube. Era Bieito Sumocha que estaba en la puerta y no dejaba entrar la luz.

—¿Bieito qué?

—Bieito Sumocha, hombre. Claro que puede que no lo recuerdes. A lo mejor ni siquiera estabas entonces por aquí, cuando lucharon. Y él se llamaba de otro modo.

Yo apreté las labios tirando hacia arriba del inferior.

—Antes se llamaba Operki Magarinoshi, quiero decir en la época en la que combatió con Tasajara y le ganó. Es el hijo de la ferretera de la Terra Cha que se lio con el japonés que se perdió en Cabo Verde; A raíz de aquel combate famoso decidió llamarse de otro modo. Pensó que Operki era nombre de supermercado, y Magarinoshi tenía algo de artista de un mundo flotante, inapropiado para alguien tan posado en la realidad como un luchador de sumo nacido, además, en la Terra Cha. De ahí Sumocha. En cuanto a Bieito, es por el santo. Sé todo esto porque nos lo contó cuando nos dijo que quería ver a Tasajara.

El mencionado intercambiaba en aquel momento unas palmadas en los hombros con el forastero.

—¿Y para qué quería verlo?

—Para hablarle del proyecto que se le había ocurrido; organizar una gira de combates para dar a conocer el grave problema de

comunicación que se padece en la isla. Nosotros vimos el cielo abierto. Bueno, el caso es que fue Tasajara quien lo vio, aunque de un modo más amplio.

—No entiendo.

—Te lo explico. Tasajara vio enseguida la resonancia de un espectáculo de lucha de sumo a la hora no solo de llamar la atención sobre la isla, que ya es mucho, sino también para cuando llegue la ocasión de negociar con Dasmareas. Que no piense el circense que no tenemos un espectáculo que ofrecer, o que lo único que sabemos hacer es andar tras sus favores, porque no se trata de eso. Tenemos un espectáculo —anunció puesto en pie y un poco enardecido o quizá tan solo entusiasmado— y queremos negociar de *show man* a *show man*, de *show business* a *show business*. Él nos trae el tronco de acacia y nosotros añadimos a su repertorio algo tan excéntrico como un combate de sumo en estas tierras. Con eso le pagaríamos los gastos de transporte. Luego él nos deja la carpa y nosotros montamos un concierto de *jazz* con una cantante de fama internacional. Y con eso pagamos lo que haya costado el tronco, que no será poco. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo mundial.

—Es lo que es. Ya te digo.

Guardamos silencio un rato, hasta que volví a fijarme en la criatura sobre la que lo ignoraba todo.

—¿La bajita y menuda, de rasgos medio orientales, quién es?

—¡Ah, esa es la tailandesa! Es la mujer de Bieito Sumocha, su manager y director técnico, aunque no podría serlo si vivieran en Japón, por ejemplo, donde una mujer no es nada. Por eso están aquí.

—Parece una mujer interesante.

—Es médium. Bueno, lo era, y muy fina. Ahora no ejerce porque desde que vive aquí se encuentra bloqueada. Pero, al parecer, como masajista y fisioterapeuta es una auténtica maravilla.

—No me cabe la menor duda —dije yo, intentando parecer cosmopolita—. A tu mujer y a la inglesa hacía tiempo que no las veía.

—Oh, sí, bueno, el caso es que la envergadura alcanzada por

nuestros planes nos ha llevado a decidir que deben estar presentes a la hora de resolver algunas cuestiones. Si hay concierto, será mi mujer la que cante, y eso le da cierta voz en nuestros planes. En cuanto a la inglesa, hay que tener en cuenta que a pesar de la bondad de los proyectos y lo riguroso de nuestra disciplina, los gastos se nos puede hacer exorbitantes… De ser así, habría que pedirle dinero.

—No creo que lo tenga.

—Yo tampoco. Pero, en fin, a poco que nos salgan bien las cosas, ¿te imaginas lo que puede dar de sí todo esto?

—Ya lo creo.

—En cualquier caso, y por ahora, se entretiene tejiendo. A veces teje como una posesa. Yo no la miro. Me desconcierta el ruido de sus agujas al chocar y deslizarse una sobre otra.

Tasajara estaba en lo cierto. El lema Tasajara vs Sumocha se convirtió en el cartel de moda y en una suerte de banderín de enganche al que acudieron todos los que recordaban aquel primer combate histórico resuelto a favor de Sumocha, junto con los dispuestos a dejarse arrastrar por la novísima pasión de asistir al sutil y vertiginoso enfrentamiento de dos luchadores preparados para una competencia masiva tirando el uno del otro, empujándose, zarandeándose, embistiéndose, agitándose como si fueran las columnas de Hércules puestas en danza o los pilares de la tierra sometida a un terremoto. Lo *pasión nipona*, aseguró una emisora local.

Usted no ha visto una lucha semejante, decían los anuncios de la campaña con la que se promocionó el espectáculo, para, a continuación, tras un silencio dramáticamente sonoro, añadir: *Nadie la ha visto. No luchan los hombres. Luchan los mundos. Luchan los dioses*. Y nadie parecía dispuesto a quedarse sin verla. El Gran Hotel ofreció su explanada, y una salazonera puso a disposición de los artistas del astillero una carpa encontrada en la bodega de uno de sus galeones, con el emblema de ron Bacardi rampante en sus estandartes, hasta que fue sustituido por las banderas de oración budistas que proporcionó un anticuario de Amberes que veraneaba con la familia en Pedras Negras y pasaba las Navidades a solas,

meditando, en Los Aneares. Oír ondear esas banderas dejaba la mente en blanco.

El *ferry* de toda la vida vio muy pronto superada su capacidad de acción, y hubo que habilitar paquebotes, galeones y dornas al tiempo que en La Lanzada se disponían pistas de despegue y aterrizaje para avionetas y zonas para que los helicópteros pudieran tomar tierra. Los hoteles de la isla, y aun los de las otras orillas de esos mares, asumieron gustosos aquellos cuantiosos gastos al ver que las habitaciones reservadas se multiplicaban en cuanto se supo que el puente que se aproximaba, de Jueves a Lunes, contaría con un combate por la mañana y otro por la tarde durante todos los días de la vacación. Y aquellos periodistas que un día ya lejano vieron rechazados sus esfuerzos por informar sobre las actividades de unos artistas capaces de restaurar un mascarón de proa cuya antigüedad atestiguaba una bellísima ondina de madera policromada, vieron ahora colmados sus anhelos y firmados los contratos por los que las luchas y los acontecimientos que las rodearan podrían televisarse para ser vistos del uno al otro confín.

Esos acontecimientos no se multiplicaron, pero sí supieron dar con el número y el ritmo de fascinaciones suficiente como para que quienes se cansaran de ver un combate por la mañana y otro por la tarde, pudieran *diversificar su ocio Indico* con un programa sin igual de actividades.

La jornada podía comenzar con el avistamiento de los bar eos que volvían de la mar o, un poco después, con el espectáculo que se dio en llamar *la doma de los pulpos* y que no era otra cosa que una paliza, la sucesión —hecha espectáculo— de golpes, imprescindible para que la carne del cefalópodo se preste a su mejor cocción. Un pescador se hacía con el animal y lo *mazaba* contra las piedras del puerto hasta ablandarle el carácter, mientras otro cantaba medio desnudo las dotes del bicho, hermano de la araña y la espiral. A continuación se servían mejillones cocidos y unas dosis de buen vino mientras los conductores de los autobuses con destino a Cantodorxo desayunaban sardinas fritas y vino de Mencía.

La excursión a Cantodorxo incluía un recorrido por el interior

de la caverna, seca y poco acogedora, en cuyas profundidades resonaba de vez en cuando el estertor de la fiera, y una visita al hábitat de la salamandra, *emblema de la cueva pingante*, donde la gente se maravillaba al observar las cabriolas de los reptiles en un medio más bien lívido y frío, de material esponjoso por el agua filtrada desde tiempo inmemorial. Empanadas de berberechos con vino de Barrantes aguardaban a la salida a los excursionistas, junto con una gama de infusiones y tisanas para que el itinerario hasta la explanada del Gran Hotel no les soltara demasiado el vientre. Y así se cumplía la mitad de la mañana antes del primer combate del día.

El escenario de la confrontación, bajo la cúpula de la carpa, era una tarima cuadrada de ébano trenzado en la que brillaba una círculo o *dohyo* trazado con conchas de abalones, para dirimir la suerte del combate con la derrota del luchador que se viera expulsado de ese círculo o tocara su superficie con una parte cualquiera de su cuerpo que no fuera la planta de los pies.

Ataviada con una túnica de algodón en cuyos pliegues merodeaban dragones azules, rojos, verdes y amarillos —el atuendo, al parecer, de un caballero nipón del siglo XIV— la tailandesa ejercía como maestra de ceremonias; una presencia diminuta entre las dos masas de musculatura que la flanqueaban. Su voz era como un dulce y distante maullido entre las toses guturales con las que Tasajara y Sumocha reconocían su disposición para el combate cuando la oían pronunciar sus nombres, y tensaban sus músculos, haciéndolos culebrear bajo unas pieles relucientes y resbaladizas.

Los maestros de la lucha milenaria del sumo distinguen cuarenta y ocho técnicas clásicas entre las setenta que constituyen el cuerpo de doctrina para la derrota del adversario, y definen con ellas la victoria suprema del luchador que la alcanza con el despliegue de un mayor decoro en sus movimientos y una más distante elegancia en sus tretas de combate. La lucha sumo es, en realidad, un enfrentamiento sagrado entre dioses que deciden combatir en la tierra y luchar como hombres conservando, sin embargo, la impávida conciencia de que sus espíritus combaten en otro plano de la realidad y la conciencia, sin alterarse ni mirarse siquiera, trabados

en una pugna inmutable e infinita, sin nada que envidiar al tiempo, a la eternidad o a la entropía.

El hombre y un dios verdadero son las mitades de cada combatiente; una afronta la lucha inmóvil en el vacío, escuchando el paso del rayo de sol entre las cumbres sagradas, mientras la otra busca buenos augurios en las salpicaduras de la sal en el aire, en los destellos del grano, antes de lanzarse a un enfrentamiento lento como el de las placas tectónicas, acuclillado cada cual de manera que el cuerpo —ligeramente inclinado hacia el frente y con una tenue oscilación, apenas perceptible— se convierte en un blindaje achaparrado que bufa y resopla como el cachalote para patear como el búfalo y lanzarse como el hipopótamo sobre el contrincante. Es la súbita avalancha de una furia de empellones, manotazos y zancadillas que busca asir con las dos manos el breve cinturón o *mawashi* del adversario para tirar de él sobre la palanca del cuerpo propio, alzarlo en el aire y derribarlo fuera del *dohyo* o dentro, de manera que toque el suelo con algo más que las plantas de los pies. No es que el combate dure poco. Es que se resuelve en un abrir y cerrar de ojos. Hay que haber visto muchos para describir con mediana exactitud ese impacto fulminante. Una de las placas tectónicas pierde su apoyo o confunde su equilibrio y se ve puesta en el abismo. Como el penúltimo grano de arena en el tallo del reloj, como el vértigo ensimismado ante el espejo.

La voz de la tailandesa no solo convocaba y reunía la atención de los visitantes para ponerla en un discurso del que nadie sacaba una palabra en limpio. También lograba que las garzas que habitualmente picoteaban la orilla de la laguna A Bodeira dejaran de ensartar ranas y se pusieran a volar alrededor de la carpa hasta apostarse sobre una sola pata apoyada en lo alto de las astas de los estandartes. Cuando sobrevenía el desenlace y el público aun contemplaba sobrecogido y mudo la voltereta última, el traspiés final o el derrumbe del luchador derrotado, las garzas levantaban el vuelo para dibujar en el cielo su nombre, el de la victoria.

Un despliegue tan ambicioso de medios y recursos no habría sido posible si la rememoración del combate primigenio no se

hubiera producido con la soberana exactitud de un triunfo repetido, ajustado y preciso de Sumocha sobre Tasajara, que pidió la revancha en cuanto se vio con un pie fuera del *dohyo*. El resultado prestó verosimilitud a la leyenda y estimuló el interés de su secuela. ¿Culminaría Sumocha el triduo de sus triunfos? ¿Vencería Tasajara a la tercera?

—De haber ganado yo —me aseguró esa noche Tasajara, algo beodo, mientras los demás, apiñados en el salón del hotel, voceaban los brindis por la prolongación del acontecimiento— es posible que Sumocha se hubiera ido con el rabo entre las piernas, desilusionado, herido en su amor propio. O puede que no se lo hubiera tomado tan a pecho como me he tomado yo el asunto de la revancha. Eso nunca se sabe. Lo que se sabe es que sin Sumocha no hay combate. Si él se va, no hay nada. Así que hay que cuidarlo. Y eso es lo fundamental. Cabía la posibilidad de que si ganaba yo, Sumocha se viera desmoralizado y vacío de todo estímulo para seguir con el espectáculo, que es lo importante. Y como eso es lo importante, preferí no correr el más mínimo riesgo. Así que yo pierdo y él se queda. El *show* sigue, se mantiene. ¿Cómo lo dicen en América?

—*The show must go on*.

—Pues eso. Go on.

Giró sobre sus talones y se añadió a la francachela, no sin antes volverse para lanzarme una sonrisa que no supe interpretar. Sumocha lo recibió de frente y le puso las manos sobre los hombros. Tasajara le devolvió el movimiento y ambos iniciaron unos pasos de baile a los que los demás se añadieron formando una incipiente fila serpenteante al compás de las palmas de una conga que fue inmediatamente cortada por la voz de la tailandesa. Su voz de gato se transformó en una vibración puntiaguda que rompió la fila de beodos y los obligó a dejarse caer en cuclillas en el suelo para escuchar aquel canto en cuyo esfuerzo la tailandesa se estremecía levantada a casi un palmo del suelo.

No sé si los demás se dieron cuenta, porque no pude fijarme en ellos. La tailandesa movió sus ojos en mi dirección y los dedos en el aire como si buscara el modo de enredar mis cabellos en sus uñas y

llevarme al remoto y oscuro rincón en el que brillaban sus pupilas y dónde yo puse las mías sin ver ya nada más hasta que, poco a poco, como si descendiera por una tranquila escalinata, cesó en su canto y volvió a poner los pies en el suelo. El silencio se hizo como un telón que, al caer, los rescatara de un embeleso.

—Atento al próximo combate —me susurró Tasajara al marcharse.

Pero no necesité ponerle mucha atención.

El combate terminó con un ruido sordo ante el que las garzas alzaron el vuelo —tal cual se esperaba de ellas— para trazar en la púrpura del aire el nombre del vencedor y señalar el crepúsculo como el tiempo de Tasajara, al igual que asignaran el mediodía para Sumocha. La jornada se abrió así, como una naranja, un melón o un reloj, en sendos hemisferios que resolvieron las dudas de los aficionados y establecieron el orden de sus epinicios. Los partidarios de Sumocha veían luchar a su héroe por la mañana, y la tarde era el turno de los de Tasajara. Y si los misterios subterráneos de Cantodorxo servían de preludio a la lucha matinal, las tumbas al aire libre de Adro Vello no eran entretenimiento de segunda mano para quienes contaban con los nervios de punta el tiempo que les faltaba para ver al campeón vespertino.

El sol del mediodía al que se levantaban todas miradas para ver en el cielo el triunfo de Sumocha, marcaba también el momento de embarcarse para comer en los viejos galeones que ya lucían en sus cubiertas las bandejas humeantes del rojo camarón, las fuentes humeantes de patatas cocidas en el agua del pulpo o del percebe, las perolas desbordantes de cabezas de puerco con los dientes perfectamente limpios en las quijadas, para desafío de los estómagos más fuertes, los azafates rebosando berberechos; los frascos veteados de mejillón en escabeche, las rizadas ensaladeras repletas de tomate, cebolla y lechuga perlada, las jarras radiantes, el pan crujiente, las servilletas de papel agitadas por la brisa que se las llevaría consigo de no ser por el canto rodado que las sujeta al tablero de madera, las botellas delgadas como lanzas según conviene a los destilados más perseguidos, todo en el dulce balanceo con el que se mecen las cosas

en los barcos cuando la mar piensa solo en sí misma y se sosiega.

Otros barcos, con distinta veteranía y diferente astucia, ofrecían canapés e infusiones chinas, portuguesas y sudafricanas, así como papel, pipas y tabaco con los que entretener la navegación hasta llegar a la altura de unas boyas casi inmóviles, rematadas por pináculos con espejos, que flotaban pesadamente. Eran las marcas de las mejores verticales al fondo del mar para cuya contemplación aquellos barcos contaban con unos ventanales abiertos en el casco, a ambos lados de la quilla, que venían a ser como las antípodas de la claraboya. Con tales vidrieras o escaparates a sus pies, los navegantes podían observar la vida en la parte más acuática del mundo, aunque lo que vieran no fuera otra cosa, en ocasiones, que el paso algo arrastrado de un hombre rana que ofrecía a los espectadores la agitación del hipocampo que sujetaba con delicadeza entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, mientras seguía anadeando con la derecha, o viceversa.

Más allá del submarinista, al otro lado de su mirada cautelosa encerrada en el cristal de la escafandra, se mueven las blandas frondas de los algares como bosques de troncos flexibles y ondulantes que se pierden o extravían o se ven perseguidos o se adivinan atrapados por otros árboles que ya no se ven, disueltos en el ámbar tornasol del que van y vienen formas como cuchillos sorteando cortinas y huecos y grutas y cuevas que guardan el brillo de unos ojos redondos y solitarios, el pulso de unos apéndices como látigos, el ansia de unas mandíbulas insomnes.

Cuando ven así el mar, los niños gritan, alborotan y dan palmas, pero sus padres van guardando silencio y parpadean cada vez más lentamente hasta alcanzar un mutismo y una atrofia palpebral. Es un estado que mantienen o cultivan hasta que el galeón fondea frente a Adro Vello, y ellos echan pie a tierra junto con quienes hicieron la misma travesía de muy diferente modo, y caminan bajo la niebla como si fuera un dosel que se desmadeja cuando se sientan al rededor del cementerio, y se deshilacha para pespuntear los contornos de las tumbas y tamizar sus vacíos abiertos al cielo en los que brillan muy secamente unos huesos o pedazos de huesos

tubulares y finos como fragmentos de caramillo.

Todo cuanto los rodea los adormece. De otro modo no habrían instalado allí su cementerio los antiguos. La brisa que hace vibrar las hojas de los pinos y de los eucaliptos para formar el susurro del bosque, abandona la fronda y avanza a ras del suelo hasta que el calor del sol en la hierba húmeda la eleva en cálidas vaharadas que extienden el sopor entre el círculo de visitantes alrededor de las tumbas. Dormitan una suerte de siesta de la que despiertan con una inquietud cuya razón ignoran porque no recuerdan el ruido de los granos de arena al moverse entre las grietas de las tumbas y arrastrar consigo unos huesecillos que dan, entonces, la sensación de agitarse e incluso la de escribir una palabra efímera en los muros arenosos de los nichos. Solo algún crío recuerda lo que vio al hundir la mirada en el interior de una tumba, y se lo calla[13].

Se ponen en camino arrastrando los pies hasta los autobuses, porque es la hora en que se alteran los ritmos intermareales, molestos para quienes se embarcan sin tener costumbre. Así que vuelven en autobús, bajo el agudo vuelo de las garzas y su griterío que se va apagando al aproximarse a la explanada del Gran Hotel donde los Tasajara y Sumocha meditan inmóviles sobre sus piernas según la imagen del loto, y la tailandesa enciende los haces de tallos olorosos que rodean el *dohyo* y lo envuelven en un velo que se adhiere al paladar.

La pelea se plantea con su prolongado ritual de zancadas entre los puñados de sal esparcida, y se resuelve en el vértigo de un torbellino de empellones y zarándeos que acaba con Sumocha expulsado del círculo de abalones, aunque sonriente, inclinado sobre sus piernas ligeramente dobladas, y puesto a hiperventilar en armonía con Tasajara que también hiperventila y sonríe e inicia un paso cruzado al que se le une Sumocha, pasándole un brazo sobre los hombros, para acabar ambos abriendo lentamente las piernas y descendiendo a plomo, muy poco a poco, hasta reposar en el suelo con las piernas completamente abiertas, y la tailandesa encaramada sobre sus poderosas espaldas, en una pose altiva y casi militante, con la cara al viento y las manos echadas hacia abajo y atrás,

despreocupada de que el vuelo ondeante de su túnica de dragones ofrezca el flameado esplendor de sus muslos poderosos.

Ese cuadro viviente acaba con los combates del día, aunque es pronto y aún queda tiempo para el largo paseo hasta la punta de O Carreiro y su cementerio junto al mar, un camino que los visitantes cubren entre maizales guiados por la columna del humo de las sardinas que se asan a la brasa en la playa mientras el sol comienza a hundirse sobre la curva del horizonte, a años luz y millones de kilómetros de esa ensenada en la que acaba la isla en su camino a Poniente, prolongado más allá de la arena en una ruta de grandes rocas pulidas por el viento y oxidadas como si fueran grumos de metal o fragmentos de los cascos que son capaces de rasgar cuando acechan el paso de los barcos que ignoran lo que ocultan las aguas de las mareas altas, o lo que queda de los castillos donde se hicieron fuertes quienes defendieron el lugar mientras veían la expansión del cementerio extendido al pie de los muros cuyos restos yacen hoy desperdigados al capricho de la espuma. O tal vez los tobillos de unos titanes petrificados y derrumbados por el tormento de las corrientes.

El sol de O Carreiro tarda en caer, entretenido en la aglomeración de cúmulos que interpone sobre la superficie de las aguas una espesa arquitectura nubosa elevada hasta perderse en los lejanos cirros que apenas se mueven mientras el sol va deshaciendo pasillos y salones que al esfumarse tiñen las aguas con los colores preparatorios del rayo cuyo esplendor aguardan los visitantes una vez calmada el hambre de la merienda e iniciado ya el placer de atender el crepúsculo construyendo una embriaguez.

Esperan el rayo verde, sin saber lo que esperan. Les han prometido un rayo del que algunos han oído hablar sin mayor precisión, y se preparan para contemplar una línea en el cielo, una recta implacable en la transparente penumbra del firmamento, que tenga algo que ver con lo tangible, ponderable y concreto, con la distancia más breve entre dos puntos. Esa espera, tras un día de vaivenes y emociones, cansa el cuerpo y agota la mente aguzada en su pretensión de maravillas sin cuento. Se encuentran exhaustos y,

quizá por primera vez en su vida, dichosos de sentirse inertes ante una ilusión que les permite la suprema holgazanería de una inmovilidad exangüe en la expectativa de una marca en el aire.

Es el paso de su vida lo que sienten con la caricia de la brisa en la nuca, la tensión de la sal abandonada en la piel de los antebrazos y del dorso de las manos, la mirada errante entre la espuma que rodea las rocas, las luces que van iluminando las orillas al otro lado de las aguas, el horizonte y sus flancos, el polvo y la ceniza que caen a las aguas, el espesor de las copas de los árboles que se inclinan y agazapan con la declinación de la tarde, mientras el sol se hunde en el mar como si fuera prescindiendo en su caída, uno por uno de los colores que componen su luz, y esparciera en el aire ese lastre en vibraciones que prolongan una ilusión de luz como si la onda persistiera más allá del corpúsculo sumido, desaparecido y oculto, o hecho polvo y disipado, y la onda envolviera la naturaleza enfrascada hasta dejarla cubierta de una lámina opaca y mate que parece resplandecer porque refleja el corpúsculo desaparecido, al igual que la luna se hace ver al reflejar un sol que no se ve. Ese resplandor último del día, vibrante en su fulgor más prolongado, es el verde que esperan sin saber lo que esperan. Podría ser rojo, anaranjado, amarillo, azul, añil o violado. Pero es verde. Y no es un rayo, aunque así lo llamen. Es un estado fugaz del ambiente. Un atuendo perecedero del paisaje. Como un pincel que agotado y a punto del vacío, aún pudiera extender sobre el lienzo una última veladura tanto más viva cuanto más cercana la pena de su extinción.

Algunos no se enteran del fenómeno porque los alcanza dormidos o demasiado embriagados para guardar constancia de sus sensaciones, o con la cabeza llevada por otros motivos de los que no hay noticia. A veces nadie se entera realmente de lo que pasa, aunque eso no merme el catálogo de las maravillas. Nunca falta quien describa lo nunca visto, las auroras boreales, por ejemplo, que jamás se han desplegado sobre estas aguas pero que encontraron su lugar en unas proposiciones oportunas para la idea de prolongar los ocasos de O Carreiro, con una luminotecnia imaginada desde las noches en las terrazas del Gran Hotel, hasta el orto sobre las

cumbres de la Xiradella, perdido el recuerdo del verde o consolado el fracaso de su cita con la creciente irisación púrpura y malva del cielo, es decir, de las aguas. Un hueco entre el abismo y la cumbre, entre nadir y cenit, al que también trajeron platillos volantes y fuegos de Saint Elmo y cantos de sirena y ulular de unos vientos cargados de reproches para llenar con los despojos de la épica las crónicas de aquellos días en los alrededores del Finisterre, donde un escritor japonés, antiguo reportero del *Sekitori Shimbun*, pensó dedicar lo que le quedara de vida a la crónica de una enrancia en busca del lugar donde empezara el mar, terminara el día y comenzara el fin.

Nadie faltó, probablemente, a la invención de resonancias, vibraciones y luminarias para la bóveda celeste impregnada del humo acre de los fuegos de artificio que recortaban las noches de fin de fiesta en las terrazas del Gran Hotel, alzándolas como un acantilado de antorchas sobre las playas donde los perros de la isla se reunían entre el siseo de la cohetería para aullar a tanta luna mientras en las casas, apostados sobre las mesas camillas, erizaban el lomo unos gatos que lanzaban sobre las paredes el perfil de unos pellejos dentados como si fueran serruchos. En los balcones del Gran Hotel, la gente, en grupos o a solas, a veces emparejada, agitaba banderitas y movía las manos en dirección a los penachos que cruzaban el mar.

Fue un tiempo pasmoso que culminó el día en el que se cumplió el propósito al que obedecía todo aquel teatro.

«Es para mí un honor comunicarles la localización y el aprecio del madero pedido, su compra y adquisición, su embarque en mi convoy y el depósito de tan hermosa, pesada, dura y elegante madera entre los pertrechos más delicados e imprescindibles para el buen fin de mi espectáculo…». Así comenzaba la carta de Xan Dasmareas que fue recibida, abierta y leída con la prosopopeya más idónea y merecida para dar luego paso a la justa celebración de lo que seguía diciendo con aquella manera tan redicha de contar, y que no era otra cosa que la expresión de lo muy dispuesto que estaba a poner su espectáculo a disposición de una cantante cuyo prestigio corría de boca en boca de los mejores agentes del *show businnes* de Londres,

Nueva York y Los Ángeles. La cantante de *jazz* no pudo evitar que la tez se le encendiera hasta el pelo al oír que se referían a ella de un modo que puede resultar tan habitual entre extraños como insólito entre los propios, y es probable que le temblara una lágrima que no llegó a rodar de sus largas pestañas, prendida, tal vez, en las puntas inquietas de las agujas con las que la inglesa tejía incansable, introvertida y muda, un destino más allá de la niebla.

La celebración fue un despliegue de velas llameantes en el salón del hotel, de botellas en las mesas y de vino en las copas, consumidas casi sin cesar por una ardiente sucesión de brindis, felicitaciones y buenos deseos, que, prolongada durante toda la noche, llegó al amanecer bajo la forma de una danza entre aborigen y contemporánea, acompañada o estimulada *a capella* por la voz de aquella mujer que cantó desde el fondo más reciente de su halago para quienes la escuchaban en esa ocasión como si fuera la primera vez que lo hacía para ellos, y la poderosa medicina de sus ensalmos no actuara sobre ellos tan solo, sino también sobre ella con un sortilegio cuyo reflejo la envolvía como a ellos, aunque sabiendo lo que ellos desconocían.

La danza era tan íntima y grupal al mismo tiempo que no todos la cumplían de igual modo. Unos se movían por el salón, ondulando en círculos las manos por encima de las cabezas y agitando el cuerpo que otros contoneaban sin separar el culo de las sillas que crujían y chirriaban como si buscaran añadirse al ritmo general y darle algún provecho.

No acababa ahí lo que a primera vista podía parecer el aspecto más pintoresco de un espectáculo que se nutría de sus propios efectos al encadenar el sonido de los pasos de los bailarines y el estruendo de sus pisadas, con la agitación de tanto impacto contra el suelo del escenario, y con las ondas de tanto ruido y movimiento transmitidas por los muros y las vigas en un temblor que levantaba el polvo del suelo y lo hacía caer de las lámparas y arañas en oleadas y corrientes cuyos corpúsculos ardían en efímeros chisporroteos al atravesar la llama de las velas, sin amenazar, empero, los pelos de los bailarines y las cortinas y visillos olvidados y casi fuera de la vista, ni

el confeti de las bodas celebradas en el salón aquel, acumulado en capas petrificadas en los rincones de la moqueta, ni la borra de los abultados cojines abandonados en los sofás, ni la pelusa que exudan las superficies suaves en general, a lo largo del tiempo, todo un material expulsado de sus esquina, anfractuosidades y cubiles y puesto en el aire por las corrientes que lo atravesaban en diminutas y vertiginosas llamaradas para memoria de esas lágrimas de San Lorenzo que confunden las primeras noches de agosto al iluminar el firmamento con la desintegración de la cola de cometa puntual, que marca con sus estrellas fugaces el llanto por los deseos que no se pudieron soportar.

O así lo vi yo o lo fui viendo mientras iba menguando la danza y perdiendo altura la tailandesa entre la niebla, las chispas y los humos. Poco a poco fueron quedándose exhaustos en sus sitios, rendidos y casi inmóviles, aunque sin quitarse la vista los unos de los otros, como si se vigilaran dispuestos a ponerse de nuevo en danza a la menor señal de que alguien lo necesitara.

Nadie dio esa señal, ni salieron los reunidos de su agotado letargo más que para enfilar con el paso cansino y la vista extraviada el rumbo hacia qué sé yo dónde a esas horas de la noche. Puesto en pie a lo largo de un ronco suspiro, Sumocha se echó la tailandesa a la espalda y se perdió en el ascensor hacia su habitación, sin que su carga me quitara la vista de encima. Yo esperé la entrada de la noche en su mutismo y el sosiego del polvo y las cenizas y el silencio de las vigas y las cañerías y la llegada al fin de la más completa oscuridad con su catálogo de tinieblas, olores y sosiegos. Y después esperé la llegada de la niebla en madejas y mechones hasta que su espesor me permitió deslizarme como en un sueño hasta mi destino.

La puerta no estaba cerrada con llave. En la habitación (jamás se me habría ocurrido que fuera tan grande o, al menos, tan espaciosa) ardía una tea puesta en el suelo, junto a la cama, reflejada en la tersa musculatura del luchador que se elevaba como un acantilado sobre los pliegues de las sábanas, con los hombros como si fueran cumbres sagradas sobre las nubes de su respiración, y en las pupilas de la tailandesa —extendida y abierta en su rincón— que siguieron mis

movimientos como sigue la mirada de Rembrandt a quien se mueve alrededor de su autorretrato, o algunas perspectivas de Tintoretto al que pasa frente a sus galerías.

Una agitación pesadillesca de la memoria dormida de Sumocha o el espasmo repentino de un mal sueño en su esfenoides podrían haberme echado encima, como el súbito respingo de un farallón perdido, la masa de carne que dormía junto al cuerpo menudo de la tailandesa en el que me introduje como si me desmayara en el vientre de una muñeca. Solo fui consciente de que un movimiento del hombre podría habernos aplastado a ambos —o solo a mí, por mi habitual falta de reflejos— cuando pisé de nuevo la moqueta del pasillo y me imaginé ahogado bajo una masa de carne, deglutido por el espesor del *sumotori*.

Bajé por la escalera para evitar que el ruido del ascensor inquietara a la pintora con el estruendo de las cadenas y la vibración de los cristales. La luz que pensaba haber dejado apagada en mi puesto, estaba encendida y envolvía en su aureola a un hombre que hablaba a solas, recostado en el mostrador de la recepción, apoyada la cara en la palma de su mano izquierda y dando la espalda a mis pasos.

—Sí. Bueno. Me equivoqué. La abandoné a su suerte. Fui un idiota. Está muy claro que me equivoqué. Pero no estaba tan claro entonces. Por eso me fui. Y por eso estoy aquí, y ella nadie sabe dónde. Pero, ¿yo qué iba a hacer? Yo ¿qué sabía? ¿Qué podía saber yo?

—Buenas noches —le dije, puesto a su espalda.

—Buenas noches —dijo él, volviéndose hacia mí—. Aquí me tiene usted de nuevo.

Era el buscador de luces.

—Hombre, ¡qué alegría verle de nuevo por aquí! ¿Cómo está usted?

—Pues no muy bien, pero algo mejor que cuando me fui, tan de repente.

—No hubo oportunidad de que nos despidiéramos.

—Bueno, quizá fue mejor así —dijo, con una voz tan

quejumbrosa que me hizo ponerle una copa sin mayor dilación—. Es usted muy amable.

Bebió sin dar el menor signo de que llevara mucho tiempo sin hacerlo o de que lo torturara la sed. Tragó la dosis del modo más simple y crudo. Yo pasé a mi lado habitual en el mostrador, tomé asiento y le serví de nuevo en cuanto dejó la copa. Él la miró un largo rato, apretando los labios.

—No estaba para muchas despedidas cuando me fui —dijo al cabo de un largo rato y sin tocar la copa—. Le hubiera podido partir la cara. Menos mal que no lo vi. Puede que hasta lo hubiera matado. ¡Qué horror!

Arqueé las cejas, moví un poco los hombros, respiré profundamente. Esperé. Él mojó los labios en la bebida y resopló antes de seguir hablando.

—Desde que pienso en el fantasma me sorprendo hablando solo.

—¿En qué fantasma?

—Pensar en uno es pensar en todos. Pero, bueno, me refiero al fantasma que se folló a mi mujer. Al principio pensé que había sido usted. Así que hice las maletas, las dejé preparadas y bajé para ponerlo a usted en su lugar. Pero no estaba. ¡Menos mal! Al no verlo a usted me quedé un poco sin saber qué hacer. Me sentí ridículo en aquel estado, lleno de ira y sin el tipo en quien esperaba descargar mi venganza. Y, claro, no era cosa de volver a mi habitación y explicarle a mi mujer que no había dado con usted y que volvía con las manos vacías. Vacías de sangre, quiero decir.

Guardó silencio un momento para mirarse las manos antes de mostrármelas con las palmas en mi dirección y moviéndolas como si empujara algo invisible.

—De modo que me quedé aquí mismo, casi donde estoy ahora. De pie, estremecido y bufando. Luego salí a la plaza. Quizá fue lo único que se me ocurrió hacer para no volver a la habitación donde estaba mi mujer y resolver mi furia con ella. Así son las situaciones que acaban con una gran profusión de sangre.

Yo asentí con la cabeza. Él me miró como si le costara

desentrañar el significado exacto de aquel balanceo tan de circunstancias, suspiró y siguió hablando.

Era a primera hora de la mañana, pero la plaza tenía la misma poca luz que tiene ahora. La niebla lo ocupaba todo y apenas se veía más allá de las narices. El charco de la fuente relucía, sin embargo, en mitad de aquel espesor en el que resonaba de vez en cuando el chorro del agua que rompía la quietud de la lámina encharcada. Me acerqué a aquel espejo puesto en el suelo y me pude ver reflejado de los pies a la cabeza, como si me asomara a un gigante invertido. Entonces vi algo que me dejó helado. Alguien, una presencia inconcreta y casi transparente, o muy débilmente opaca, se alzaba junto a mí. La niebla se cerró entonces a mi alrededor y devoró mi reflejo, el de ambos —tendría que decir—. Todo se nubló durante un instante de densidad impenetrable hasta que casi inmediatamente, la niebla se disipó y lució el sol devolviendo mi reflejo a la lámina del charco[14].

La presencia seguía a mi lado, un poco más concreta, un poco menos transparente, y el aire adquirió entonces un sabor muy parecido al olor con el que me había encontrado al volver aquella mañana junto a mi esposa. Pasó entonces una nube que borró de nuevo mi reflejo y el suyo. Cuando el sol volvió a lucir, el charco me reflejó a mi solo, sin nadie erguido a mi lado. Entonces comencé a saber. O a intuir, quizá mejor dicho. Esa presencia era la que había poseído a mi mujer. Pero cuando volví a la habitación me paralice de terror al notar otra vez aquel olor y recordar lo que mi padre me había advertido. Si la presencia que había visto reflejada junto a mí en el agua era el fantasma que había poseído a mi mujer, entonces yo lo había llevado conmigo de nuevo a su lado. Ni siquiera recogí mi equipaje. Eché a correr y logré embarcarme en el *ferry* que salía en aquel momento. Hasta hoy.

Yo guardé silencio, preguntándome si aquel hombre incomprensible tenía alguna idea del paradero de su mujer.

—Mi padre intentó prevenirme contra el olor del fantasma siempre que me hablaba de estas cosas. Pero mi padre nunca supo prepararme con precisión y aplomo contra todo aquello de lo que

quería advertirme.

—Puede que se trate de sensaciones muy difíciles de transmitir —dije yo, por decir algo y para que no tuviera la impresión de que estaba hablando con alguien incapaz de contestarle o mantener una conversación con él.

—Todas lo son —me contestó, con una rapidez que debió de sorprenderlo, pues hundió la mirada en su copa, tras vaciarla de un trago, y no la movió de ahí hasta que se la llené de nuevo. Con esto no quiero decir, ni por lo más remoto, que estuviera borracho o que a mí me lo pareciera—. Y las olfativas —añadió, tras un largo suspiro—, muchísimo más. Mi padre nunca supo transmitirme lo que sintió ante el olor que invadió aquel teatro de Varsovia al que no pudo llegar el actor que interpretaba al fantasma del padre de Hamlet. ¿Conoce usted la historia?

Yo me limité a negar con la cabeza porque la respuesta que se me ocurrió de inmediato me pareció excesiva. Él movió de arriba abajo la cabeza y frunció los labios en dirección a la copa para indicarme que repitiera la dosis.

—Érase un actor que interpretaba al fantasma y a otro personaje sin interferencia con aquel, no recuerdo cual. Puede que Rosencratz, puede que Guildenstein, tal vez un príncipe de Noruega. Un actor con dos personajes, o dos personajes con una sola cara, o uno más mirando a ambos, tres caracteres vigilándose mutuamente. La diosa Jano o la trimurti. ¿Qué se yo? Pero a lo que iba. El actor interpretaba al fantasma, y a otro hombre o incluso a una mujer, no es ese el caso. El caso es que la función de aquella tarde transcurrió con toda normalidad, sin que surgiera el más mínimo problema con las escenas del fantasma. Pero cuando el regidor dio el aviso para la entrada del segundo personaje, la mitad viva de quien interpretaba a un fantasma, el actor no la atendió. No acudió a la llamada. Había desaparecido. Arreglaron las cosas como pudieron o, sea, mal, y, una vez terminada la función, cuando el productor aún tenía puesta la voz en el cielo, y aún quedaba un tiempo para la bronca, alguien atendió el teléfono y supo que el actor aquel había aparecido muerto súbitamente, fulminado por un ataque cardíaco en el taxi que debía

conducirlo al teatro, adonde jamás llegó. De modo que, ¿quién fue el que hizo de fantasma del padre de Hamlet en lo alto de la torre? Ninguno de los que formaban el elenco confesó haberlo hecho. ¿Por qué y para qué iban a cubrir un hueco que nadie daba por abierto? ¿Hubo, entonces, un fantasma? ¿Acudió un fantasma dar vida en las tablas al fantasma que debía hablar en lo alto de la torre? ¿Fue ese fantasma el fantasma del actor fulminado? ¿O fue el mismísimo fantasma del padre del Hamlet? ¿Cuesta tanto imaginarlo flotante en el éter al acecho de la más mínima oportunidad para incorporarse y darse a sí mismo en escena mientras el teatro —me decía mi padre — se impregnaba de un fortísimo olor a beleño[15]?

Durante un largo tiempo no hubo forma de montar la tragedia de Hamlet en aquel escenario de los hechos. No había actor que se prestara a interpretar al fantasma.

Guardó silencio al cabo de tan largo parlamento, y su mirada se perdió más allá de los cristales apenas coloreados ya por la luz del alba que apuntaba del puerto junto con el creciente sonido de unas sirenas. Su copa arrojó una ligera sombra sobre el mostrador.

—Hui de aquí a refugiarme en la casa de mi padre, deshabitada desde su fallecimiento, y lo primero que hice cuando me instalé allí fue buscar en sus diarios todo lo anotado sobre la historia de aquel actor y el fantasma. Quería detalles que me sirvieran para explicar lo que me estaba pasando o lo que nos había ocurrido a mi mujer y a mí. Al fin y al cabo, mi padre era el único al que había oído hablar del fantasma con una cierta solvencia. Lo que me encontré era el testimonio de una obsesión. Siempre pensé que aquella historia contada por mi padre sin darle apenas importancia, era una mera anécdota de sus tiempos de meritorio en las artes del espectáculo. Pero me equivoqué. —Resopló con la mirada puesta en la mochila que había abandonado en el extremo opuesto del mostrador de recepción—. ¿No le apetece acompañarme tomándose una copa? Está amaneciendo. Apenas le queda media hora de trabajo. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Que no me equivoco o que no le apetece acompañarme?

—Que no y que sí. O que sí y que no, si me atengo al orden de su primer planteamiento.

—¡Vaya! Acaba usted de construir casi una imagen sedicente, si se nos permite construirla con palabras. ¿Qué le parece?

—Lo celebraré tomándome esa copa.

El buscador de luz concentró su atención en el interior de su mochila mientras yo me servía un dedo de *whisky*, distraído con los ruidos exóticos procedentes del puerto junto con un estrépito de bocinas, platillos, chirimías y sirenas que sonaba como si todas las bombillas de una juguetería nocturna se rompieran caprichosa y prolongadamente al sentir la primera luz del día. ¿Sabría el hombre aquel el paradero de su esposa? ¿Estaríamos preparados —él y yo— para que le hiciera hablar de ello?

—Brindo —dije, con el más estudiado de mis aplomos— por lo que sea que lo haya traído aquí.

El buscador de luces me devolvió el brindis y bebió sin sacar de la mochila la mano que tenía allí.

—Bien le podría decir que estoy aquí por usted. Pero eso no sería lo más exacto. Quise volver en cuanto leí los diarios de mi padre. Pero no tenía dinero. Y aunque lo hubiera tenido, no creo que el estímulo producido por las notas de mi padre me hubiera hecho superar el miedo o el recelo que aún sentía. Pero la isla se convirtió en noticia al cabo de un tiempo gracias a los combates de sumo, y me llamaron para hacer unos reportajes. Acepté y les vendí la idea de un documental sobre el fantasma del que había oído hablara a sus amigos de usted. No dije nada de lo que me había pasado, ni de lo que sentía. Entendí que debía mantener una cierta discreción, sobre todo en lo relativo a mi vida privada. Ya se puede imaginar usted cómo es la gente del cine. Aunque yo no sea exactamente del cine. Pero mi mujer, sí. Es guionista, ¿sabe usted?

—Debe de ser un oficio muy bonito —dije yo, por decir algo.

—Como la madre que lo parió.

Fueron las palabras que debía de estar esperando la mano que hurgaba en la mochila para volver al aire libre, que es lo que hizo, llevando con ella un mazo de tres cuadernillos con espiral, alargados

y gruesos, sujetos por una banda elástica.

—Es la parte de los diarios de mi padre en la que se refiere al fantasma —dijo, empujando los cuadernillos en mi dirección—. Está en húngaro, pero he traducido las observaciones más notables en hojas que he pegado a los márgenes. Parecen notas dispersas —añadió, hundiéndose de hombros—. Y puede que eso sea lo que son.

Su mirada saltó entonces hacia la cristalera a mis espaldas, seguida de la mía, porque el estrépito que había merodeado los alrededores irrumpió en aquel momento en la Praza de Arriba deshaciendo la niebla en madejas que se deshilachaban en el filo de las hojas de los falsos plátanos o tremolaban en la punta de los estandartes antes de arañar su reflejo en las ventanas del hotel. Era el desfile del Gran Circo Mundial de Xan Dasmareas, cuyo desembarco habíamos estado oyendo sin prestarle la debida atención, y que ahora marchaba ante nuestras narices envuelto en vibrantes trompeteos y ondulantes destellos que desconchaban la mañana al paso de una comitiva tan variopinta y completa que era como la promoción de una feria universal o la subasta de un mundo.

Una trouppe de enanos braquipodistas abría el desfile saltando entre los tobillos de unas espigadas y esbeltas danzarinas de Bali cuya cintura giraba sobre sí misma al compás de sus pasos como podría hacerlo el planeta alrededor del Sol, mientras hacían oscilar sobre sus cabezas unas sombrillas color miel entre las que daban brincos unos monos rabilargos con bigotes de ratón. Les seguían no menos de un centenar de jenízaros y tamerlanes, los unos tocados con turbantes y los otros con el cráneo rapado y reluciente, caminando sin levantar los pies del suelo ni separar del pecho los brazos cruzados ni abrir los ojos, que llevaban otros ojos pintados sobre los párpados. Avanzaban tras ellos hoplitas de pisada retumbante, giraban como locos los derviches y brincaban silenciosos los canguros de Camberra, quizá conscientes del paso suntuoso y severo del paquidermo que venía a continuación, un masivo animal rodeado de diminutos cernícalos que le iban quitando con el pico el polvo acumulado en las grietas de una piel gruesa que crujía con el andar de la bestia, cautelosa al moverse en un espacio

no tan idóneo para su envergadura, y pendiente de que las puntas de los bucles en que remataban sus colmillos se mantuvieran a la debida distancia de la ropa tendida en las terrazas de los pisos más altos, llenas de gentes que animaba con sus gritos las cabriolas de los gimnastas que trenzaban sus saltos entre los trapecios colgados de aquellas puntas tan alejadas del cráneo del que procedían y sobre el que se alzaba una carpa de seda llena de aves del paraíso que se atildaban las unas a las otras el plumaje. Iban luego los búfalos del Mekong entre el vapor que proyectaban por el hocico, los leones sin melena de Tzavo, tan sigilosos como si fueran humanos, los tigres de Bengala, altivos como brahmanes, las lluvias de Ranchipur, manuscritas en las nubes, los lemúridos malgaches, hoscos como su propio nombre indica, los pelícanos de Poio y San Francisco, hundidos en sus cogitaciones, los jorobados de Notre Dame, sorprendidos a veces entre obeliscos, las ratas gigantes de Sumatra, hechas un mar de pelos, los andaluces de Jaén, olivareros altivos, y así una pasmosa profusión de variedades circenses; no todas las que Wordsworth puso en su Feria de Bartolo[16] pero sí cuantas la vasta industria de la maravilla contiene y encierra, adelgazándose la prodigiosa comitiva en su plano como se adelgaza la corriente de arena en la vertical del reloj hasta dar un solo grano de esa medida del tiempo que aquí, en el desfile del circo, era el solitario cisne de Leda que, orgulloso como él solo y completamente desnudo, cerraba la primera parte, por así decir, de aquella cabalgata, marcando su abolengo con una banderola en la que lucía pintada una esparraguera y una letra en castellano que decía: *Rastrea mi suerte*.

Unos pasos después, bajo el arco triunfal de los funámbulos en sus cuerdas plateadas, y marchando al son de unas trompetas que tocaban sin ser vistas, era de ver el denso hormigueo de los *askaris* o porteadores, cien o más, sobre cuyas espaldas de ébano se alzaba un *lignum* grueso como una marsopa, rectilíneo como las cerbatanas, liso como el silencio y manchado como los escondites, que era el tronco de acacia de las marismas nunca visto hasta entonces, coronado de esfinges que se erguían una tras otra, plantadas en su lomo verde, rojo y amarillo, con la mirada puesta en el más allá que

conocen los serviolas, entre la sobrecogida admiración de quienes recuperaban el aliento cuando, una vez alejadas hacia el astillero las partes primera y segunda de la parada, veían la tercera ocupada por el propio y mismísimo Xan Dasmareas, a pie y vestido con un traje holgado de piel de tigre —chaqueta, chaleco y pantalón—, camisa de mosquetero, chalina de lunares y un tocado de castor con su cola sobre el hombro izquierdo, adquirido en el Museo de El Álamo porque era el de Davy Crockett.

Y el aire se espesaba con su andar y la luz se inflamaba a su alrededor como si aquel Maestro del Espectáculo se moviera en ese espacio denso que marca consigo mismo el arco iris cuando es doble, con unos colores cuya luz oscurece su interior e ilumina sus aledaños. Pensé que lo que veía no era lo que pasaba ante mis ojos sino el efecto de una tensión largo tiempo acumulada, del cansancio de la mente o de la fatiga de los materiales. Pero fui consciente de que no era tal efecto sino algo real, cuando el buscador de luz echó mano de su mochila y salió corriendo tras el desfile.

—¡Lea lo que escribió mi padre! —gritó, antes de hundirse en la puerta giratoria.

Es lo que hice durante un largo tiempo en el que tomé notas y copié párrafos añadiendo todo aquello que acopiaba a lo mío, incluso a riesgo de que lo escrito en aquel abultado fajo de notas invadiera el territorio de lo que yo hubiera querido pensar o dar por pensado.

«Encarnar. Esa es la cuestión. Encarnar como sea, con el tinte que presta a las esculturas ese antiguo color carne —del que se decía que era de paletilla, cuando mate, y de pulimento si brillaba—, o con la representación del personaje de una obra dramática, o con la introducción de la espada, la saeta, el puñal, la daga, el arma blanca en la carne: las vías del acto misterioso de la encarnación.

»Porque encarnar lo es todo para el fantasma. O eso le parece en ese mundo de especulaciones que parece serle de lo más propio, junto con el desconcierto[17].

De ahí el acecho en que siempre da la impresión de encontrarse el fantasma, su enrancia hecha merodeo. El fantasma suele vagar de

un modo equívoco, pues hay unos cuantos —puede que bastantes— que no proceden de sí mismos sino de otros o, mejor dicho, de la acción de otros. Se podría decir, por eso, que no todos los fantasmas son puros. Lo serían si todos vinieran de la muerte, se movieran de allá hacia acá, se dedujeran de aquello a esto. Pero no es así. Hay fantasmas que no proceden de la muerte sino de otro fantasma, y para hacerse a la idea de semejante movimiento hay que tener muy presente que todo fantasma busca encarnar, cosa que algunos consiguen, y la persona en la que lo hacen desaparece entonces sin dejar el menor rastro. La persona, no la carne en que encarnaba el desaparecido. Ahí comienza el equívoco, pues hay desaparición donde no parece haberla. De hecho, nadie echa de menos al desalojado, nadie cae en esa cuenta, ni percibe que ese es, en realidad, el argumento de la obra. Alguien está donde no estaba y alguien ya no está donde estuvo, y aquel se hace pasar por este, o está a punto de hacerlo, y este está a punto de montar en cólera o vive enfurecido, si es que son esas las palabras idóneas para hablar de lo que le pasa a este que ya no está, porque quien está es el otro, aquel. Hay algo de todo eso en el Tercero del que habla Rilke[18] y en el Quinto Negocio del que lo hace Robertson Davies al llevar a la primera parte de su *Deptford Trilogy* una cita de Tho Overskou en la que ese Quinto en discordia —por así decir— es ese personaje que «sin ser el Héroe ni la Heroína, el Confidente o el Villano, se constituye en esencial para el desenlace».

»Y algo de todo eso hay en la paradoja del comediante con la que Diderot se esfuerza en retratar esa actitud dramática o interpretativa que vigila el equilibrio entre la frialdad de la ficción actuada en las tablas y el calor de la emoción suscitada por aquella y sentida en el patio de butacas. Es el equilibrio o la tensión entre los sepultureros que ejercen su rutina en la fosa, a este lado de la tierra, y quienes atienden al argumento del hoyo desde la emboscada del dolor, al otro lado de las lágrimas… "Aquí está el agua, bien", le dice un sepulturero avisado en latines al otro. "Aquí está el hombre, bien. Si el hombre va hacia esta agua y se ahoga, quiera o no quiera, es porque va él: fíjate bien; pero si el agua viene a él y lo ahoga, no se

ahoga él: *tantunergo*, el que no es culpable de su muerte no se acorta la vida". Aunque no es un hombre de quien hablan, sino de una mujer o, mejor dicho, de lo que queda de ella, el cadáver de la dulce Ofelia, ahogada en las aguas y a punto de ser llorada por Laertes, su hermano, y por quien puede ser o dejar de ser Hamlet, llevado de la máscara con que oculta la venganza trazada en su recuerdo: "El hombre que a Laertes ha ofendido. ¿Es Hamlet por ventura? De ninguna manera. Hamlet, jamás. Pues que si Hamlet está fuera de sí, y, no siendo él mismo, ofende a Laertes, no es Hamlet quien tal hace: Hamlet lo reprueba. ¿Quién lo hace, pues? Su demencia. Y al ser así, Hamlet pasa a ser de la parte agraviada, siendo su locura el enemigo del desventurado Hamlet". Y aunque no tenga demasiada relevancia, no es menos cierto que es Hamlet a quien el mismo Hamlet coloca en el vuele y la altura del gorrión «que no cae uno sin que la Providencia lo quiera. Si ha de ser ahora, no está por venir. Si está por venir, no ha de ser ahora. Si no es ahora, ha de venir. Todo consiste en estar preparado. En saber que como nadie sabe lo que ha de dejar ni cuando, más vale dejar lo que sea de dejar.

»Es Hamlet entre el Hamlet que es Hamlet y el Hamlet de su padre Hamlet bajo cuyo designio Hamlet es la máscara de un Hamlet loco, de un Hamlet que abandona lo que sabe para instalarse en lo que acaba de saber, que es el dolor, y en lo que no sabe si acertará a cumplir, que es la venganza, la de su padre, venganza que, en su sazón, hará de Hamlet objeto de venganza; Y así va Hamlet de una *terra incógnita* a otra hasta dar en la más incógnita de todas, que es la del hoyo en donde descansará, por fin, el noble corazón de un bello príncipe, sin que nos sea dado saber del sosiego o la inquietud de su fantasma, de su reflejo o su sombra lamiendo el agua donde descansó la dulce Ofelia, ambos errantes, tal vez, buscándose mutuamente sin saber lo que buscan, sin recordar cómo fueron sus aspectos ni adivinar como pueden ser sus rasgos ahora que el uno reposa o se agita en *Voublie* del hoyo rodeado por la madera del féretro que se pudre poco a poco y la arena de la fosa que se desmorona y hace polvo, mientras la otra se mueve o desliza en el agua sin límites atravesada por las briznas y copos de la materia que

se desintegra: la realidad deshecha; cada cual en su estrategia.

»Sin perder un ápice de su fisiología ni de sus funciones orgánicas, el cuerpo deja de alojar a uno y pasa a ser la residencia del otro. Es un desencadenamiento súbito. El desalojado puede dar en otro cuerpo de residente distraído —aunque poco puede resolver aquí el aviso previo, la advertencia probablemente tomada por disparate— o en fantasma o en animal o en cosa. En turbante, maniquí, gramófono o perchero. Rilke habla de perros que reciben los rostros de sus dueños[19]. "¿Por qué no? Un rostro es un rostro". Y cuenta el extraño incidente de una mujer que, asustada, el rostro "se arrancó de sí misma. Demasiado deprisa, demasiado violentamente, de manera que su cara quedó en sus dos manos. Puede verlo, y ver su forma vaciada. Me costó un esfuerzo indescriptible quedarme en esas manos, no mirar hacia aquello de lo que se había despojado. Me estremecí al ver un rostro tan de dentro, pero me daba más miedo la cabeza desnuda, desollada, sin rostro".

»He ahí la idea, más bien sangrienta, incluso palpitante, de lo que pueden llegar a ser los tránsitos con que, a veces, tiene lugar la encamación del fantasma y el desalojo de la persona, y la condena al extrarradio de un espíritu desahuciado que pasa a moverse como una porción de atmósfera o de ambiente, como un nido de araña, una inflamación en un lugar del aire o como si alguien pasara un dedo, la contera de un bastón o la punta de una daga al otro lado de la cortina, recorriéndola de lado a lado en el bulto o promontorio ambulante que revela una presencia invisible (al otro lado, incluso, de la niebla que arquea su lomo amarillo al pasar junto al espejo).

»Sin olvidar que, una vez producido el desalojo, la peripecia puede tener lugar de nuevo, y el fantasma alojado verse inmediatamente desalojado por otro fantasma al acecho de alojamiento o por algún desahuciado puesto en la casualidad. Y, así, una y otra vez, convertido ese cuerpo en atareado tránsito de fantasmas y de lo que sea en disposición de pasar y de quedarse, pasar y quedarse, establecerse o emigrar, sucesiva, indefinida y puede que espasmódicamente, como ese lugar del reloj donde se estrecha el paso de la arena, a merced de la fuerza, la voluntad y el capricho que

decidan voltear el aparato e invertir la peripecia.

»Sea como sea, algunos encarnan, y la persona en cuyo revestimiento se realojan desaparece sin dejar, probablemente, el menor rastro. Se podría decir que ese fantasma que encarna en quien desaloja, rehace su vida en ese cuerpo hecho lugar donde nadie le conoce ni recuerda, por más que conozcan y recuerden al desalojado y les resulte familiar, incluso muy familiar, su antiguo revestimiento. Aunque la palabra "rehace" puede que no sea la más apropiada. La vida del fantasma encarnado no se rehace sino que se reocupa, por así decir, o reinstala. Alguien, o el algo que el fantasma sea, entra en esa armadura o carcasa invadida en emboscada y se hace un lugar en ella sin que yo sepa o se me ocurra cómo.

¿Hay o puede haber alguna transacción entre el residente en esa vida, el que estaba en ella, el indígena, con perdón, y el recién llegado, el colono? ¿A dónde va realmente, aquel? ¿A dónde su espíritu hecho fantasma sin haber atravesado la muerte ni satisfecho su peaje a Cerbero? Y si hay trato, ¿en qué términos se acuerda y cómo se evita que tan vertiginoso trance no se resuelva en pirueta inesperada como la de aquel conejo al que, corriendo de lado a lado de la carretera, enloquecido o simplemente asustado por la luz de los faros del automóvil que se le acercaba y le hacía ir como el rayo de una a otra linde de la pista, con tan creciente aceleración de un lado al otro, se le instaló de repente en el lugar de la cabeza donde se hacen los proyectos y se cumplen, la confusión del no saber si en ese instante crucial iba o venía, y si era ese el momento de seguir corriendo hacia un lado de la carretera o dar ya la vuelta para reemprender la cada vez más veloz carrera hacia la otra linde, y en ese nudo de confusión, súbita desorientación y conflicto, giró para volver sobre sus pasos tan despistado y frenético y olvidado de sí, que chocó consigo mismo o con su mitad o cuota parte empecinada en el sentido opuesto, y del choque de ambas mitades o del uno y del otro ser resultó la proyección o lanzamiento del pobre conejo por los aires nocturnos de los que cayó al camino para recuperar su respingo y huir ente la maleza?

»O, bien, ese abismo que se abre infatigable al plantearse la

posibilidad de la entalpia que acecha la igualación de la entropía a cero, ¿está ahí? ¿es ese el fin? ¿Se encuentra ahí el principio, algún otro principio? y sea lo que sea lo que pase, ¿pasa siempre? ¿Está sujeto a ley el orden al acecho detrás de la esquina del cero, o es un orden a capricho? ¿Se acaba el sistema en su ensimismamiento puesto a cero o salta de ese cero a la reconstitución de lo que fue? Si el desalojado volviera la cabeza al dar el primer paso, y viera el lugar y materia de los que procede ¿se reconocería en lo que viese? ¿Le serviría de algo? ¿Oscurecería entonces su transparencia el éter, apiadado de esa mirada que busca sin saber lo que busca? Y sea lo que sea, pase lo que pase ¿se nota y percibe? Porque puede que nada se note por mucho que pase, como puede que el fantasma no busque una vida en la que alojarse sino una cosa que recuperar o de la que apoderarse. Tal vez el fantasma no regresa por su muerte sino por el orden que su muerte descompuso, reclamando, así pues, aquel orden arrebatado. ¿Es cierto el cero?

»No es bueno, en cualquier caso, entretenerse, enviciarse, adormilarse frente a un escenario vacío, donde a uno se le puede ir la cabeza —llevada por los martillazos y los cálidos rumores de la sierra y la garlopa de los carpinteros ajustando el armazón del decorado— a instalarse en un tiempo y un espacio donde se encuentre sin control sobre lo que pase o pueda parecer que pasa a su alrededor, y caiga víctima y presa de unas presencias sobre las tablas en busca de alojamiento o en la errancia quizá despavorida de quienes saben que han consumido todas las posibilidad de encontrar un lugar para ellos en la tierra o bajo la capa del cielo, sobre ese escenario o donde quiera que se intenten representar las vicisitudes y peripecias que les fueron propias un día y hoy son tan solo unas líneas sobre el papel, aprendidas por unos hombres y mujeres que las repetirán con mejor o peor fortuna entre las maderas y las escayolas, las rampas y los practicables puestos a punto por los carpinteros que encajan y adecentan esas piezas que serán todo el paisaje en el que los fantasmas tendrán una vez más la oportunidad de extrañarse ante los hechos que les fueron más propios y de cuya culminación y secuencia más última o final lo ignoran casi todo porque no les fue

posible intervenir, o intervinieron poco o equivocada, puede incluso que alocadamente, llevados por los nervios o el miedo de quien ve próximo su fin y pretende enmendarlo o acumular las acciones que pudieran paliar sus consecuencias ya que no cambiar sus efectos. De no haberse quedado profundamente dormido Hamlet padre, de no haberse desencadenado un orden de equívocos en tomo a Hamlet hijo, hasta ponerle en el desorden de una secuencia de muertes, no habría habido veneno en el oído ni en el pecho equivocado ni en los labios indebidos y de Hamlet solo tendríamos el cráneo de Yorick que, a fin de cuentas, podría ser el del mismísimo Adán puesto al pie de la cruz, al pie del tronco de la acacia, al pie de la concha del apuntador, a punto de rodar bajo las tablas de la escena, y tal vez ni siquiera se habrían embarcado Rosencratz y Guildestern para morir en la ignorancia, —y entonces sobraría todo el mar y tanta agua como hay en Hamlet sin que se ponga a la vista de esas tablas— que invadió la fantasmagoría aprovechando que el ruido acompasado de los carpinteros se apoderó de mi e hizo que me adormilara, perdido en el patio de butacas ante el escenario desnudo y repleto».

Cómo no darme por aludido por aquellas líneas que leí o soñé sobre unas páginas escritas en una lengua imposible, traducida a retazos en unos trozos de papel fundamentalmente sospechosos —o tanto como lo son todos bajo semejantes condiciones—, sin que el tiempo pasara por mi conciencia ni yo por su destino, bajo la suave insistencia de unos golpes distantes, ahogados, casi sordos, en los que me imaginé los martillazos con los que en el astillero debían de estar terminando la obra, la restauración, el barco venido de nadie sabía dónde, aparecido para nadie sabía qué ni exactamente cómo.

Levanté los ojos de las páginas que había estado leyendo durante nadie sabía cuánto tiempo, y los fijé en una llamita azul, insomne, plantada en el leño que descansaba rotundo en el hogar de la chimenea, apenas agitada por un filo de niebla inconstante. Puede que eso fuera todo lo que era en el momento en que aparté la mirada de aquellos papeles: una llamita sobre el espesor de la leña y un repiqueteo en el aire tan fino como si tuviera más que ver con la marquetería que con la restauración, procedente del astillero, puesto

en el interior de otro sonido que comenzó a ganar intensidad, grosor y cercanía al hotel según se acrecentaba el espesor de la llama e invadía su luz el salón, y la puerta giraba, pesadamente al principio, para dar paso al mismísimo Xan Dasmareas vestido de Mandrake y pintada en el rostro la expresión de que aquella bien podía ser la noche en que su vida se transformara en una asunción.

Lo seguía un gentío en el que se distinguía a la inglesa que lo encabezaba, llevada casi en volandas sin que dejara de tejer por ello una tela que se movía tras ella, arrastrada sobre las cabezas de quienes la aupaban, soportaban y jaleaban sin que hubiera modo de entender lo que decían, atravesado por el maullido de la tailandesa entre los retumbos guturales de lo que hablaban Tasajara y Sumocha, cubiertos de serrín sus cuerpos desnudos de no ser por unos taparrabos de combate que, cuando al cabo acabaran sentados al pie de la escalera, dejarían al aire y colgando una secuencia de huevos tostados, relucientes y voluminosos. Bru y Gondar, la cantante, la pintora, el buscador de luz y su mujer —la escritora—, eran rostros relucientes que flotaban en mitad de la masa de lugareños, turistas, mecánicos circenses, amazonas, braquipodistas y maestros de la voltereta, domadores, arcabuceros, magos con estrellas en sus mantos, figurantes, y un negro blanco cuya cabeza sobresalía entre todas, con un ave entonada a la espalda y un felino a los talones, igualmente entonado.

Una aglomeración que se distribuyó entre las mesas y frente a la chimenea y los ventanales antes de que unos cuantos, sin lugar para ellos en el piso bajo, emprendieran la escalada hacia los superiores, mientras botellas de todo tipo corrían de mano en mano hasta dar con las copas que esperaban, brillando de nerviosismo, los licores que se sirvieron entre gritos, alaridos y vítores. También hablaban en susurros y en una variedad de jergas y lenguajes que si bien podían ser normales entre las gentes del circo, rozaban el disparate cuando se oían en labios de los paisanos por muy marineros que fueran en su mayoría. Tanta algarabía y bulla no era, sin embargo, lo más llamativo y pasmoso de aquella aglutinación de ademanes y rostros que, en un momento dado, parecían venir del mismo sitio, y,

al momento siguiente, de varios o de ninguno. Bastante más misterioso resultaba el silencio que en un par de ocasiones se extendió sobre aquel mar de aspavientos, reduciéndolo a una torpe y muda gesticulación que regresó poco después al ruido como habría vuelto a la respiración si hubiera sido el aire lo que le faltara, o como si, falto de instrucciones para sus mareas, hubiera acudido a quien pudiera impartirlas, y regresara sin lugar a dudas en cuanto al ruido con el que reanudarlas…

Nadie me prestó la más mínima atención, ni reparó en mí siquiera para considerar la posibilidad de acceder a un punto de autoridad o una referencia del orden que alteraban, y justificar o excusar así todo aquel pandemonium que nadie justificó o excusó ni para el que, mucho menos, pidió nadie permiso.

La irritación ante tanto cafarnaum, pandemonium, algarabía, bulla, desacato y vocerío se apoderó de mí, y tardé un largo rato en dar con el consuelo de unas muecas que ensayé en los espejos mientras pensaba en lo que le diría a Bru, a Gondar, a Tasajara, a Sumocha, al mismísimo Xan Dasmareas en cuanto se me acercaran para darme alguna explicación. Pero no fue así. Ni se me acercaron ni hubo explicación alguna, de modo que monté mentalmente en cólera, apreté los dientes, me imaginé blasfemando y abandoné mi lugar tras el mostrador de recepción, enfilé la puerta giratoria, me enrosqué en ella y, en cuanto me vi en la calle, accedí a la razón de todo aquello. Porque al otro lado de las casas que me separaban del puerto, y alzado sobre sus tejados en mitad de la noche y a través de la niebla, bajo la luna y envuelto en el canto de unas voces ocultas, se mecía el navío recompuesto y encaramado sobre la urdimbre de maderos y de sogas que lo sustentaba, brillante como un templo de los fuegos de Saint Elmo, tensos los cabos, sueltas y blandas las velas, lustrosas las cuadernas.

El viento aún arrastraba motas de serrín y aromas de acacia recién cortada. Un ruido de tropel se abrió a mi espalda y me superó por los lados en sendas alas de gente que, arrastrando los pies, cubrió los costados del barco sin separar los ojos de sus aparejos. Las voces que cantaban ocultas cedieron poco a poco su lugar a una música

que duró lo que tardé en pensar que podía ser la que Bru escuchó al descubrir el barco aparecido entre la niebla, y en preguntarme por el tiempo que había pasado desde entonces, sin que el súbito silencio que nos envolvió de nuevo durara lo suficiente como para que se me ocurriera una respuesta.

La voz de la cantante de *jazz* se elevó a mis espaldas como un aura caliente o una catenaria hecha vibración. Puede que quienes me adelantaban por un lado y otro y avanzaban a derecha e izquierda arrastrando los pies hacia los costados de la nave, hacia los llamados babor y estribor, no fueran sino emanaciones o efluvios o visiones convocadas por la voz que se abría paso entre las motas de serrín y los aromas de la acacia recién cortada, encajadas sin duda sus partes en el cuerpo del gobernalle del barco que se balanceaba como si buscara el ritmo con el que acompañar aquel cálido temblor que empujaba a la gente hasta el barco y ni un paso más allá, pues más allá era la tierra la que temblaba bajo el paso estruendoso de los *sumotoris* que movían los brazos sobre sus cabezas y así agitaban el aire y alteraban las ráfagas de las motas de serrín y cambiaban el sentido de los aromas de la acacia recién cortada y arrancaban de las copas de los eucaliptos las cápsulas de su fruto granulado, llevándolas a dar en las velas del navío para deslizarse por la lona acanalada e ir a parar a los pies del público, pasmado ante la soltura con la que los artistas del circo de Dasmareas se encaramaban por los cordajes a la caza de una mujer voladora que, al cabo de sus piruetas, quedó inmóvil allá en lo alto del palo mayor, con la primera luz del día brillando en su diadema.

Los *sumotoris* acompasaron sus pasos, y el barco comenzó a obedecer a los efectos de esas patadas sobre la tierra y a bambolearse al compás de ese retumbo con un balanceo tan majestuoso y amplio, que la arboladura rozaba la tierra a uno y otro de los costados del navío, y lo hacía tan lenta y suntuosamente, que la gente decidió asirse a los cordajes e izarse por los aparejos sin que el barco perdiera un ápice en el ritmo con el que se inclinaba ora a un lado, ora al otro, cubierto por un número creciente de personas como lo podría estar de monos un árbol lo suficientemente robusto como para no

dar importancia al sobrepeso y ahogo. Cuando los *sumotoris* dejaron de dar patadas, el barco adoptó en su vertical la imagen de una pirámide de cabos y de lonas a la que se aferraba la multitud como si toda la tierra del mundo fuera la que hubiesen de dejar a sus espaldas, o toda la que imaginaban al otro lado de la travesía que tan dispuestos se mostraban a emprender, fuera la única digna de que un tan elevado número de peregrinos pusiera sus pies en ella.

La urdimbre de maderos y de sogas, aquel andamio que soportaba como si fuera un altar la renovada epifanía del barco, crujió o roncó un poco, inesperadamente, y la invención de madera se hundió apenas en el suelo haciendo cundir un sobresalto bajo el que enmudecieron todos como si obedecieran al lamento del dragón desde su cueva. El aire se detuvo, junto con las nubes y los aromas de la acacia recién cortada y los frutos granulados del eucalipto, y solo se movió la niebla, sus grandes trazos grises y esponjosos, como llevada por el ronquido del andamio al hundirse un poco bajo el peso de todo el santo circo de Dasmareas, o por el grito del dragón, irritado o ensoberbecido en su cueva ante la pequeña alteración en el orden de la arena.

Hubo otro silencio, el más corto de cuantos se llevaban sucediendo, cuarteado por unos pasos ligeros a mi espalda, que oí sin volverme, y al poco vi a la cantante de *jazz* llevada en pie sobre los antebrazos entrelazados de unos *askaris* desnudos que la depositaron en la banda de estribor desde la que fue izada hasta donde la aguardaba la mujer voladora que ciñó a sus sienes la diadema y se volvió luego a la inglesa que, mientras tanto, había sido asunta con un ritual similar, desde la banda de babor, dejando como estela de su paso la tela que llevaba tejiendo desde nadie sabía cuándo, en unos colores que todos tomaron como propios, pues cada cual los vitoreó como si fueran los de su historia, su dolor y su gloria, o los de la manta con la que cada cual se sintió arropado por su madre, fuera cual fuera esta y su fama. Unos cabos caídos de lo alto de la arboladura sirvieron para que Bru y Gondar y Xan Dasmareas, la tailandesa, el buscador de luces, su mujer, la guionista, la restauradora, la falsificadora, y el hombre que mandó retirar los

espejos —ya muy desdibujado por la edad, los viajes, las experiencias — se encaramaron al barco y se perdieron entre las lonas, dejándome solo.

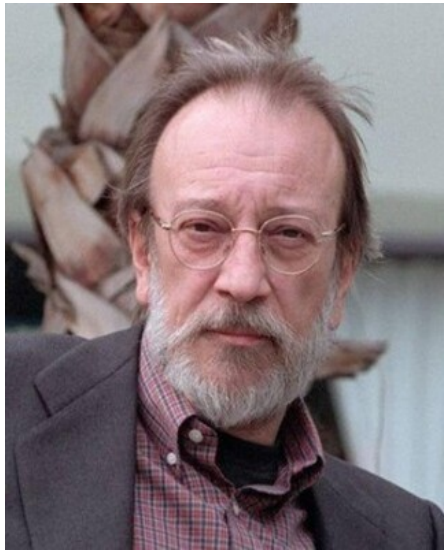
Agucé la vista y el oído por si algo se destacaba sobre aquel pintado océano, más allá de las aguas que acariciaban las piernas de los *sumotoris*, hundidas en la arena, pero no vi ni oí nada. Solo sentí una brisa a la que poco después se añadió un rumor de hojarasca cuando la tela tejida por la inglesa comenzó a ondear muy tenuemente, como movida por el aliento de un recién nacido medio muerto. Y sobre esa brisa sí que se distinguió la voz de la cantante de *jazz*, instigada, tal vez, por la creciente agitación de la hojarasca, por la ondulación de la tela que había tejido la inglesa —y ahora, al acompañarla crecida en su notable asunción, envolvía el barco como podría envolverlo un sudario descuidado—, por la concreción de la niebla en unas densas madejas que atraparon los flecos de aquella tela tejida por la inglesa para unirse a ellos y extender así su ondulación hacia el horizonte sobre el que se irguieron las siluetas de los *sumotoris* al avanzar hasta la pila que soportaba el peso del barco, seguidos por unos bancos de robalizas que les buscaban los calcañares o brincaban para mordisquearles las nalgas o las mismísimas pelotas, sin conseguir con su asedio alterar el introvertido aplomo de su paso ni la titánica serenidad con la que recibieron en el pecho y los brazos al barco cuando se deslizó de su andamio para flotar finalmente en la ensenada, llevado por los *sumotoris* a las aguas más profundas, teñidas por un aire verde o malva en cuyas ondas resplandeció el vuelo de un ave de alas que se perdían de vista, que fue a cernerse en la vertical del palo mayor.

El barco, envuelto en la tela tejida por la inglesa, comenzó a navegar y perderse en la sombra del ave, acogido por la niebla y sus madejas vibrantes bajo el imperio de la voz de la cantante de *jazz*.

Entonces oí con claridad aquella canción cuya crueldad abría las carnes para cerrarlas con su dulzura, que mostraba a los abismos el cielo, y a los cielos, la mortaja, que pintaba un puente inconstante y prometía la cifra del azar.

Y ya no quise seguir con la mirada fija la estela del barco que se

esfumaba envuelto en la tela tejida por la inglesa, ni atender al cierre de la niebla alrededor de la isla, lamiendo sus fachadas. Giré sobre mis talones y me encaminé de nuevo al hotel —tan solitario como cuando lo vi por vez primera, entre la gravilla que crepitaba bajo los pies y la fronda agitada de los falsos plátanos sobre la cabeza— sin que mis pasos dejaran un rastro sobre la arena de la plaza ni sobresaltaran con su reflejo la lámina del charco.



EDUARDO CHAMORRO nació en Madrid en 1946 y murió en la misma ciudad en julio de 2009. Periodista y escritor, recibió en 1972 el entonces prestigioso premio Sésamo de novela corta por *El zorro enterrando a su abuela debajo de un arbusto*, y en 1992 fue finalista del premio Planeta con *La cruz de Santiago*. Con el cineasta Rafael Azcona, autor también publicado por Ediciones del Viento, escribió el guion de *Los desastres de la guerra*, de Mario Camus. Su vinculación con Galicia —donde tenía casa en la villa marinera de O Grove— quedó plasmada en sus colaboraciones en el diario La Voz de Galicia, y está profundamente reflejada en la obra póstuma, *Las aguas del fantasma*, que se publica por primera vez cuando se cumplen diez años de su fallecimiento.

Notas

[1] «*destruyéndola como ocurre cuando una criatura de las profundidades marinas es sacada a la luz del día*». (Steiner). <<

[2] La golondrina o el martin pescador: «*After the kingfisher's wing / Has answered light to light, and is silent, the light is still / At the still point of the turning world*». T.S. Eliot. *Burnt Norton*. <<

[3] «*That moment that his face I see, / know the man that must hear me: / to him my tale I teach*». Samuel Taylor Coleridge. *La oda del viejo marinero*. <<

[4] Orson Welles lo hizo a los tres años en una representación de *Sansón* y *Dalila* en la Chicago Opera House. Dos años más tardo actuó con el papel de conejo en un espectáculo para los grandes almacenes Marshall Fields. Siempre anduvo muy bien. <<

[5] Cfr. Rilke, Décima elegía del Duino: «Los *infinitamente muertos… pensarían en la lluvia que cae sobre la tierra oscura en primavera*». <<

[6] «*Una vez mi madre, en las colinas de Connemara, los vio al anochecer*, y *dijo que olían bien* y *fuerte*…». Edith Wharton, *Relatos de fantasmas*. <<

[7] «… *Martha's husband, Arte, would set off looking for the best angles and light to take pictures, for Archeology poses a never ending photographic challenge: how to make shattered and tumbled masonry look like more than shattered and tumbled masonry*». Nicholas Clapp. *Sheba. Through the Desért in Search of the Legendary Queen*. Boston, 2001. <<

[8] «y *si alguien te capta en la noche, / forzándote a acudir a su oración: / Tú eres el huésped / que otra vez se marcha*», dice Rilke de Dios en *El libro de la peregrinación*, sin olvidar lo advertido en el poema de *Adviento:* «*Un Dios que declara su poder / carece de sentido*». <<

[9] «O *también tuve miedo cuando en otoño, después de las primeras heladas, venían las moscas a las habitaciones* y *todavía se reanimaban con el calor. Estaban muy desecadas y se asustaban de su propio zumbido; se veía que ni ellas sabían lo que hacían. Permanecían inmóviles durante horas y se dejaban estar, hasta que caían en la cuenta de que vivían aún; entonces se arrojaban de modo ciego a cualquier parte y no comprendían lo que querían y se las oía volver a caer más lejos, en un sitio y en otro. Y por fin se arrastraban por todas partes y cubrían lentamente con su muerte toda la habitación*». R. M. Rilke. *Apuntes de Malte Laurids Brigge*. Traducción de Francisco Ayala. <<

[10] Keats: *Here líes one whose name was writ in water. Shakespeare: Men's evil manners live in brass: their virtues we writ in water. (Henry VIII).* Beaumont: *All your better deeds Shall be in water writ, (The Nice Valour).* Cervantes: *Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar*. (Capítulo XXIII de *El Quijote).* <<

[11] «*En griego*, entheos *significa literalmente "dios adentro", y es una palabra que se utilizaba para describir el estado en que uno se encuentra cuando está inspirado y poseído por el dios, que ha entrado en* su *cuerpo. Se aplicaba a los trances proféticos, la pasión erótica y la creación artística, así como a aquellos ritos religiosos en que los estados místicos eran experimentados a través de la ingestión de sustancias que eran transustanciales con la deidad. En combinación con la raíz* gen—, *que denota la acción del devenir, esta palabra compone el término que estamos proponiendo: enteógeno*». (Apéndice a *El camino de Eleusis*, de R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl A.P. Ruck. Nueva York, 1978, México, Fondo de Cultura Económica, 1980). <<

[12] «*Pawan Sinha, un científico cognitivo del Massachussets Institute of Technology, ha dedicado años de investigación a averiguar qué atributos activan estas evocaciones específicas de rostros. Un programa de seguridad que se está desarrollando para identificar a posibles terroristas o detectar intrusos debe ser capaz de reconocer caras con fiabilidad. Al enseñar al programa a hacer esto, Sinha y sus compañeros han llegado a conclusiones inesperadas sobre la cuestión de porqué a veces vemos un bollo de canela como un bollo de canela, y otras como la encarnación terrenal de una monja pontificada*». Elizabeth Svoboda. *¿Por qué nuestro cerebro ve caras por todas partes? New York Times - El País*. Jueves, 1 de marzo de 2007. <<

[13] «*Lo que pasa con estos muertos viejos es que en cuanto les llega la humedad comienzan a removerse. Y despiertan*». Juan Rulfo. *Pedro Páramo*. <<

[14] «*Reflecting in a watery mirror / A glare that is blindness…*». T. S. Eliot. *Four Quartets. Little Gidding*. <<

[15] «… *En el vergel dormía* / *La siesta que solía*, / *Cuando tu tío al ver la hora segura, vino a mí con un frasco de beleño*, / *Que vertió en los portales de mi oído*; / *Veneno con la sangre tan reñido* / *Que, veloz como azogue, se hace dueño* / *De las puertas* y *sendas naturales* / *Y con pronto vigor la sangre sana* / *Y suelta, cuaja y corta* / *Como cortan la leche ácidas gotas*». *Hamlet*, acto I, escena 5, según la versión de Salvador de Madariaga. Son las palabras con las que el rey explica a su hijo cómo ha sido asesinado por su hermano, el tío del príncipe y amante de la reina, la madre de este. <<

[16] «*Albinos, Indios pintados, Enanos, El Caballo Sabio, el Cerdo Erudito, El Comedor de Piedras, el hombre que traga fuego. Gigantes, Ventrílocuos, la Chica Invisible, El Busto Parlante que gira sus ojos saltones, El Museo de Cera, los Autómatas, toda la portentosa artesanía de los Merlines modernos, Bestias salvajes, Marionetas, Todo lo que es extraño, lejano, pervertido, Todas las anomalías de la Naturaleza, todos los pensamientos Prometeicos del Hombre, su aburrimiento, su locura, sus hazañas todas entremezcladas…*». William Wordsworth. *The Prelude, Book Seventh. Residence in London*. <<

[17] «*Esa extraña sensación que debe de sentir el fantasma cuando se ve excluido de los acontecimientos de su pasado que es capaz de revivir*». Vladimir Nabokov. Apunte recogido por Brian Boyd en *VN. Los años americanos, para una obra jamás escrita.* <<

[18] «… *este tercero que atraviesa todas las vidas* y *las literaturas, este fantasma de un tercero que jamás ha existido*». *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*. <<

[19] Op. cit. <<